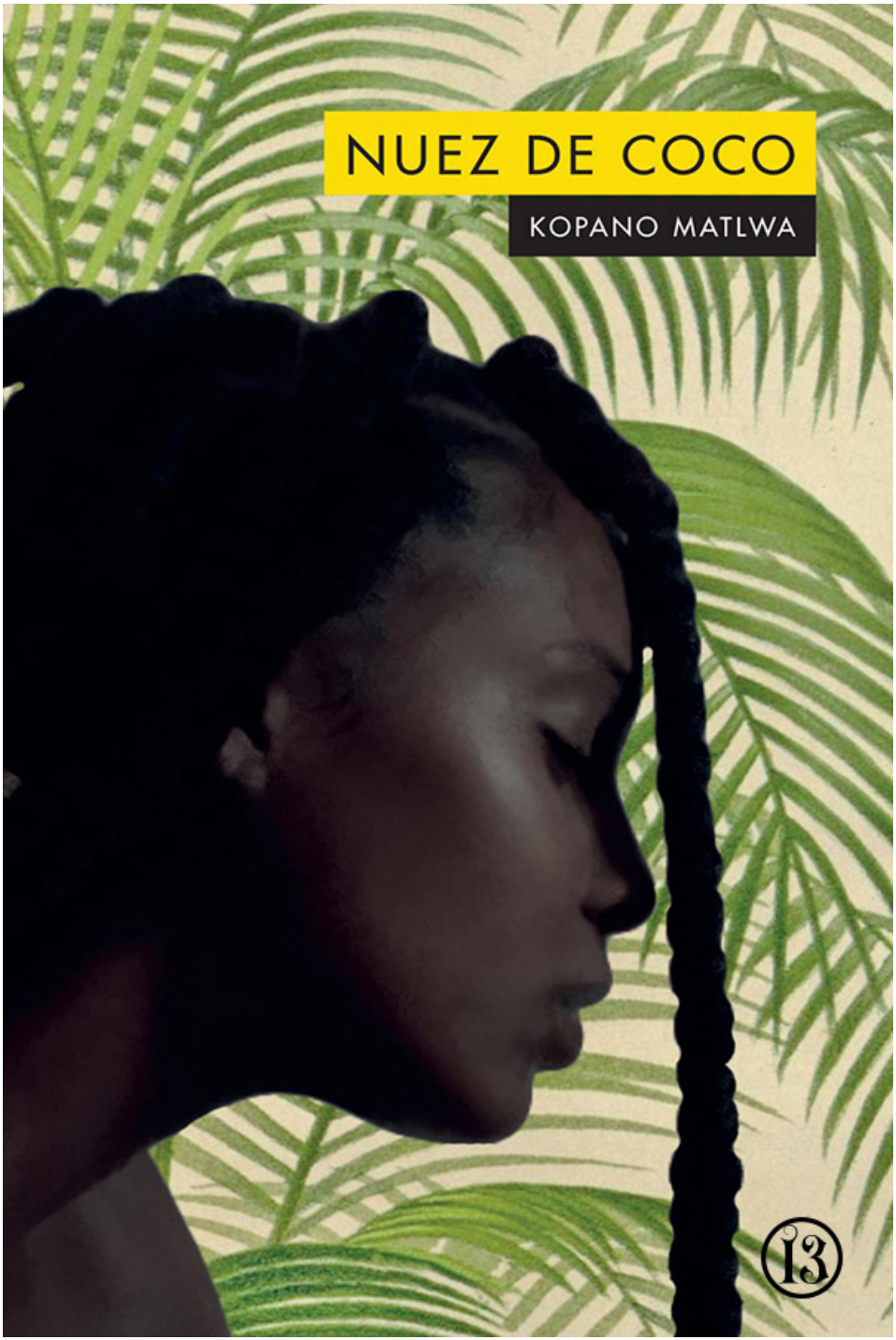
NUEZ DE COCO

KOPANO MATLWA



Ofilwe y Fikile tienen la misma edad y viven en el mismo país. Aparentemente, comparten también una misma cultura. Pero en la Sudáfrica de principios de los noventa las diferencias son todavía abismales incluso entre diferentes comunidades dentro de la población negra. Ofilwe ha llevado una vida sin complicaciones, diríase que privilegiada: su familia ha prosperado, ha recibido una buena educación y ha crecido rodeada de comodidades. En el argot sudafricano, ella es una coconut: negra por fuera y blanca por dentro, como la nuez de coco. Y eso implica una diferencia cultural insalvable con respecto a las chicas como Fikile, que viven en los márgenes de las grandes ciudades, en chabolas, y que sufren toda clase de desigualdades derivadas de la antigua discriminación racial, pero que crecen dentro de una comunidad fuerte y unida que las apoya y las protege. Ofilwe y Fikile aspiran a objetivos prácticamente opuestos: la primera, que ha sido educada en la cultura blanca, no sabe cómo conectar con otras personas de su misma raza; Fikile, por su parte, lucha por escapar del gueto y emprender el camino vital que la convierta, en la medida de lo posible, en una coconut. En su primera novela, la joven escritora Kopano Matlwa abordó uno de los conflictos culturales más profundos de su país: el largo camino hacia la normalidad de la primera generación born free en Sudáfrica, aquella que creció en libertad tras el final del *apartheid*. Un camino difícil y que, en muchos momentos, resultó ser una gran mentira social, como reflejan las historias de estas dos protagonistas: aunque crecen en una sociedad en la que poco a poco se van borrando las diferencias entre negros y blancos, ambas sufren las consecuencias del pasado y se ven incapaces de librarse de los estereotipos raciales y sociales que todavía atenazan a una población que lucha por sanar sus heridas.

Kopano Matlwa

Nuez de coco

Título original: *Coconut*
Kopano Matlwa, 2007
Traducción: Aurora Echevarría, 2020

-

Revisión: 1.0
13/08/2021

Dedicada a ti, hija de mi país

Oh, Dios mío, no puedo creer que haya sucedido, que esté sucediendo, y que tú, mi querido Nuez de coco, *seas ahora real. ¡Gracias, Señor! No puedo creer lo ladino que has sido; ¡quién habría imaginado que lo tenías todo pensado desde el principio! Mamá y papá, ¿qué sería de mí y dónde estaría sin vosotros? Sois mis mejores maestros y mis mejores amigos, las personas más inspiradoras que conozco. Gracias a Dios que soy Matlwa. Y tú, J. Tumelo, hermana, confidente, cómplice y editora de confianza, qué paciencia has tenido conmigo, tu hermana mayor, que tan a menudo se comporta como la pequeña. Gracias por no cansarte nunca de mis dramas y por tener siempre un oído para escuchar. Monewa, el mejor hermano del mundo, tus oraciones y abrazos me ayudaron a continuar. A todos los Kekana y los Matlwa, abuelos y abuelas, tíos y tías, que tantas cosas habéis sacrificado por nosotros, vuestros hijos. Gracias, todo lo que tenemos os lo debemos a vosotros. A Motlatsi, por tu amor, y por ser mi pilar y mi fuerza. No sé cómo me aguantas, gracias y 458. Y, por último aunque no por ello menos importante, a mi querida amiga Mampho Motjidibane Bapela, nunca podré agradecerte bastante que creyeras en* Nuez de coco *desde el primer momento, y que me animaras a continuar cuando me cansaba de intentarlo. ¿Puedes creerlo?*

KOPANO MATLWA

PRIMERA PARTE

En un banco de la derecha, un par de filas delante de la mía, hay sentada una niña muy menuda color chocolate. Su cuello flaco y sus codos punzantes me recuerdan las pringosas alitas de pollo que sirven con la comida del domingo. El sermón no es especialmente absorbente, así que me distraigo con cualquier cosa. Trenzas: mechones sintéticos de plástico brillantes y baratos de sueños hechos realidad que salen de su cabeza infantil. Sponono, con un vestido floreado de satén muy recargado, está sentada en silencio al lado de su madre, pasando los dedos por la nudosa maraña de los deseos de una niña. Una vieja cinta de pelo de lana raída forma odios dentro y fuera de la negrura. Una y otra vez los brazos desmañados se mueven casi rítmicamente, yuxtaponiendo los dedos ávidos.

Kate Jones tenía el pelo más bonito que he visto en mis ocho años de vida. Ámbar tostado. Hojas de otoño. La puesta del sol. Su melena suave y abundante, ligeramente ondulada por las puntas, se sacudía orgullosa mientras daba vueltas por el patio del colegio.

Kate era obesa y glotona. Mimada y hosca. Grosera y malhablada. Pero con ese pelo, Kate era maravillosa. Deslumbrados por su brillo, los profesores no tenían en cuenta las tachaduras rojas en sus tareas escolares, los odiosos acosadores le perdonaban los empujones y codazos que todos los alumnos soportábamos, los chicos populares no se burlaban de su cara regordeta ni de sus tobillos hinchados, y las niñitas negras salían en todas direcciones para hacerle favores a cambio de tocarle el pelo.

Todavía no sé si le salió espontáneo, lo hizo con malicia o fue fruto de una curiosidad retorcida, pero Kate me preguntó un día, durante la clase de Música, si podía hacerle las mismas trenzas delgadas que adornaban mi cabeza. Me dijo que mis trenzas eran muy bonitas y que le gustaría que su pelo fuera como el mío para ser tan guapa como yo. Atónita, sonreí de oreja a oreja mientras me esforzaba en procesar las palabras. Enseguida me puse manos a la obra, moviendo mis pequeñas manos deprisa pero sin prisa, procurando hacerlas todas idénticas.

Sonó el timbre y Kate se levantó bruscamente para irse, y vio su reflejo.

¡Pero si aún no he acabado!

Primero lágrimas, luego cabezas que se volvían, silencio, más lágrimas y por fin gritos.

—¡Mi pelo!

¡Pero si aún no he acabado!

—¿Qué pasa, querida Kate?

Pero, señorita Reed, ¡aún no he acabado!

—¡Mi pelo!

—Fifi, ¿qué has hecho?

¡Por favor, señorita Reed, aún no he acabado!

—¡Mi pelo!

—Fifi, niña insolente, ¿qué has hecho con el pelo de Kate?

—¡Mi pelo!

¡Por favor, Kate, deja que acabe y entonces verás!

—¡Fifi, responde! ¿Qué has hecho?

—¡Deshazlas, deshazlas, deshazlas ahora mismo!

El predicador dice algo que me mete de nuevo en el sermón, pero mi mente no tarda en volver a escabullirse. Mi pequeña distracción color chocolate, frustrada, se arranca la inútil cinta de lana de un tirón. Hace una mueca. La cinta cae al suelo, a los pies de su madre. Está enredada en una larga trenza negra que acaba en un penacho. Al verla, Sponono se echa a llorar. Las señoras del coro no están contentas. Giran el cuello sobre sus espaldas curvadas y su

mirada va de ella a su madre. Sponono continúa llorando. Cuando las señoras del coro empiezan a cambiar de postura en sus asientos, incómodas, la madre no ve otra solución que agarrar el bolso, la trenza (todavía enredada en la cinta de lana) y a Sponono, e irse.

El dolor es hermoso, decía mi abuela. Bueno, mi abuela no, pero estoy segura de que lo decía la abuela de alguien, y que si mi abuela quisiera, también lo diría.

Ous Beauty me sentaba en un taburete alto para que columpiase las piernas mientras esperaba a que ella acabara de lavar, secar, teñir, rizar y marcar el pelo de sus otras clientes. El Fin de Mes siempre era un período frenético en el establecimiento de Ous Beauty, porque todo el mundo se sentía rico. En el cajón que me llegaba a la altura de las rodillas Ous Beauty guardaba un peine de dientes finísimos. En el espejo que yo tenía delante había una niña con el pelo muy áspero. Nunca me convencería de que los dos podían trabajar en armonía. Tanto dolor. Con los dientes apretados, observé cómo sus uñas rojas artificiales me separaban mi pelo hirsuto para extenderme sobre el cuero cabelludo una mascarilla de vitaminas, manteca de karité y lanolina. Yo contenía la respiración con cada tirón e intentaba concentrarme en los chasquidos del chicle que ella mascaba de forma tan explícita. Sabía que a esas alturas tenía las palmas de las manos de un rojo insoportable de clavarme las uñas demasiado fuerte. Las escondí debajo de mi trasero de diez años y cerré los ojos con fuerza, negándome a dejar salir las lágrimas que con tanta violencia combatían dentro. La crema alisadora Black Queen se olía mucho antes de verla. Las chicas negras estadounidenses de la televisión que aparecían en la caja tenían el pelo tan liso y largo que mamá me aseguró que no podía ser cierto. Ous Beauty empezó a extenderme la crema por el pelo. Yo siempre observaba vigilante, asegurándome de que no se saltaba ni un centímetro. Una reacción química. Una doloroso reacción química exotérmica. Quemar. Quemando. Quemado. Cuando Ous Beauty me preguntó si estaba preparada para lavármelo le dije que no.

Quería hasta el último rizo liso.

En el espejo observé cómo el peine de dientes finos se deslizaba sin esfuerzo por mi sedoso y lado pelo Black Queen. No me preocuparon los escalofríos que mi tierno cuero cabelludo enviaba a mi cuello con cada pasada de peine, ni me alarmaron las raíces blancas que habían salido a la superficie. No, estaba encantada con volver a estar guapa.

La parte superior de las paredes de nuestra iglesia es totalmente de vidrio. El vidrio está pintado con imágenes de santos de vivos colores, y es tan grueso que al mirar a través de él a las personas que están fuera, se las ve distorsionadas. Imagino que hay muchos santos, así que estoy segura de que los que veo mirándonos desde las paredes de la iglesia no son todos. El nombre de nuestra iglesia es San Francisco de Asís. Oí o leí en alguna parte que fue un joven imprudente de lo más elegante, rico y desenfrenado, muy popular entre la juventud de Asís. Lo dejó todo para vivir una vida sencilla, y se volvió tan humilde y tranquilo que las aves se le posaban en los hombros mientras rezaba.

En verano el sol brilla a través del vidrio de los santos, y en el centro del pasillo se juntan rayos de colores en los que flotan partículas diminutas que parecen mágicas, aunque probablemente solo son polvo. Cuando era pequeña pensaba que esas minúsculas partículas descendían cada domingo para proteger a nuestra comunidad de los males del mundo exterior.

—Dilo, Tshepo, dilo sin rodeos.

—No lo sé, Ofilwe, es solo…

—¿Es solo qué, Tshepo? ¿Por qué no dices lo que tienes en la cabeza? ¡Habla!

—Es como la publicidad. Sacas al mercado un producto lo bastante bueno y cualquiera lo comprará.

—¿El Cristianismo es un producto? Señor, ¿lo estás oyendo? ¿Estás loco, Tshepo? Todo nuestro sistema social está basado en el

Cristianismo: el calendario, las vacaciones, las leyes. La educación que hemos recibido. ¿Y me estás diciendo que todo es un gran chanchullo?

—Lo único que digo es que mi piel es negra.

—No. No te atrevas a quitarme eso también. No pienso pedir perdón por mis creencias para sostener tu africanismo.

—No es africanismo.

—¿Qué es entonces?

Nuestra familia de cuatro miembros —mamá, papá, Tshepo y yo— ha estado viniendo a la iglesia anglicana de San Francisco desde que nos trasladamos del vagamente recordado Mabopane a Little Valley Country Estate. Nuestro nuevo hogar quedaba más cerca de las oficinas de Sandton City de mi padre y del colegio privado de Tshepo. Ese año yo iba a empezar el parvulario y Tshepo, primero. A él le habría correspondido hacer segundo, pero le hicieron repetir curso porque no sabía hablar inglés tan bien como requería su nuevo colegio elitista solo para chicos.

Nos ponemos a cantar la canción de la Paz, y luego vienen el Ofertorio y la Comunión. Me conozco tan bien el ritual que estoy segura de que podría oficiarlo si quisiera. Dejé de utilizar el misal en sexto cuando me di cuenta de que me sabía de memoria todas las respuestas de los feligreses. Cuando Tshepo venía con nosotros a la iglesia recitaba también la parte del sacerdote, para ver quién se la sabía mejor.

Querido Diario:
27 de septiembre de 1997

Mañana es 28 de septiembre, el día de la fiesta en casa de Tim Browning con la opción de quedamos a dormir. Estoy segura de que todos se pararán la noche bailando mientras yo estoy en el quinto infierno muerta del asco. Mamá dice que no puedo ir. Para variar.

A nadie de esta casa le importa lo que pasa en mi vida.

Sinceramente, no los entiendo. ¿Cómo pueden hacerme esto? Le pregunté a papá si podía ir a la fiesta el mismo día que recibí la invitación y él dijo que sí. Ayer en el colegio todos hablaban de lo que se pondrían para la fiesta. Por primera vez en mucho tiempo pude participar en las conversaciones, porque por primera vez en mucho tiempo iba a asistir a una fiesta de verdad y no a las típicas de primero con castillos hinchables que dan mis amigas bobas. Bueno, al menos eso es lo que yo me pensaba.

Y ayer, al volver en coche a casa, mamá me dice que un exdirector de la escuela de primaria Thuto Pele de Atteridgeville fue asesinado la semana pasada de un tiro por dos hombres a los que había recogido en autostop. Dice que estaba casado y que su hijo pequeño tiene doce años como yo. Dice que mañana por la mañana (¡el 28 de septiembre!) iremos al funeral y que le diga a Tshepo que tenemos que acostamos pronto porque saldremos de casa a las cinco en punto.

Fue cuando exploté. ¿Cómo han podido olvidar el mayor acontecimiento del año? ¿O es que no les importa? Están intentando destrozarme la vida. ¡Estoy segura! Mira, no me malinterpretes, lo siento mucho por el hombre y su familia. No quiero ni pensar en que me faltara papá. Pero ¿qué cambia que yo esté allí? Esas personas ni siquiera me conocen. ¿Qué les importará?

«Es por respeto, Ofilwe —me dice mi madre—. Puede que no nos conocen[1] *muy muy bien ni a ti ni a mí. Pero estas cosas hay que hacerlas. Tenemos que asistir al funeral. ¿Mmm? Tenemos que asistir todos. Estas cosas tienen gran importancia. Mucha muchísima importancia. Nos apreciamos mutuamente. Nos apoyamos los unos a los otros. Ponte que cae una desgracia sobre la familia. También nosotros necesitaremos a esta gente».*

Bla dee bla dee bla fishpaste![2] *«En realidad no, mamá —repliqué—. ¡No quiero un puñado de desconocidos en mi funeral fingiendo que les importo cuando solo están allí por la comida!».*

No, no dije eso. Pero lo pensé, y probablemente debería haberlo dicho. Ya va siendo hora de que mamá sepa cómo me

siento. ¿No entiende que esa fiesta es mi gran oportunidad? Tim Browning no invita a cualquiera a sus fiestas. Quiere que yo esté allí por alguna razón. Una vez me dijo que yo era diferente. Dijo que no era como las otras niñas negras de la clase. Dijo que yo era más tranquila, más bonita y que me parecía un poco a Scary Spice.

En las ceremonias nupciales y en los entierros, en los días de acción de gracias *ge re phasa Badimo*, yo me quedaba de pie en señal de respeto, fuera del paso y asimilándolo todo en silencio, sintiéndome inepta entre un grupo de personas que sabían exactamente qué papel debían desempeñar en los ritos ancestrales Pedi. Como única nieta, temo el día en que me toque encargarme de esos actos sagrados. Organizar, concertar, coordinar, resolver, controlar, concretar… ¡Hablar! ¿Qué se supone que debe decir una? Tal vez me perdí alguna clase, unas lecciones a las que debería haber asistido y que por alguna razón recóndita me salté. No sé qué debe llevar la mujer de luto, hacia dónde debe mirar el colchón amarillo o durante cuánto tiempo tiene que vestir de negro, rezar, arrodillarse o llorar. No sé a quién hay que llamar y a quién enviar. ¿Y si pido a los invitados que canten antes de que llueva o hago señas a los niños para que se sienten al fondo a la izquierda en lugar de en un lateral de delante? No sé cómo se comunican las noticias delicadas, si es demasiado pronto o ya es tarde. No sé cómo se supone que debo saberlo y si algún día lo sabré.

—Mamá, ¿en qué creíamos antes de que vinieran los misioneros?

—Badimo.

—¿Badimo?

—Sí, Ofilwe, badimo.

—¿Badimo y qué más? ¿En qué más creíamos, mamá?

—Solo badimo, Ofilwe.

—Pero seguro que teníamos nuestros propios ritos

tradicionales, un nombre para nuestro Dios, una forma de adorarlo. ¿Qué ha sido de todo eso?

—No lo sé. Ofilwe.

—Tshepo dice que los misioneros nos engañaron, mamá. ¿O no importa?

—No. No importa, Ofilwe.

—¿Crees que bo Koko lo sabrían?

—Es posible, Ofilwe.

—¿O fue antes de que ellos nacieran? ¿Cuándo vinieron los misioneros?

—No lo sé, Ofilwe. Buenas noches.

—Vale, mamá Buenas noches.

Vengo a esta vieja iglesia porque me siento a gusto en ella. No entiendo nada de su historia. No sé lo que significa la palabra «anglicana» ni puedo explicar cómo surgió. Es muy sencillo. Vengo aquí porque siento que formo parte. Eso es todo. Las tradiciones de la iglesia son las mías. No tengo otras.

Después de la misa seguimos nuestra sombra por el sendero de piedra blanca hasta donde está aparcado nuestro coche. En los tiempos en que éramos cuatro sombras, yo observaba cómo se movían torpemente por delante de nosotros, y a veces las sorprendía volviéndose para ver si todavía estábamos detrás. Me preguntaba cómo sabían adonde queríamos ir. En los tiempos en que éramos cuatro, la sombra larga y desgarbada de Tshepo dejaba atrás todas las demás mientras él corría para sentarse delante en el coche. Todos los domingos mamá intentaba en vano llegar antes, y cuando los tacones altos y los años se lo impedían, lo regañaba por ocupar su asiento. Todos los domingos papá le recordaba a Tshepo que en los accidentes de coche el copiloto siempre es el peor parado. Todos los domingos Tshepo se ponía el cinturón con aire de suficiencia y fingía que no oía a ninguno de los dos.

Después de la misa de las nueve y media de la mañana dedicada a las familias, todos los asistentes estamos invitados a pasar al salón-colegio-gimnasio del otro lado de la calle y tomar zumo y galletas. Aunque raro es el día que las señoras reparten las dos cosas, muchas veces me gustaría que nos quedáramos. Mientras observo cómo se apartan nuestras sombras de los altos muros de la iglesia para dirigirse hacia nuestro coche como llevan haciéndolo todos los domingos desde que tengo memoria, me doy cuenta de que con los años he llegado a aceptar a mi familia de cuatro tal como es. Mi madre es afable pero no tiene tiempo para involucrarse en las actividades que se desarrollan en la Iglesia Anglicana de San Francisco. Y papá… bueno, él juega al golf.

No se lo dije a Tshepo porque sabía que me creería y necesitaba que alguien me convenciera de que era mentira. Verás, el problema que tiene Tshepo es que pierna demasiado. Papá y él últimamente no se llevan muy bien y yo no quería aumentar la tensión entre ellos.

Ocurrió de forma inocente, lo juro. Yo no fisgoneo. Habría preferido no saber (lo que creo que sé ahora). Necesitaba llamar urgentemente a Maritza para ponerme de acuerdo con ella en si era mejor ir con pantalones o falda al día siguiente, pero mamá había estado acaparando el teléfono. Yo estaba nerviosa porque se hacía tarde y los padres de Maritza no ven con buenos ojos las llamadas a partir de las ocho.

Descolgué discretamente el teléfono del estudio y utilicé la parte de arriba de mi pijama para tapar el auricular. Quería saber qué hacía mamá colgada tanto rato al teléfono. Lloraba. Mamá nunca llora. Al otro lado de la línea estaba Koko, lo cual no tenía nada de extraordinario pues hablan todos los días. Pero esa conversación era diferente. Koko hablaba en voz baja y severa con mamá. La instaba a dejar de comportarse como una niña consentida. Le decía que John —papá— era un hombre, y que los hombres hacen estas cosas con otras mujeres, pero que eso no significaba que no le importe mamá. Koko decía que mamá tiene una vida con la que sueñan muchas mujeres de donde ella es y que no puede ponerla en peligro con «esta disparatada conversación sobre el divorcio».

«¿Divorcio? Eso nunca. No seas egoísta, Gemina. Tienes que pensar, hija mía. Piensa. Utiliza la cabeza. ¿Eh, Gemina? ¿Has olvidado tus responsabilidades, Gemina? Tienes dos hijos… debes mirar por ellos. Dos. ¿Adónde crees que irás si dejas a John? ¿A casa? ¿Adónde, Gemina? ¿Adónde puedes ir? ¿Qué será de todos vosotros? ¿Eh? Nada. Sin él, hija, no eres nada».

Nada. Qué palabra más fuerte. Nada. Me pregunté muchas cosas después de que Koko colgara y mamá subiera a su habitación y diera un portazo. ¿Tenía razón Koko? ¿Yo no habría sido nada si mamá no se hubiera casado con papá? ¿Sería ahora la misma

Ofilwe si mamá nunca hubiera escapado del temida lugar? Si mamá hubiera elegido el amor, ¿dónde estaría yo ahora? ¿Qué sería? ¿Nada?

¿En vez de despertar y encontrarme mi fruta troceada con muesli *y frutos secos sobre un lecho de yogur de granadilla bajo en calorías, empezaría el día limpiando el porche rojo que sobresale de la parte delantera de la casa de dos habitaciones de Koko? Cuando me aburriera, ¿me dedicaría a poner nombre a las piedras y a buscarles un hogar en la tierra húmeda que rodea el aseo exterior que ha hecho ella misma en lugar de jugar al solitario en el portátil de mamó, como hago ahora? ¿Robaría puntidos de azúcar del cubo de debajo del fregadero que antes estaba lleno de mielie-meal, saldría corriendo para tumbarme en la hierba y dejar que los cristales se deshicieran en mi lengua, en lugar de olvidarme de devolverle el cambio a papá de olvidar que no podía quedármelo ni usarlo para comprar barritas de almendra con miel en la tienda de productos naturales que había fuera de las puertas de nuestro complejo? En lugar de tomarme un Café Latte descafeinado en el Bedazzle los martes par la noche, ¿congelaría mi Cool-Aidy me lo guardaría para un día que hiciera calor de verdad? ¿Me importaría de dónde sale el nombre de la ropa que llevo?*

¿Tendría dificultades para respirar al pensar en ponerme prendas que no tienen nombre? ¿O lo que me intranquilizaría sería el ojo errante del vigilante del complejo o los disparos que sonaban cada vez más cerca en la noche? ¿Me movería por carreteras bien iluminadas o por silbantes calles polvorientas?

Mientras nos subimos al coche llega un fuerte estrépito del salón-colegio-gimnasio de enfrente de la iglesia. Un ruido como de cubertería, loza, tarros de confitura y envases de helado vacíos cayendo de estantes altos y estrellándose, rompiéndose, haciéndose añicos en el suelo… y en la cabeza de algunas personas. Todos nos damos un susto y a papá se le caen las llaves del coche debajo del asiento. Al estruendo le sigue una carcajada procedente del salón-

colegio-gimnasio. Queda claro que no es nada grave.

—¿Dónde naciste, Fifi?

—En Johannesburgo, señorita Williamson.

—¡No mientas, Ofilwe, naciste en una cabaña pestilente!

—¡No es verdial, Zama! Cierra el pico.

—Deja de meterte con ella, Zama. Fifi no nació en ninguna cabaña, ¿verdad, Fifi?

—No, señorita Williamson.

Nuestro tronado coche vibra un poco provocándome un hormigueo en la espalda mientras cruzamos la grava, dejamos el pavimento blanquecino del cementerio y salimos a la negra carretera. Hoy estoy sola en el asiento trasero. Mamá va delante, al lado de papá. Tshepo está en casa, tumbado seguramente en la hamaca que se ha apropiado desde que la descubrimos en el fondo del jardín en los tiempos en que jugábamos juntos. Hubo un momento en mi vida en que era lo bastante baja para que mi cuerpo encajara a lo largo del asiento trasero. Pero entonces no lo tenía para mí sola, así que nunca pude darme el lujo de usar el cuero color crema como cama cuando se me cansaba la vista de ver desfilar árboles por la ventana. Ahora, además de ser demasiado mayor y de haber crecido demasiado para eso, ya no me emociona la idea de estirarme detrás del coche de papá.

Stuart Simons es un cerdo repugnante. ¿Qué sabe él de mi familia? Yo estaba tan emocionada por papá. Llevaba casi un año suspirando por ese coche en particular, y ahora por fin podía permitirse comprarlo. Antes de que llegara, papá solía hojear las revistas de coches y señalar que con ese modelo en concreto tendría «toda la maquinaria adecuada para codearme con los peces gordos». Papá me cogía y me sentaba sobre sus hombros, y susurraba que con ese modelo en concreto seguro que cerraba todos los buenos tratos, y con todo el dinero que ganara compraría a su

preciosa Ofilwe todas las grageas cubiertas de chocolate que ella quisiera. Fuimos todos con él para ayudarle a escoger el color, y todos estuvimos de acuerdo en que lo más idóneo para ese modelo en concreto era un gris plateado.

Papá nunca viene a buscarme al colegio, de modo que cuando mamá se quedó en casa de Ous Matilda porque acababa de dar a luz, dije a todo el que quiso escucharme que mi padre iba a pasar a recogerme en su flamante Mercedes-Benz.

Pero cuando por fin llega papá yo ya no estoy esperándolo delante de las altas verjas oxidadas del colegio con todos mis amigos y unos cuantos fisgones. Estoy sentada en el montículo de césped jugando a los cinco naipes con el heladero, que es la única compañía interesante que queda. Al levantarme veo a Stuart Simons salir de los campos de deporte y dirigirse al aparcamiento con una pandilla de chicos de último curso que me consta que solo dejan que se junte con ellos porque es rico. Aunque nunca me ha caído muy bien, le digo adiós con la mano para que me vea subir al coche más llamativo del recinto escolar. Mientras abro el maletero para dejar la mochila, Stuart se acerca y dice algo así como: «Bonito coche, Ofilwe. ¿A quién se lo ha robado tu padre esta vez?».

Quiero aplastarle el cráneo con el bate de críquet que tiene en la mano y ver cómo le gotea la sangre roja por su cara pecosa. Pero solo cierro el maletero de golpe, abro la portezuela gris plateada y le chillo a mi padre por venir a buscarme tan tarde.

En el famoso cruce de Schubert hay una vetusta anciana negro azabache que vende *Maotoana* listo para comer. Está allí todos los domingos, así que conforme nos acercamos a la intersección estiro el cuello para ver si la veo antes de que crucemos el semáforo. A diferencia de otros vendedores callejeros que se cuelan de vez en cuando entre los coches y aprietan la nariz contra las ventanillas electrónicas, con sus productos psicodélicos en la mano, buscando con sus sonrisas desdentadas a algún individuo interesado, Makhulu permanece inmóvil debajo de su generosa sombrilla naranja

esperando a que acudamos a ella. Lleva más de dos meses trabajando en este cruce, pero ya parece pertenecerle. La correosa piel de su cara, doblada en ciento dos profundas arrugas, hace difícil desentrañar alguna emoción. Sus audaces ojos redondos como abalorios miran al frente, lo que sugiere una mente preocupada. Siempre tiene la barbilla un poco alzada, la espalda sorprendentemente recta para alguien de su edad y las manos pulcramente apoyadas en el regazo. Pienso secretamente que Makhulu tiene sangre real.

Los días que los semáforos pintados con aerosol me dan la oportunidad de observar el negocio de venta ambulante que tiene lugar fuera de nuestras portezuelas cerradas con seguro centralizado, veo cómo el adolescente que vende periódicos le lleva a Makhulu una botella de Coca-Cola de litro llena de agua potable. Y cómo los ruidosos gemelos del letrero de «Se venden fundas para documento de identidad y kit de manos libres» bajan la cabeza y juntan las manos a modo de saludo cada vez que pasan por delante del trono de Makhulu. Siempre que nos detenemos, intento atraer su mirada. Nunca lo he conseguido y no sé qué haría si algún día lo lograra.

La abuela Tlou, la madre de papá, puede contarte lo que sea, incluso lo que nadie se molestaría en saber, sobre la familia real británica. Se tomó una semana de asueto en el Departamento de Educación al enterarse de la noticia de la muerte repentina de Diana, la princesa de Gales. La tía Sophia, la verbosa prima de papá que se crio con la abuela y el abuelo Tlou porque este tenía una carnicería en Atteridgevilley podía permitírselo, telefoneó a papá para informarle de lo que estaba pasando en la casa de fachada de ladrillo de Atteridgeville Gardens. Por lo visto, la abuela Tlou anunció que no iba a ocuparse de las comidas durante los tres días siguientes en señal de respeto por la muerte de la gran princesa. La tía Sophia más tarde le contó a Tshepo, cuando disminuyó la tensión por el estado de la abuela Tlou, que después de hacer ese anuncio había empezado a guardar toda la ropa de color, incluso las bufandas Emporium de marca, en el cuarto de

huéspedes del piso de abajo, y había decidido ir de luto hasta que le pareciera apropiado dejar de llorarla. Aunque papá regañó a su madre por parecer más afectada por la muerte de la princesa que por la de su propio marido cuatro años atrás, cuando fue de viaje de negocios a Londres regresó con unos pendientes de aro de oro blanco de dieciocho quilates parecidos a los que Diana había llevado en una ocasión, en un intento de aliviar su dolor.

¿Quién es mi princesa Di? ¿Sigue existiendo mi familia real ahí fuera en algún lugar de la Sudáfrica rural y yerma? Por favor, háblame de su dinastía. Temo que mi historia solo se remonte a las lecciones sobre la Compañía de las Indias Orientales holandesas de segundo de primaria en la escuela Laerskool Valley. ¿Fue un pueblo regio que gobernó una nación poderosa, luchando con valor contra el avance de los que no eran de color? ¿Sabes por casualidad dónde está ahora?

He oído decir entre dientes que los herederos de sus tronos permanecieron sentados con el vientre hinchado y las extremidades demacradas bajo un sol implacable esperando concesiones del gobierno. No puede ser cierto.

Mientras cruzamos la intersección después de haber cumplido con las obligaciones dominicales, dejando atrás la culpa y adentrándonos de nuevo en lo secular, me pregunto cómo será mi propia familia. A diferencia de varias de mis amigas, no tengo en la cabeza una imagen de un marido ideal, ni siquiera estoy segura de que quiera uno.

Por extraño que parezca, sí pienso un poco en mis futuros hijos. Imagino caritas redondas con hoyuelos y sonrisas Colgate correteando por delante de paredes pringosas. En mis sueños están pintadas de tonos rosados. Tengo miedo de lo que eso significa.

Little Square es el centro comercial favorito entre la gente importante de Little Valley. Mamá viene todos los días de la semana para comprar la comida que nos preparará al mediodía. Estoy

convencida de que es muy consciente de que en una época de bonitas neveras azul celeste y microondas con pantalla táctil, es totalmente innecesario ir a la compra cada día. He dejado de hacérselo ver y he aceptado que es otra de las pequeñas satisfacciones que se da mamá. Los domingos son los únicos días que vengo aquí con ganas, porque después de la iglesia la familia Tlou desayunamos en Silver Spoon Coffee Shop.

Hoy, a diferencia de otros días, nos atiende la camarera Fikile. Nos lleva a la única mesa que les queda, que han colocado sin pensar demasiado cerca de las puertas de vaivén de la cocina. Silver Spoon es un establecimiento pequeño, y Fikile y Ayanda son los únicos camareros que trabajan en él.

No me gusta Fikile. Tiene algo extraño. Por pequeño que sea, Silver Spoon está de moda y su clientela es fiel. Aparte de Tshepo, que insiste en que no hay nada como un bol de *pap*, las gachas que prepara nuestra empleada la Vieja Virginia, todos veneramos el Desayuno Traditional Inglés de Silver Spoon. De modo que nosotros también somos fieles. Fikile suele atender a los otros clientes porque preguntan por ella, y Ayanda nos atiende a nosotros. Personalmente, lo prefiero, y estoy segura de que ella también. Aunque me sorprende que él no nos atienda hoy, no digo nada por miedo a que Fikile escupa en nuestra comida. No me extrañaría nada que lo hiciera.

—¡Tshepo, cariño! Tshepito, dile a tu hermana que entra enseguida, nuestras invitadas venido ya.

Oigo a mamá desde donde estoy, pero sigo haciendo puntales en la piscina. Aún no estoy preparada para salir, el agua está caliente y necesito practicar mis giros hacia atrás. Mamá siempre siempre escoge los momentos en que estoy divirtiéndome para llamarme. Veo a Tshepo salir de la casa y me hundo rápidamente en el agua.

—Ofilwe, deja de portarte como una tonta. Te veo desde aquí y sé que puedes oírme. Saly ven a saludar a los invitados de mamá.

No entiendo por qué la gente en esta casa no me deja en paz. Mamá y sus invitadas nos vuelven locos a todos. Esto es probablemente porque papá pasa todos los fines de semana en Golf City. Mientras entro en la sala de estar, Tshepo lleva una bandeja de uvas sultanas, crackers, tacos de queso, bastones de zanahoria y apio, y pretzels con sabor a mostaza con miel para las señoras que reconozco como las enfermeras jefe que trabajaban con mamá.

—¡Ohhh! Aquí está. ¡Ofilwe, estás mojada! Oh, Ofilwe. Mi suelo. ¡Qué desastre. Bona, Ofilwe! Ten cuidado, hombre Hayi. ¡Estos niños! Ofilwe, ¿recuerdas a Mama Solly le Mama Katlego? Ven, ven. Hace mucho que no te ven, ¿verdad? Ven a saludar como es debido.

—Hola.

¡No entiendo por qué la gente de esta casa no puede dejarme en paz! Estaba tan tranquila cuando Tshepo me ha sacado a la fuerza de la piscina para ir a saludar a las invitadas de mamá, y cuando he hecho exactamente eso, mamá me ha mirado horrorizada, como si las hubiera insultado. ¿Qué demonios tiene de malo la palabra «Hola»? Todo el mundo dice «Hola».

Más tarde se quejará a mi abuela. «Ha sido una gran vergüenza, Koko. ¡Deberías haber estado aquí para oír a tu pequeña Ofilwe! Estas mujeres son mayores que yo, jamás me atrevería a hablarles de ese modo. "Hola". Tal como lo oyes, Koko. "Hola". Cualquiera diría que les está haciendo un favor saludándolas. ¿Es mucho pedir que diga un simple "Dumelang bo"? No está bien, Koko. No está nada bien. ¿Qué clase de hijos estoy criando?».

Sé que Fikile sabe que no nos hace falta tanto tiempo para decidir qué vamos a tomar. Sé que sabe que pedimos el Desayuno Tradicional Inglés de Silver Spoon todos los domingos sin excepción. Sé que no está tan ocupada como finge estarlo. Se queda de pie con la mano derecha en la cadera y la izquierda en el pelo, junto a una mesa de tres hombres de ojos azules, todos cuarenta

años mayores que ella como mínimo. Dos parecen un poco borrachos, hablan demasiado fuerte para lo cerca que están sus sillas. El tercero está hablando con Fikile. Ella parece satisfecha con lo que le está diciendo. Menea la cabeza en un falso gesto de desaprobación y suelta una risotada estridente mientras se aleja de la mesa. Me penetra con la mirada.

Fikile no puede ser mucho mayor que yo. ¿No le da vergüenza? ¿No se pregunta lo que pensamos los demás de sus coqueteos con ese *Oupa*? El hombre pálido de cabello canoso y ojos azules con el que ha estado hablando no parece haberse cambiado de traje desde el viernes por la mañana. Ajado. El tipo de hombre que sabes que está patéticamente desesperado. *Síes*. ¿El único criterio de Fikile es la falta de melanina?

Junior P. Mokoena dirigía la mesa contigua a la mía el tercer trimestre de séptimo de primaria en Laerskool Valley. La señorita Van Niekerk, mi redonda y colorada profesora de Matemáticas de séptimo, organizaba su clase de tal modo que los seis mejores alumnos de séptimo dirigieran su propia mesa de cuatro alumnos. Después de cada examen cambiaba la colocación de los alumnos en las mesas, así los más fuertes de la clase podían ayudar a los no tan fuertes, decía, y algún día todos seríamos igual de fuertes.

Una lástima. La señorita Van Niekerk era una anciana encantadora pero un tanto ingenua. Su sistema de mesas daba lugar a una competencia feroz entre los mejores alumnos de la clase por ver quién podía dirigir el mayor número de mesas al trimestre, mientras que los no tan fuertes se quedaban como estaban.

Junior P. Mokoena siempre sacaba las mejores notas de la clase en los exámenes de matemáticas y, por consiguiente, nunca se movía de su mesa, una mesa seria y marrón oscuro que llegó a conocerse como la Mesa de Junior. En el tercer trimestre de ese año yo estaba por primera vez en mi vida entre los mejores seis alumnos de la clase de matemáticas de séptimo. La señorita Van Niekerk, tal como yo había deseado desesperadamente, me puso al

frente de la mesa contigua a la de Junior. Recuerdo que cogí lentamente mi mochila MatRat de una sola correa y me acerqué a mi premio como si me importara tan poco como los sentimientos de los no tan fuertes a los que dejaba atrás. Con franqueza, estar entre los seis mejores nunca había sido una prioridad para mí. Había estudiado mucho para ese examen porque sabía que era la única manera de conseguir que Junior P. Mokoena me hiciera caso.

Yo no soportaba a Junior. No soportaba cómo se paseaba por el colegio como si todo el mundo quisiera ser él. No soportaba que realmente todos quisieran serlo. Me parecía estúpido que fuera el tema de todas nuestras conversaciones. Me daba igual que tuviera chófer o que su piscina cubierta fuera de tamaño olímpico. Me daba igual que su madre fuera una de las primeras neurocirujanas negras del país y que su padre fuera propietario de todas las tiendas de bebidas alcohólicas de Soweto. ¿A quién le importaba si los Mokoena estaban pasando las vacaciones en España? Yo no pedía información actualizada a diario sobre la glamurosa vida de Junior P. Mokoena y estaba harta de recibirla.

—Dile que solo salgo con chicas blancas.

No recuerdo haber sentido tristeza al oír estas palabras, sino rabia. Indignación hacia mí misma por ser tan tonta, desprecio por la carta de amor que le había escrito y que seguía abierta en su arrogante escritorio a la vista de todos sus admiradores, y odio hacia el chico que acababa de destrozarme la vida. ¿Quién se creía Junior P. Mokoena que era?

—Hola. Me llamo Fikile. ¿Ya saben lo que desean tomar?

Ayanda y Fikile van con vaqueros negros y una camiseta negra estampada con una gran cuchara plateada a lo largo de la espalda. Si no fuera por los delantales blancos atados a la cintura, por sus idas y venidas de mesa en mesa, y por el hecho de que, además de nosotros y del personal de cocina, ellos son las únicas personas negras en

Silver Spoon, se les podría confundir con clientes. Se funden mucho mejor que Tshepo con el uniforme amarillo gallo que lleva para hacer los repartos de Instant Fried Chicken de Pine Slopes. Tshepo empezó a trabajar allí de camarero y luego de repartidor cuando yo estaba en segundo de secundaria y él en su penúltimo año.

Cuando me comentó que había preguntado por un puesto de camarero en Instant Fried Chicken, un minúsculo y grasiento local de comida rápida de Pine Slopes, me reí porque no pensé que lo dijera en serio. Por mucho que le gustara insistir en lo de «somos uno con el pueblo», él es por naturaleza una persona cuya existencia entera depende de sentirse intelectualmente estimulado, de modo que yo estaba bastante segura de que, en el caso de que llegaba a presentarse el primer día en el trabajo, no duraría más de una semana.

De nada sirve intentar razonar con él una vez ya ha tomado una decisión, así que cuando llegó el día de que fuera a trabajar solo le dije adiós con la mano y me volví a dormir. No creo que le preguntara siquiera qué tal le había ido cuando regresó por la tarde, porque sabía que mentiría.

—Ha ido genial —le dijo a mamá durante la cena.

Mentira. ¿Cómo podía haberle ido genial? ¿Cómo puede ser genial limpiar lo que otros ensucian? Tshepo me exasperaba, así que pasé de todo el asunto, y si hablábamos, lo hacíamos sobre otras cosas y no sobre su estúpido trabajo.

Pero al cabo de unos meses, mientras buscaba un sacapuntas en su habitación, encontré lo que podría haber sido una entrada de su diario.

Cuando llego allí me doy cuenta de que, como me temía, mamá se ha equivocado con respecto al tráfico. Llego a las 6,15, cuarenta y cinco minutos antes, a un aparcamiento desierto. No circulan coches por la carretera en dirección a Pine Slopes a esa hora de la mañana. De entrada, aparco justo delante de Instant Fried Chicken. Hay un letrero de «Solo Personal Autorizado» al fondo, pero decido que aparcar allí puede parecer algo atrevido.

De modo que aparco en el aparcamiento abierto, cerca de Ashanti's, la tienda donde mamá compra su pelo.

Isabella, la señora a la que envié el correo electrónico, no está allí como acordamos, pero en la caja registradora hay un indio hermético que a mi pregunta titubeante responde que es el señor Nathan, el gerente, y que Isabella no le ha dicho nada. De todos modos escribe «Tshepo Tlou» en una chapa de identificación y me la prende de la camisa, y me señala la cocina después de recomendarme de que me haga «visiblemente útil» antes de que llegue Isabella.

Es extraño estar allí sin clientes. Me esfuerzo en hacerme una composición del lugar. A la luz de las 6,17 de la mañana de un lunes, los taburetes de tres patas verde lima y naranja que brillan en la oscuridad, amontonados boca abajo a lo largo de las mesas, parecen reclutas mutantes de mente simple. La puerta que creo que lleva a la cocina está cerrada con llave, así que espero fuera, preparado. Los oigo antes de verlos. El grupo de hombres y mujeres que cantan «We bhuti ndihamba nawe» de Mafikizolo, con bolsas a cuadros negros y amarillos con skaftiens vacías que más tarde llenarán con los restos de los clientes, es el personal de Instara Fried Chicken. Me dan miedo. Sé que soy diferente. Apesto a KTV, IEB, MTV y ICC, aunque he intentado enmascararlo con unas zapatillas de deporte All Starsy una camiseta gratuita de la Youth League. Estoy seguro de que me pillarán en cuanto abra la boca. No lo hacen, o si lo hacen, no le dan importancia, porque me tratan como a uno más. Yo también estoy de pie frente a los profundos recipientes de aceite feroz desplumando, lavando, rellenando, condimentando, rociando y dando la vuelta a un pollo tras otro, pero sin lograr cantar «ndihamba nawe» al unísono, como promete el resto del personal.

Por fin llega la Isabella sin cara. La temperatura de la habitación cae en picado. La siento antes de verla. El estribillo se detiene bruscamente justo cuando estamos llegando a «We bhuti!». Sepekere ve el TT de Isabella meterse en el espacio reservado para «Solo Personal Autorizado» en el que ahora me alegro de no haber

aparcado. Sis Giant, en un intento de bajar de un salto de la encimera y tirar el café por el fregadero a la vez, logra que todo tiemble con violencia a su alrededor. A la pobre Pinki se le cae una bandeja de pechugas en el aceite hirviendo. El señor Nathan grita desde el área de restaurante que estamos yendo demasiado despacio y Small me murmura que coja un cuchillo, rápido. Ella entra con una exclamación de sorpresa, vestida de la cabeza a los pies de rosa. Su piel aceitunada sus insólitos ojos verdes y sus rizos castaño oscuro indican que es del otro lado del ecuador, hacia la izquierda.

Está irritada. Grita con un acento poco familiar que los de la mesa número 5 han pedido Limón con Hierbas y alguien le ha llevado Schwit Chilli. ¿Schwit Chilli? Nos pregunta entre maldiciones por qué nos cuesta tanto distinguirlos, y si es porque no hemos pasado del parvulario. Me ofendo. Debo corregirla y señalar que yo, Tshepo Tlou, he acabado la primaria como el mejor estudiante y me he llevado todos los premios, entre ellos el de Lector y el de Alumno más Prometedor procedente de un Entorno Desfavorecido. Se encogerá avergonzada cuando se entere de que durante tres años consecutivos he recibido matrículas de honor en el instituto al que estoy yendo, que soy vicecapitán del equipo de crícquet de último año a pesar de mi edad, copresidente de la sociedad de debate y vicepresidente de Student Link, y que ya me han ofrecido una beca para continuar mis estudios en cualquier centro de enseñanza superior del país. Sin embargo, no me atrevo a abrir la boca, todavía es pronto, debo tener paciencia, ya llegará el momento de educar a esta mujer.

Isabella me pone a trabajar en el área de restaurante, no sin antes recordarme que me está haciendo un gran favor contratándome porque «ya tengo exceso de personal». No suele hacerlo, añade, así que no debo olvidar que soy muy afortunado. Elogia mi educación y dice que espera que enseñe algo de modales a los cabeza hueca con los que voy a trabajar. Suspira profundamente. «Debemos poner nuestro grano de arena para

ayudar a combatir el desempleo en este país. —Suspira de nuevo —. Aunque contrates apersonas vagas y desagradecidas que no se lo merecen». El suspiro que sigue a esta afirmación es largo y huele a ajo. Hay un silencio y no sé si es una entrada para que yo diga algo. ¿Decir qué? ¿Debería felicitarla? Probar con «es usted una buena mujer, señora». Ella se encoge de hombros. Sonríe. Esta vez suspiro yo, aliviado de estar en la puerta. Pero mis aleluyas se ven interrumpidos por un áspero «Basta de hablar. Este restaurante no se lleva solo». Debo esperar en la Sección B con Nozipho, una encantadora camarera toda dulzura con trenzas que nacen de la raíz.

Me cuelo entre las mesas sin fijarme en el ama de casa de nariz morada y cara Redonda que está sentada a mi derecha, tan encorvada que la espalda parece una pelota de playa. Levanta la vista. Nuestras miradas se encuentran, o al menos a mí me lo parece. «Buenos días, señora», digo de manera amistosa, recogiendo el salero que estoy seguro de que no sabe que se le ha caído de la mesa. ¿Me oye? A lo mejor tiene muchas cosas en la cabeza. Esa mirada, o más bien la ausencia de ella, me acompaña todo el día, tal vez porque es extranjera o porque es la que recibo una y otra vez mientras me muevo de una mesa de caras lechosas a otra. ¿Esta gente no me ve, no me oye cuando les hablo? ¿Por qué miran más allá de mí como si yo no existiera y me chasquean los dedos como si fuera el único idioma que yo entiendo?

Estoy furioso. Quiero llamarlos a todos al orden. Decirles que no tienen derecho a tratar así a la gente. Quiero que me oigan. Quiero que oigan cómo hablo. Quiero abofetear sus caras rechonchas con mi acento de colegio privado y ver sus cráneos huecos dar vueltas con mi dicción. Citaré nuestra Constitución democrática. Les recordaré que eso es ahora y no entonces. Exigiré respeto.

Entro lleno de determinación en la cocina seguro de que el personal apoyará mi decisión de hablar con Isabella del tema cuanto antes. No pueden pretender que sirvamos con cortesía a unas personas tan ofensivas. Pero el personal no comparte mi

acaloramiento; más bien lo ridiculizan.

—¡Es cierto! —Se ríen, sin levantar siquiera la vista mientras desempluman, lavan, rellenan, rocían y dan la vuelta a los Limón con Hierbas y a los Schwit Chilli—. Estos chicos del Modelo C no saben nada del mundo real[3]*. Les chocan los modales de los Umlungu. Menos mal que has venido a trabajar, chico. Tienes mucho que aprender.*

Cuando acaba la avalancha del mediodía empiezan de nuevo los cantos en la cocina, pero ahora solo son un tarareo. Isabelle sigue en el edificio. Me avergüenzo. Estay sentado fuera bajo el implacable sol de las tres, con un menú en la mano, fingiendo que estoy memorizando los platos. Small, que presume de ser el único camarero que ha sacado un cien por ciento en el test del menú de Instara Fried Chicken, duerme profundamente un escalón más abajo, después de enfadarse conmigo por la facilidad con que me he aprendido los nombres de los platos. No sé qué hago aquí. No necesito el dinero y la experiencia no me servirá en ninguna de las carreras que escoja. No soporto los clientes. Desprecio a Isabella. Detesto lo que representa la cocina. No sé qué estoy intentando demostrar, por qué debo demostrarlo y a quién.

Somos clientes habituales en Silver Spoon, pero no nos tomamos confianzas con la señora Becky, la dueña, como hacen los otros clientes fijos. Conozco la mayoría de las caras sonrientes que hay hoy aquí, pero no me levanto emocionada cuando veo entrar cualquiera de ellas ni tiro besos cariñosos a las mesas de enfrente como suelen hacer ellos al verse.

Todos estamos de acuerdo en que Fikile encaja a la perfección. Es culpa nuestra si después de tantos desayunos, domingo tras domingo, no nos hemos integrado en el árbol familiar de Silver Spoon Coffee Shop.

No lo soporto, Señor. Lo odio con toda mi alma. Estoy enfadada, Señor. Me abraso por dentro. Estoy furiosa. ¿Por qué,

Señor? Míranos, sentados en esta esquina. Una esquina. Un agujero. Papá cree que disfruta esta comida. La pobre mamá sigue peleándose con el cuchillo y el tenedor. Pobres de nosotros. Pobres, pobres, pobres y patéticos. Es lamentable. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué venimos? No es nuestro sitio.

Señor, estoy enfadada Contigo. Yo, ellos, somos miles los que consagramos nuestra vida a Ti. Algunos, Padre, trabajan sin cesar para complacerte. Pero aun así seguimos encadenados, Señor. Unos limamos los grilletes alrededor de los tobillos y las muñecas, otros alrededor del corazón, pero la mayoría, Señor, los limamos en la mente.

Se ríen de forma desagradable, Señor. No se oye pero se ve en sus ojos. Se percibe la frialdad en el aire que uno respira. Tenemos miedo, Señor, miedo de que si pensamos desordenadamente, sin método, deforma imprecisa y poco analítica, nos encadenen aún más, hasta que nuestro corazón ya no pueda seguir palpitando bajo las gruesas cadenas. De modo que no nos atrevemos a utilizar la mente.

No nos atrevemos a comer con los dedos, a caminar en grupos grandes, a hablar alegremente con voces retumbantes o a soltar carcajadas mqombothi. Si osamos hacerlo nos reprenderán, no con los labios, Señor, porque las leyes se lo prohíben, sino con la mirada. «¡Dejad de comportaros como negros!», eso es lo que gritarán sus miradas. «¡Dejad de comportaros como negros!». Y nosotros nos detendremos, perplejos, sin saber muy bien a qué se refieren, porque ¿acaso no somos negros, Padre? No, no en los centros comerciales, Señor. No podemos ser negros en los restaurantes ni en los barrios residenciales ni en los colegios. Oh, cómo les asquea que fantaseamos siquiera con ser negros, realmente negros. Las viejas normas perduran y los viejos sentimientos no cambian. Lo sabemos, Señor, porque esos ojos desaprobadores continúan reprendiéndonos; ese frío aire de odio y asco poco a poco va penetrando nuestras fosas nasales abiertas de par en par.

Fikile nos dice que ya está la cuenta y que en un «segundo» volverá para cobrarnos. Papá está en los aseos, así que mamá asiente sonriente. Papá pagará cuando vuelva. La puerta de vaivén golpea el respaldo de mi silla cuando Fikile entra de nuevo en la cocina. Si Tshepo estuviera aquí le diría que lo ha hecho a propósito, pero acerco más la silla a la mesa y no digo nada porque no está. ¿Qué le pasa a esta chica? Nadie ha pedido la cuenta, respondería seguramente Tshepo.

Cuando la Vieja Virginia se cansaba de ahuyentar a Tshepo y cedía ante el niño pequeño que la seguía por la casa con su escoba, fregona y plumero de juguete, vaciaba el cubo, dejaba el paño multiuso y salía con él al jardín, donde se lo sentaba en el regazo y le contaba historias. Cuando él se volvió demasiado listo para la Vieja Virginia, y ya no le pareció apropiado seguirla a todas partes, me llevaba a mí al jardín para contarme las historias que ella le había contado.

Recordemos esos tiempos remotos.

… Nkano

Todos reconoceremos que había mucha más tranquilidad entonces.

… Nkano

Todos recordaremos que entonces podíamos oír.

… Nkano

Recordamos la historia de las Manzanas Verdes y las Peras.

… Nkano

Qué increíble era ser una Manzana Verde. Qué desdicha era ser una Pera.

… Nkano

«Pero ¿no son fintas las dos?», preguntaste.

… Nkano

«Ya lo creo».

… Nkano

Pero, por desgracia, así son las cosas en nuestro mundo.

… Nkano

Recordamos que en aquel entonces no se creía que hubiera motivos para que crecieran en árboles distintos.

… Nkano

Eran muy parecidas y al mismo tiempo muy diferentes.

… Nkano

Qué bonito era verlas crecer juntas.

… Nkano

Pero las Manzanas Verdes se volvieron altivas.

… Nkano

sin que las Peras se dieran cuenta.

… Nkano

Las Manzanas Verdes albergaron malos pensamientos.

… Nkano

sin que las Peras se dieran cuenta.

… Nkano

Solo después de que crecieran mucho las Peras despertaron.

… Nkano

Sin duda todos nos hacemos cargo de que ya era demasiado tarde.

… Nkano

Recordamos cuántas Peras encontramos aplastadas contra el suelo de piedra.

… Nkano

Recordamos sus tallos doblados y rotos.

… Nkano

Recordamos las profundas magulladuras, la carne desgarrada, el líquido que rezumaban.

… Nkano

Peor aún, recordamos las Peras que encontramos caídas en el suelo sin magullar ni rezumar.

… Nkano

Lloramos por esas Peras,

… Nkano

lloramos porque sabíamos que eran las jóvenes, cuya carne nunca había alcanzado la madurez, pero las osadas, altivas y

malvadas Manzanas Verdes las habían arrancado del árbol de todos modos.

… Nkano

«Pero ¿no son todas frutas —gritaste tú— del mismo árbol?».

… Nkano

Ya lo creo.

… Nkano

Pero, por desgracia, así son las cosas en nuestro mundo.

… Nkano

Pero ¿recordamos?

… Nkano

¿Recordamos el día en que una Pera arrancó una Pera del árbol de las Manzanas Verdes y las Peras, y la arrojó contra una roca?

… Nkano

Nos habían dicho que esa Pera se había desarrollado de otro modo, sin el cuello largo que es común a las Peras, y con taparte inferior del cuerpo más grueso y redondo.

… Nkano

Claro que eso no era nada nuevo para nosotros o para las Peras, y quizá tampoco para algunas de las Manzanas Verdes, ya que la fruta a menudo adopta formas extrañas.

… Nkano

Cuando la Pera arrancó una Pera del árbol de las Manzanas Verdes y las Peras y la arrojó contra una roca, hubo una gran conmoción en el árbol.

… Nkano

Las mujeres gimieron y los hombres se comprometieron a capturar y dar muerte a la Pera Traidora. Porque ¿dónde se había oído cosa igual? ¿Una fruta atacando a las de su misma especie?

… Nkano

Reconocemos que había mucha más tranquilidad entonces.

… Nkano

Y esas cosas las oímos con nuestros propios oídos.

… Nkano

La Pera traidora, dándose cuenta de que su vida corría peligro, corrió a postrarse ante el rey de las Manzanas Verdes y le suplicó protección.

… Nkano

«*Soy una Manzana Verde, mi rey*», *rogó la Pera.*

… Nkano

«*¿Acaso tengo el cuello largo y el cuerpo en forma de gota de agua que es común a todas esas Peras insignificantes? No, mi rey, yo soy una Manzana Verde, nacida y criada por una Manzana Verde. Y si maté a esa Pera solo fue para que con mi ayuda nuestro árbol se deshaga de esas Peras parasitarias. Os ruego, mi rey, que me concedáis vuestra protección*».

… Nkano

Y así fue como una Pera se convirtió en una Manzana Verde.

… Nkano

Ah, forma parte del funcionamiento del mundo.

… Nkano

que las cosas crezcan.

… Nkano

Y, en efecto, crecieron.

… Nkano

Con el tiempo a la Pera traidora le creció el cuello que es común a las Peras.

… Nkano

Con el tiempo taparte inferior del cuerpo de la Pera traidora adoptó la forma de gota de agua que es común a las Peras.

… Nkano

Pero la Pera traidora no se dio cuenta.

… Nkano

Recordamos el día.

… Nkano

porque a partir de ese día se consideró que era mejor que las Peras y las Manzanas Verdes crecieran en árboles aparte.

… Nkano

Recordamos el día.

… Nkano

porque el cielo estaba más claro que nunca.

… Nkano

Ese día la Pera traidora, al ver el cielo tan claro y demás, decidió que saldría a tomar el sol antes de que el mundo despertara y tuviera que ponerse a trabajar.

… Nkano

¡Qué mala ocurrencia!

… Nkano

Fue ese día, con el cielo más claro que nunca, cuando a la Pera, que estaba sentada al sol, con su cuello crecido y la parte inferior de su cuerpo en forma de gota de agua, la confundieron con una Pera.

… Nkano

Como era tan temprano, no había tenido tiempo de frotarse la piel para que le brillara tanto como la de una Manzana Verde.

… Nkano

Y, como llevaba tanto tiempo siendo Manzana Verde, había dejado de ser precavida.

… Nkano

Estaba tan unida a las otras Manzanas Verdes, después de haber demostrado que era una de ellas dando muerte a tantas Peras, que estaba segura de que la veían como una más.

… Nkano

¡Qué mala ocurrencia!

… Nkano

La Pera traidora, sentada al sol, con su cuello crecido y taparte inferior de su cuerpo en forma de gota de agua, mirando un cielo claro sin reparar en que varias Manzanas Verdes se acercaban, fue arrancada del árbol y arrojada contra una roca.

… Nkano

Como cualquier otra Pera.

… Nkano

Y aquí termina la historia.

Mientras papá le paga a Fikile, que espera impaciente junto a nuestra mesa, me pregunto si alguien le ha contado alguna vez esta historia.

Los padres de Belinda tenían una cama de agua en su dormitorio. Era una habitación insulsa y mal ventilada, con el techo extrañamente bajo. El papel de pared a rayas azules y crema estaba despegado, dejando ver debajo los bonitos tulipanes rosas que había pegado una familia anterior. Parecía que el sol prefería no entrar en esa casa, como Papá Noel evitaba la mía.

Yo odiaba estar dentro de la casa de Belinda. Siempre acababa con la ropa llena de pelo de perro aun asegurándome de no tocar nada, y aunque no me importaba tanto como el olor, sabía que mamá me gritaría por haber llevado de nuevo a casa «esa roña». Los Johnson vivían en una gran parcela en Randjiesfontein. Cuando el sol estaba alto y daba al jardín, Belinda y yo deambulábamos por él buscando tréboles de cuatro hojas que ella afirmaba que nos traerían suerte si los masticábamos. Cuando le conté a mamá nuestro almuerzo a base de tréboles —que sabían a orina de perro—, se quedó horrorizada, y dijo que era de esperar que esa gente intentara envenenar a su única hija, y después de tenerme haciendo gárgaras con un antigérmenes, amenazó con prohibirme ir a casa de Belinda si volvía a aceptar algo de comer.

Yo sabía que mamá hablaba en serio, pero aun así participé activamente en todos los banquetes familiares de la familia Johnson. Desde quiche de espárragos hasta sándwiches de col, me lo comía todo. Me gustaban Belinda y su extraña familia a pesar de su peculiar paladar. La señorita Conradie nos había sentado juntas en tercero y desde entonces habíamos sido las mejores amigas para toda la vida. Los días lluviosos, la madre de Belinda desperdigaba periódicos y nos daba un pedazo de lienzo que le sobraba y pinturas de dedo. Tumbadas en el suelo del estudio de los Johnson, balanceando las piernas en el aire, pintábamos sirenas y unicornios mientras la madre de Belinda hacía bocetos

de aves disecadas en su mesa de madera.

Recuerdo un día que la madre de Belinda nos sacó a patadas del estudio porque le provocábamos migrañas. Yo no pregunté qué era una migraña porque Belinda siempre se las daba de saberlo todo. Su padre estaba fuera poniendo trampas de pájaro cuando entramos a gatas en el dormitorio principal del fondo del estrecho pasillo. El microscópico televisor en blanco y negro estaba sintonizado con el programa de Oprah Winfrey. Recuerdo que los invitados del *programa querían enseñarle a bailar el Night Train Jive. Belinda y yo rodamos por el suelo de la risa cuando Oprah y sus invitados formaron un tren y dieron vueltas por la habitación cantando «oh-ah» al son de Night Train. Subiéndonos de un salto a la cama de agua, nosotras también formamos un tren de dos y cantamos «oh-ah» hasta que la madre de Belinda nos echó de la casa y acabamos bajo la lluvia, riéndonos.*

Cuando veo a Belinda y a su padre salir de The Bead Lady, que está enfrente de Silver Spoon, cambio de dirección y entro en la farmacia que tengo a mi derecha. Contengo la punzada de remordimientos que amenaza con hacerme un nudo en el estómago. Belinda tampoco se alegrará de verme, me digo.

After-Sun. Aúpa. Bikini. Ballet. Barbie y Ken. Criada. Crucero. Críquet de interior. Cantidad. Cuantificar. ¡Desenvuélvelos todos a la vez! Dieta yoyó. Disneylandia. Discoteca. Diamantes y perlas. Efecto campanilla. Equitación, Fettuccine. Filtro solar. Frappé. Gimnasia. Horticultura. Humo de Pascua. Inalámbrico. Jacuzzi. Jumping jacks y flic flacs. Kaki. Llave. Merodear. Napoleón. Nativo. Navidad. Nefando.

No, yo no, señora. Océano. Ocupar y gobernar. Palacio. Pinta mal. Protector solar. Reina de Inglaterra. Revocar. Rojo. Sexo en la playa. Tú, tú y tú. Una casa en las colinas. Unicornio. Videojuegos. World Wide Web. Yoga. Zero culpa

Tshepo reconoce que es inevitable que el círculo de amistades disminuya con los años. Sostiene que al principio somos como dos vasos de agua uno al lado del otro en una bandeja limpia. Nos distinguen muy pocas cosas. Somos simples seres cuyos intereses no van más allá de dar patadas y correr detrás de un balón.

Sin embargo, como los dos vasos de agua olvidados en una bandeja en la sala de lectura, empezamos a acumular de todo. Pelusa, fragmentos de ala de escarabajo rota, trozos de pan, polen, células epiteliales, pelo, papel higiénico, organismos micóticos aerotransportados. No hay dos combinaciones de lo mismo. Como ocurre con los vasos de agua, el Entorno, celoso de nuestra fundamentalidad, bombardea nuestra mente básica con complejidad. De modo que nos volvemos aterradoramente distintos, hasta que muy pocas cosas nos mantienen unidos.

—¿Quién eres, Ofilwe? No sabes quién eres.

—Ya, y supongo que tú sí que lo sabes. Me has calado por completo, ¿no? Tienes todas las respuestas. ¿Qué quieres de mí, Tskepo? ¿Qué te gustaría que hiciera? ¿Qué queme sus fotos? ¿Qué rompa sus cartas? ¿Que actúe como si nunca los hubiera conocido? Ah, y para hacerlo realmente auténtico, tal vez debería fingir que no sé nadar. Como finges tú, Tshepo. ¡Qué idea más fantástica! Eso sí me haría real: os demostraría a ti, querido hermano, y al mundo entero que sé quién soy.

—¿No estás cansada, Ofilwe?

—Estoy cansada de ti, Tshepo.

—¿Cuándo tendrás suficiente? ¿Cuándo comprenderás que solo te invitan cuando Tamara y Candice no pueden ir o cuando hay un asiento de más? ¿Cuándo te darás cuenta de que los padres lo permiten porque sus hijos te encuentran mona?

—Déjame en paz, Tshepo. Tengo que prepararme.

—Entonces vas a ir esta noche a esa… ¿qué es? ¿Una cena? Y, naturalmente, siendo tan culta y refinada, oirás educadamente cómo hablan de su música, de sus novios, de sus vacaciones en el extranjero. Ah, y tal vez, como gentileza, dejarán caer un: «Estás

muy guapa, Fifi», antes de volver a su agenda de quién va a invitar a quién en Crystal Ball estas Navidades.

—Kristen Bay.

—Como se llame, Ofilwe. ¿Qué más da? ¿Acaso vas a ir a Kristen Bay estas Navidades? ¿Sabes siquiera dónde están esas bahías maravillosas sobre las que oyes hablar tantas tardes? ¿No te sientes como una tonta participando en conversaciones que no tienen nada que ver contigo? ¿Conversaciones que nunca tendrán que ver ni remotamente contigo? Tú eres el equipo de tramoyistas en el drama de sus vidas. Si te necesitan, no lo saben y no les importa. Abre los ojos.

—Basta, Tshepo. Estás hablando de mis amigos.

—Los amigos saben cómo te llamas, Ofilwe. Los amigos te preguntan de dónde eres y sienten curiosidad por el idioma que habláis tú y los tuyos. Los amigos llegan a conocer a tu familia, a todos sus miembros, los que tienen y los que no. Los amigos no se burlan de tus creencias, los amigos valoran tus costumbres y te aceptan por lo que realmente eres.

—Sal de mi habitación, Tshepo.

Sus ojos incrédulos me recorren la piel, provocándome picor. Me rasco el cuello. A lo mejor si me dirijo a la sección de cremas tópicas se relajarán. El farmacéutico en sí es pasable, las décadas tienen el don de redimimos. Es a su hermana la solterona a la que aborrezco. Sé que es solo cuestión de tiempo que se acerque a mí y me ofrezca una ayuda que no he pedido. Me he puesto de mal humor al ver a Belinda y hoy no tengo ganas de hablar con acento. Contengo la respiración mientras paso entre los sensores de seguridad y salgo por las puertas de la farmacia, desafiándolas a sonar con furia. Quién sabe, tal vez tengo una predisposición innata al robo.

El padre de Samantha Grey quería recuperarla. Ella nos lo contaba todo con aire de suficiencia mientras estábamos sentados

en círculo en la alfombra de la señorita Mark, «compartiendo y preocupándonos» durante la hora de Orientación. Él quería la custodia y pagaría cualquier precio para rescatarla a ella y a Lucy —demasiado lanzada hasta para las lanzadas— de una madre bipolar y de su novio de la semana. Era razonable compadecerla, pero oyendo cómo de sus labios con brillo color cereza brotaba sin esfuerzo un artículo recién comprado tras otro, la envidiamos y negociamos con los dioses para que tuvieran la gentileza de dejar caer también un divorcio sobre nuestros pobres hogares. La señorita Mark, con los ojos húmedos y la cara hinchada depura consternación, sugirió que le diéramos un drukkie de grupo. En nuestros brazos, Samantha prometió que si demostrábamos ser tan enrolladas como sus amigas del colegio anterior, consideraría pedirle a su padre que nos dejara pasar un fin de semana en el embalse.

Yo había oído hablar del juego de la botella con besos y, ya sabía con apenas doce años, me parecía cobarde dejar que un desodorante de bote (que por lo visto señalaba mejor que una botella) decidiera a quién y cuándo debías abrazar. Sabía que en el momento adecuado y con el chico adecuado abrazaría todo lo que quisiera, sin buscar la aprobación de ningún tipo de contenedor. Por eso, mientras estábamos sentados en un círculo en el suelo pulido del padre de Samantha viendo cómo el desodorante Axe daba vueltas de modo temerario, le agradecí a mi ángel de la guarda que no hubiera ningún chico adecuado allí y que ese no fuera el momento adecuado.

Cuando el Axe volvió a dar vueltas, supe por la forma en que había estado burlándose de mí toda la noche con sus giros sarcásticos que me señalaría a mí. Era demasiado tarde para fingir que me dolía la cabeza por insolación, así que supliqué en silencio que me emparejara con una chica. Cualquiera. Todo menos la humillación de exponer mis labios inexpertos a la experiencia de los de los chicos de la habitación. Pero el bote maquinador dispuso que fuera a Clinton a quien besara. Clinton Mitchley. El Clinton Mitchley que se decía que lo había hecho por

primera vez a los diez años. El Clinton de Samantha. Se me estrangularon los intestinos. Sabía que cuanto más tiempo me quedara mirando esa abominable pieza de aluminio, más me costaría hacerlo. Tranquilamente moví el trasero, con los pantalones cortos todavía mojados, hacia el centro del círculo. Me arrodillé con cuidado, cerré los ojos e hice morritos.

—¡De ninguna manera! ¡Sus labios son demasiado oscuros! —protestó él.

Con los párpados apretados (¡De ninguna manera! Sus labios son demasiado oscuros), volví a mi sitio (¡De ninguna manera! Sus labios son demasiado oscuros), sin saber qué hacer a continuación (¡De ninguna manera! Sus labios son demasiado oscuros), susurrándome las palabras (¡De ninguna manera! Sus labios son demasiado oscuros) sin creer que hubieran sido pronunciadas (¡De ninguna manera! Sus labios son demasiado oscuros); palabras vivas (¡De ninguna manera! Sus labios san demasiado oscuros); palabras a las que siguió una carcajada general (¡De ninguna manera! Sus labios son demasiado oscuros).

Maldigo a la hermana del farmacéutico por empujarme a abandonar el refugio de sus estanterías de medicamentos. El camino que he escogido para reunirme con mamá, quien sospecho que está en Supermart, es el mismo que han tomado Belinda y su padre, y ya me han visto. Juro no pisar nunca más esta farmacia. El camino pavimentado está bordeado por ambos lados de barras plateadas unidas con un cable. Esos senderos largos y estrechos promueven la cordialidad entre los compradores de Little Square, pero no les dejan espacio para evitar interactuar con los desconocidos que se acercan, obligando a uno de ellos a detenerse y hacerse a un lado, y sonreír con un hola agarrotado mientras el otro pasa.

Querida Fifi:

¿Cómo estás? ¡Ya no te veo nunca! ¿Qué ocurre? Te echo de menos. ¡Tengo tantas cosas que contarte! ¿Cómo es que ya nunca

contestas mis cartas? He estado metiéndolas en tu pupitre como siempre hacemos. ¿No las has recibido? (Tal vez se han ido cayendo). Lo digo en serio, te echo de menos. ¿Estás enfadada conmigo por lo del libro de la biblioteca? Pagaré la multa, Fifi; no es tanto. Pero lo siento si es por eso. ¿Recuerdas nuestra promesa, nuestra Política de No Secretos? Se refería a los buenos y a los malos, ¿recuerdas? No tendríamos secretos, ni buenos ni malos. De modo que, si pasa algo, estás obligada a decírmelo según el sagrado Libro de Normas y Reglamentos de los Mejores Amigos por el bien de todos los Mejores Amigos. Je je

hablo en serio.

Dios mío, te echo de menos un montón. Ya lo he dicho muchas veces, ¿no? ¿Qué nos está pasando, Fi? Ya ni te conozco. Cambiando de terna, la señorita Stuart me está mirando raro. Por fin entiendo por qué odias a esa mujer. Por Dios, ¿por qué se viste así? Tendría que ser yo la que la mirara raro. Si se viera reflejada en el espejo se miraría a sí misma raro. Tal vez no tiene ningún espejo. ¿Quién se viste así en estos tiempos y a esta edad? Es aterrador. Afortunadamente para ti, Fi, no me atrevo a contaminar esta bonita hoja de papel con una descripción del conjunto que lleva puesto hoy. ¿Cómo vamos a recibir una educación con ella brincando de ese modo por el aula? Es una falta de consideración, eso es lo que es. Puro egoísmo. Ahora es ella quien me está mirando raro, así que debo terminar. Bueno, supongo que ya te he dicho todo lo que quería decirte, que es hola y te echo de menos. He intentado llamarte, pero últimamente no paras en casa. La Vieja Virginia dijo algo así como «está ocupada estando fuera». ¡Ja, ja!

Pero ya sabes que la Vieja Virginia nunca entiende nada. De hecho, al principio pensé que me evitabas, pero enseguida entré en razón: ¡Ser las mejores amigas para toda la vida significa ser las mejores amigas para toda la vida! (¿No?).

Tal vez podrías venir a dormir a mi casa o yo ir a la tuya

este fin de semana, como en los viejos tiempos. Tú escoges la película, y esta vez prometo callar. El fin de semana poseído en casa de Renee tomamos chocolate caliente con un poco de Amanda y nata. ¡Está para morirse, Fi! Podemos intentar hacer algo así. ¡Hace tanta tiempo! ¡Estoy emocionada! Por favor, contesta esta vez. No puedes fingir que no la has recibido. La pondré ENCIMA de tu escritorio. Te llamaré esta noche. Contesta el teléfono, por favor. (A la Vieja Virginia no hay quien la entienda). Prometa dejarte jugar con mi cabello todo el tiempo que quieras si vienes a casa. Te lo juro.

Con mucho cariño lekker,

Belinda,
tu BFFE

Saludaré a Belinda y a su padre en cuanto estén más cerca. Todavía podría escabullirme entrando en otra tienda, pero no lo haré porque podrían pensar que estoy avergonzada, y no lo estoy.

Me dije que estaba sacando toda la basura de mi vida cuando rechacé sus invitaciones. Me dije que esta desintoxicación se había hecho esperar demasiado cuando no sentí nada al ver que ella se echaba a llorar. Me dije que ahora por fin sería feliz cuando arranqué sus fotos de mi pared. Traté de decírmelo día y noche, esperaba cantarlo mientras dormía, solo hasta que mis ojos tontos dejaran de llorar, el obstinado nudo en mi garganta se disolviera y empezara a creer que realmente estaba «mejor» sin ellos. Porque realmente lo estoy.

Lo siento por Belinda. Y lo siento por mí. Pero supongo que la vida es así. Las cosas no siempre son como deberían ser. Creo que ella es buena persona en el fondo. Pero yo también lo soy. Ella tenía buenas intenciones, pero éramos diferentes. Y en algún momento entre tercero de primaria y cuarto de secundaria eso se convirtió en

algo malo. Es doloroso hacer daño a los amigos. Pero ella me hizo daño. Echas de menos las risas, las cosas disparatadas que hacíais juntas y la locura compartida.

Pero al cabo de un tiempo es un suplicio interpretar un papel para el que nunca se te ocurriría hacer una audición. Te enferma explicar por qué mamá no se afeita. Te quedas sin excusas para justificar por qué papá se niega a ir a pescar con los demás padres, y por qué Koko no ayuda en la tienda del colegio como lo hacen las abuelas de todos los demás. Aunque Felicity, la única otra chica de origen africano que hay en tu clase, y los otros tres niños de piel morena que están en cursos inferiores, te traten como la escoria que creen que eres, al menos sois todos iguales. Al menos ellos no se te quedan mirando, y no te cuestionan ni te malinterpretan.

—Di «hor-no», Fifi. Los bizcochos se hacen en un «hor-no», no en un «hol-no».

—Es aburrido, Belinda. Juguemos a ver quién trepa más alto ese árbol.

—¡No, Fifi! Tienes que aprender a hablar bien.

—Ya sé hablar bien.

—No, no sabes, Fifi. ¿Quieres que vuelvan a reírse de ti? Vamos, di «hor-no».

—Hor-no.

—Bien. Ahora di «problema». No «poblema» sino «problema».

No estoy acostumbrada a odiar. El odio me pesa en el corazón. Apesta. Lo huelo pudriéndome las entrañas, noto su sabor en la lengua.

Papá le da a mamá su tarjeta del banco para que saque el dinero de la semana. Cuando hace dos o tres años decidió que el trabajo de enfermera era demasiado duro para su aparentemente agobiada

esposa, creyendo que estaría mejor en el número 2064 de Honeysuckle Street cuidando de sus hijos potencialmente rebeldes, quedó en que le daría un estipendio semanal para sus gastos diarios.

En febrero puede hacer un calor infernal en Little Valley y hoy es un buen ejemplo. Papá me rodea los hombros con un brazo y susurra, lo bastante fuerte para que ella lo oiga, que yo seré sus ojos y me aseguraré de que nuestra madre derrochadora no saca más dinero del que debe. Papá me guiña un ojo. Mamá sonríe y se va. Yo no le devuelvo el guiño y sigo a mamá, un poco molesta. El banco está al otro lado del aparcamiento. El calor es agobiante y me incomoda estar sola con mamá.

¿Todos los sudafricanos piensan en inglés? ¿Es una pregunta estúpida? ¿Crees que si hiciéramos un estudio transversal del análisis del pensamiento de una población de sudafricanos, descubriríamos una diferencia de idioma entre nuestra generación y la anterior? ¿Cómo funciona? ¿Es también una pregunta estúpida? El pensamiento parece casi involuntario. Estoy segura de que hasta las mentes más torpes se ocupan en alguna forma de pensamiento, algún tipo de comunicación interna.

Para empezar, no creo que las personas decidan conscientemente ponerse a pensar. Probablemente hay un nivel de pensamiento estándar que, bajo ciertos estímulos, como durante los exámenes de final de curso y las pruebas del sida, aumenta y atrae tu atención. Entonces, ¿qué determina que yo piense en inglés y mamá en sepedi? Quizá el pensamiento es de una simplicidad tan poco inspiradora como una extensión intrapersonal de la comunicación interpersonal en la que participamos en nuestro día a día.

—¡Oh! —exclama mamá llevándose el bolso a la cara para protegérsela del sol cegador que cae siniestramente sobre nuestras cabezas—. Estoy segura de que estoy perdiendo complexión mientras hablamos.

No me sentí mal. Si mamá no iba al instituto, ¿qué sentido tenía entonces hablarle de las noches de padres? En teoría, esas noches sirven para dar a los padres la oportunidad de evaluar los progresos académicos de sus hijos, comprobar si se están alcanzando todos los objetivos y determinar qué lugar ocupa su querido Bo entre el resto de sus compañeros. En la práctica, es una noche de exposición en la que los profesores cubren las mesas de manteles estampados con flores y las colocan fuera de sus aulas. Es aquí, en los pasillos del aprendizaje, donde exhiben con orgullo los trabajos de volcanes en erupción, los trofeos de las ligas de debate provinciales y las medallas de too metros lisos entre institutos. Es como una salida a una galería en la que los niños y niñas, con sus faldas más largas y sus camisas más pulcras del uniforme escolar presumen delante de sus compañeros, pero especialmente de los profesores a los que suelen rehuir, de sus progenitores, entrelazados por el codo y con bufandas a juego enrolladas al cuello. Mamá no entendería nada. Me preocupo por ella, por eso no quise hacerle pasar por todo eso. Además, su inglés es horrible.

Mi madre es guapa. A sus cuarenta y seis años tiene la piel tan suave como la planta del pie de un recién nacido. Unas gotas de tinta negra salpican el centro de sus ojos, enmarcados por unas pestañas rebeldes y ensortijadas. Mi madre es de un color negro azulado metálico. Mi madre es una gigante. No estaba previsto que fuera mi madre, al menos no con esa piel extraña, pero lo es. Papá quiso crear polémica al casarse con una chica de color negro azulado metálico, hija de una mujer insignificante y de un hombre al que solo conocemos como «Irrelevante». Incluso entre los pobres hay pobres y entre los de clase baja hay clase baja. Quizá nos consuela saber que siempre haya alguien que está peor que nosotros: aquellos a los que desechamos con el montón de desprecios que han caído sobre nuestras propias cabezas.

Aun así, sería negligente achacárselo todo a papá. Mamá tiene su propio poder. Cuando eres una chica insignificante con la piel negro azulado metálico, estás destinada a una vida de

insignificancia. Pero es demasiado fácil atribuirle a ella el resto del mérito. No, le corresponde al hombre Irrelevante. Solo me han hablado de él una vez en mi vida. Recuerdo que a Koko se le cayó la taza de té de la mano, poco menos que la soltó, cuando lo mencioné. «Irrelevante» es todo lo que dijo en respuesta a mi pregunta. Luego se quedó inmóvil durante un millón de años, permitiendo que el té negro derramado se secara alrededor de sus pies hinchados y calara por debajo.

Me imagino que Irrelevante había venido de algún lugar cercano al Ecuador. En mi imaginación es un guerrero. Es un profeta. O un maestro, conmovido por la historia de un niño perdido en un mundo olvidadizo. En un viaje por el Sur conoció a una joven llamada Koko y se enamoraron. Pero ella se negó a luchar, a correr, a creer o incluso a aprender, y el resto se volvió «irrelevante».

Camino un poco detrás de mamá para poder examinarla desde un ángulo mejor. Dondequiera que va se vuelven todo tipo de cabezas para mirarla. Las mujeres la miran. Los hombres se detienen y la miran. Apuesto a que se preguntan cómo puede caminar tan erguida una persona con la piel de color negro azulado metálico. Quiero sostenerle la mano para que vean que es mía, para confirmar que corre por mis venas su sangre, la sangre de Irrelevante, y que quizá tendré un aspecto parecido algún día. Pero mamá y yo no nos cogemos de la mano. Eso es algo que no hacemos.

Estoy tan avergonzada. No sé si algún día lo olvidaré. ¿Qué pasa si Karen y Lisa se lo cuentan a las otras chicas? Entonces nadie volverá a venir a dormir a mi casa. ¿Puedes creerlo de mamá?

Ella estaba tan emocionada que corrió escaleras arriba y telefoneó a Koko para decirle que íbamos a tener invitados blancos durmiendo en casa. Y siguió dale que dale. Era como si mis amigas fueran a verla a ella. No nos dejó solas ni un momento. Ni para

respirar. No paró de llamar a mi puerta y de meter su cara entrometida para preguntamos (en su inglés chapurreado) si necesitábamos algo. Yo me quería morir. Me quería morir. A la mañana siguiente mamá les preparó la bañera. ¿No sabía que los blancos solo se bañan por la noche? Estoy tan avergonzada. Mamá es estúpida. Se lo dije después de que se hubieran ido.

En el banco, mamá se pone en la cola mientras yo hojeo distraída las revistas que hay en el estante de fuera de la tienda de antigüedades y libros de segunda mano. Se me ocurre que tal vez habría sido apropiado ofrecerme a hacer la cola en lugar de ella, algo que Tshepo habría hecho instintivamente. La cola es larga. El sol aprieta. ¿Por qué no me lo ha pedido?

Es porque soy inteligente y hablo inglés perfecto. Por eso la gente me trata de otro modo. Desde muy pequeña supe que el sepedi no me llevaría lejos. ¡De ninguna numeral Miré alrededor y me fijé en que entre los que eran abogados, médicos y contables, las estrellas de cine que llevaban bonitos trajes, los cantantes que conducían automóviles lujosos y todos mis amigos que vestían a la última moda, no había ni uno solo que hablara el idioma que rebotaba frenético de Koko a Tshepo, de Tshepo a Malome Arthur, de este a mamá y de nuevo a Koko. No me importaba no entenderlo.

Yo hablaba el idioma de la televisión; el que papá hablaba en la oficina, el que mamá nunca entendía bien, el que hablaba de dulce éxito.

¿Cómo voy a hacer caso a los que intentan convencerme de lo contrario? ¿Qué\ha hecho el sepedi por ellos? Mira a esos tristes primos míos que se piensan que un ladrillo es un juguete. Mírame a mí. Hasta las personas mayores saben que soy especial. En las reuniones familiares no dejan que yo misma me sirva. «Hayi!», gritan. «Siéntate, Ofilwe». Regañan a mis primos por ser tan irreflexivos. «¡Levántate y sirve a Ofilwe, Lebogang!», y me sonríen y dicen: «Tú, hija, debes reservar todas tus fuerzas para tus libros». ¿Lo veis? Yo siempre les digo a mis primos que no

pierdan las esperanzas, que en cuanto acabe mis estudios, volveré y les enseñaré inglés y entonces ellos también serán especiales.

En la portada de *Fresh Magazine* de este mes sale Kadego Matuna-George vestida con una Creación de Vanguardia. Katlego, la ex primera bailarina de la famosa Escuela de Danza Moderna Von Holt, interpreta desde hace poco el papel de Lethabo Dlamini, la hermana gemela de Marx Dlamini de quien ha vivido separada porque la robaron trágicamente al nacer, en *Yesterday's Tomorrow*, la telenovela negra más vieja de Sudáfrica. Cuando se le pide que describa a qué dedica el poco tiempo libre que tiene fuera del plato, Katlego cuenta que procura disfrutar con su marido Tom de todos los fines de semana ecuestres que puede en su granja del norte. La ayuda a tocar tierra y le da libertad para reflexionar sobre su vida.

Mamá y yo regresamos al coche en un silencio parecido al que nos ha acompañado a la ida. Pero no siempre ha sido así. En mis recuerdos mamá y yo hablábamos mucho. Yo le contaba todo menos lo que no necesitaba saber. Mamá sabía que yo quería ser astronauta algún día, y tener una casa en el hemisferio sur y otra en el hemisferio norte para evitar así el invierno. Mamá sabía que mi color favorito era el verde, pero que odiaba los guisantes. Mamá sabía que quería tener cuatro hijos a los que llamaría Cloud, Claude, Claudia y Claudette, pero no quería las molestias de tener un hombre en mis casas.

Un día, mientras lanzábamos pelotas de tenis rosas contra la pared verde de la cancha, la señorita Kumalo, nuestra profesora de Educación Física, tocó una vez su silbato rojo. Nos pusimos rápidamente enfila, los niños a la derecha y las niñas a la izquierda, de menor a mayor Tres hombres blancos dispares entre sí y vestidos con trajes serios bajaron los escalones del patio con ella, que nos explicó que eran de la junta directiva del instituto y que estaban allí para anotar cuántos tipos de niños y niñas había en nuestra clase de primero B.

El más gordo dijo que iba a leer una lista corta de idiomas y que si alguno de ellos era el que más hablábamos en casa, debíamos levantar mucho la mano para que el más alto pudiera contamos. La señorita Kumalo añadió que los idiomas se leerían por orden alfabético y que le pediría a la señorita Hill que nos explicara qué significaba por orden alfabético cuando regresáramos a nuestra aula.

Yo estuve escuchando con mucha atención, así que fui la primera en levantar la mano, casi tan alto como el hombro del más alto, cuando el más gordo leyó «inglés».

—Baja la mano, Ofilwe —me dijo la señorita Kumalo, que siempre era desagradable conmigo, aunque yo nunca hacía nada malo.

Pero yo sabía que era mejor no replicar, así que bajé la mano y me pregunté cuándo sonaría la campana para que pudiéramos volver a nuestra aula, donde la señora Hill, con suerte, me elegiría a mí para que le hiciera cosquillas en la espalda.

Cuando los tres hombres blancos, dispares entre sí y vestidos con trajes serios, acabaron de leer todos los idiomas en voz alta, el que aún no había dicho nada susurró a la señorita Kumalo que yo no había levantado la mano cuando habían leído los idiomas bantúes.

—¿Qué idioma habláis en casa, Ofilwe? —me preguntó la señorita Kumalo, y volvió a sonar un poco malvada.

—Inglés, señorita Kumalo —respondí confundida, porque había levantado la mano cuando el más gordo había leído «inglés» pero ella me había pedido que la bajara.

—No, Ofilwe, ¿qué idioma hablas con tu madre y tu padre? —insistió.

—Inglés, señorita Kumalo —intenté de nuevo.

La señorita Kumalo me ordenó que me quedara de pie con la nariz contra la alta pared verde de la cancha. Mientras me alejaba de los tres hombres blancos dispares entre sí y vestidos con trajes serios, de la señorita Kumalo y del resto de mi clase de primero B, sintiendo que me picaba la nariz y pensando que la

señorita Hill ya no me elegiría para hacerle cosquillas, oí decir al que aún no había dicho nada:

—Póngala debajo de «zulú». Todos son iguales.

¿Adónde va un idioma que no se usa? ¿Se guarda en una frágil caja de cereales junto con un tomate extraviado, la vieja clave de tu taquilla, tu primer número de teléfono y la ubicación de la tumba de tu periquito, y se mete todo en el trastero polvoriento de tu cerebro? ¿O explota, o se borra, o se desintegra en miles de millones de pedazos, o degenera o se descompone en un olor desagradable y se excreta del cuerpo? ¿Es posible eliminarlo del todo? ¿Mi propio idioma se me ha escapado por completo? No puede ser. Mamá y papá lo hablan todo el tiempo, aunque no lo hagan conmigo ni entre ellos. Mis tímpanos deben de filtrar algo, ¿no?

Queso parmesano, pina y una modesta cantidad de pimientos peppadew en una salsa ligera con nata sobre dos filetes de pollo a la parrilla. Fue una velada perfecta y me acordé de no comerme la guarnición. Hubo que tragarse una taza de café moca, ya tibio. Era evidente que el conductor de Rent-a-Taxi estaba un poco molesto. ¿Tanto le habíamos hecho esperar? Al subir a la kombi verde lancé una disculpa al aire. No me preocupó si me había oído o no. Era la celebración de mis dieciséis años. Había pagado por todo y le estaba pagando a él. Era mi día.

La perfección: la hilera de farolas amarillas que iluminan el cielo negro dejo Hannesburgo, la calle desierta que se extiende ante mí, la mano de mi amor en la mía, Zandi, Mphe, Siphokazi, Tommy, Xolani, Maggiy Zee cantando una vieja canción de Tevin Campbell que suena por la radio, todos riendo, riendo por mí, mi novio y mis mejores amigos allí reunidos por mí. Yo, feliz de ser yo.

Siphokazi cambió de tema de conversación. IsiZulu isiXhosa sePedi seTswana. Los idiomas afloraron, danzando ahora al son de un tipo de música diferente. Ella habló de lo que llamó el

hogar-hogar, no la casa urbana en la que vive ahora, sino el hogar que habían dejado en el Cabo Oriental rural. Él se echó a reír al mencionar el persistente barro rojo que también recordaba, y cómo creía ser el único que se peleaba para quitárselo de los zapatos después de medio día de caminata. Todos rememoraron las mañanas que habían pasado chapoteando en barreños de plástico azul, retorciéndose para escapar de abuelas que los frotaban demasiado fuerte. Maggi recordó un cuartito con el suelo de barro lleno de primos que dormían unos al lado de los otros, soñando con el mismo amanecer. Todos reconocieron la importancia de la transmisión de esas palabras, ya que compartían los nombres de sus clanes y las historias que había detrás de ellos.

«Tlou» es el nuestro, dijo Tshepo más tarde, y «Sereto», la poesía que hay detrás de él. Yo había repetido una y otra vez las palabras, desesperada por no olvidarlas. Qué tonta debía de haberles parecido, sentada allí en silencio sin nada que compartir. Qué enfadada estaba con Siphokazi por haberme estropeado la noche, con Tshepo por tener siempre una respuesta para todo y conmigo misma.

No hace mucho decidí aprender las palabras de una en una. El plan era que en cada frase hablada intentaría utilizar una sola palabra de sepedi. Como un atleta, intensificaría poco a poco el esfuerzo hasta que finalmente me saliera con firmeza y soltura.

—¿Ke mang yo, Tshepo?

—Esta es mi hermana, Ofilwe.

—Tiene pinta de «¡¡quiero a mi mamá!!».

—Déjame solo con Vuyo, Ofilwe, y ve a jugar con las otras niñas.

—Desde que he llegado aquí solo he oído hablar inglés a esta niña. ¿Solo hablas inglés, cariño?

—Vuyo, por favor, déjala en paz. Es joven. Ofilwe, te he

dicho que vayas a jugar con las otras niñas.

«¿Tan difícil es?», me había preguntado. «Por supuesto que puedo hablar el idioma», me había dicho infinidad de veces. «No lo hablo porque no tengo motivos para hacerlo».

—¡Papá, Tshepo me está insultando!

—No le hagas caso.

—Me ha dicho que soy una tía Jemima, papá.

—¿Qué es una tía Jemima?

—Tshepo dice que una tía Jemima es una vendida. Papá, Tshepo dice que soy una vendida. Dice que lo avergüenzo y que no vuelva a acercarme a él nunca más cuando esté con sus amigos.

—No le hagas caso, Ofilwe.

El plan era probar mi nuevo vocabulario primero con papá. Sabía que él siempre tenía la cabeza en otra parte, así que estaba segura de que si le sonaba relativamente normal, respondería con su habitual «Está bien, Ofilwe» y «No te preocupes, Ofilwe». Solo cuando terminé de maquinar, trazar gráficos y pasar a máquina mi método, me di cuenta de las enormes lagunas que había en mi mente. Allí estaba yo, luchando por juntar frases, hablando con el más leve gemido y esperando que papá fingiera por compasión que me entendía para evitarme tener que repetir la jerigonza que acababa de escupir. Cada palabra acababa en un escalofrío, un estremecimiento.

A veces solo desearía aguantar la respiración un rato, y luego un rato más largo, hasta que no tuviera que seguir aguantándola. No me gusta mirar después, porque no entiendo lo que veo. Si aguantara la respiración un buen rato, no tendría que estar allí y todo se arreglaría.

¿Crees que si cerrara los ojos con mucha fuerza y los tuviera así durante muchísimo tiempo, cuando intentara abrirlos de

nuevo, ellos se negarían a hacerlo porque se habrían acostumbrado a estar cerrados? Porque tal vez entonces no tendría que ver y no tendría que estar tan triste. No me gusta ver lo que te haces a ti misma, negrita. No me gusta ver cómo vendes tu alma por una piel plateada. ¿Por qué tiras de tu nariz chata? ¿No ves que es bonita tal como es? No sé cómo arreglarte, negrita, así que cerraré los ojos con todas mis fuerzas.

Odio mis orejas, porque son las embusteras más grandes que jamás he conocido. Me mienten todos los días. En cuanto pronuncio una palabra me la reproducen con un acento que no es el mío. Puede que también sean ladronas. «¿De quién es ese acento?», exijo saber. No les intimida mi furia. «¿A quién habéis robado ese acento, ladronas embusteras?».

Oh, a veces quiero cortarme los dedos de los pies, uno por uno, hasta que no quede ninguno más que cortar. Si no tuviera dedos en los pies me costaría mucho andar. Entonces todos dirían: «Siéntate, pobre negrita. Siéntate y no te canses tanto». Me sentaría allí mismo y no daría un paso más. Eso también estaría bien, pues no sé adonde estoy yendo.

Por fin estamos volviendo a casa. Mamá utiliza toallitas faciales para prepararse la piel antes de aplicarse Deep Yelvet en los párpados. El colorete en polvo Temder Plum que esta mañana se ha extendido discretamente en sus pómulos llenos no combina bien con la falda de *chiffon* azul añil que se pondrá en cuanto lleguemos a casa. Es el segundo domingo de mes, y a mamá, mamá Julia, mamá Carolina y mamá Peggy les toca reunirse de nuevo. Esas tres señoras son las más amigas de mamá de un grupo más amplio de trece. En otra época y en otra tierra con una historia menos controvertida, ninguna de esas trece mujeres habrían sido amigas, porque no hay dos que tengan algo en común. Excepto, claro está, lo que sí tienen en común, que es motivo suficiente para que trece personajes contradictorios intimen de ese modo: todas están intentando olvidar.

Me pego a la ventanilla para ver a mamá reflejada en el retrovisor lateral. Me pregunto si sabe que la observo y, si es así, qué piensa de ello. Ella baja la visera, se aplica un poco de Zambuck en las cejas, teñidas de un tono un poco más claro para hacer juego con sus trenzas de raíz adornadas con cuentas, y las arquea. Nuestras miradas se cruzan cuando mamá baja la vista hacia su reluciente bolso de lentejuelas sin asas para buscar otro de sus cosméticos esenciales para llevar encima; me vuelvo de inmediato y miro fijamente por la ventanilla, frunciendo con fuerza el entrecejo para fingir que estoy absorta en mis pensamientos.

Los Benedict timen la política de «Lo que empezamos juntos lo acabamos juntos». Bueno, no es una política, pues eso suma

demasiado a norma, sino más bien una tradición. Es tronchante porque son seis de familia, una madre, un padre, tres hijas y el pequeño Jimmy, el único varón, y todas las mañanas, antes da la hora oficial de despertarse, todos los hijos van apareciendo en el dormitorio de sus padres, en la cama que llaman Principio/Final, para participar en la Reunión de Equipo de la Familia Benedict diaria. Hay pelea para ver quién se mete en la cama primero y consigue el rincón más caliente, aunque eso signifique pisar la cabeza de la madre o clavar el codo en el estómago del padre. El episodio siempre empieza con uno cayendo de la cama y acaba con la madre histérica sacándolos a todos, a veces hasta al padre, de la habitación. Por supuesto, son la clase de cosas que solo pasan en la televisión. En la vida real la gente tiene que ir a trabajar.

A esta sinfonía la llamo «Inacabada» porque es la única palabra que recuerdo que fui capaz de pronunciar cuando leí el título en el dorso de la funda del cd. Tshepo bailó una vez esta pieza en uno de sus conciertos de *ballet* del club. Es el único cd que papá ha comprado en su vida y suena perpetuamente en su coche a todo volumen cuando no está escuchando las noticias. A mí me parece una música invasiva y no es un gusto —como lo describe papá— que tenga interés en adquirir. Me pregunto si lo que él ha adquirido es realmente un gusto por la música clásica o se trata más bien de un gusto por el dinero que ha dado pie a este deseo de todo lo que evoca prosperidad y estabilidad.

Mamá no es dada al contacto físico. Personalmente nunca lo he visto, pero ella dice que time la piel sensible y que le salen sarpullidos si está en contacto con carne humana durante un periodo prolongado de tiempo. Las manos de los niños son especialmente peligrosas y le causan un gran malestar mientras y después de entrar en contacto con ellas. Mamá sospecha que es porque son sucios por naturaleza y eso agrava la respuesta de su piel delicada.

Mamá parece satisfecha con su obra. Se pone las gafas de sol y se recuesta en el asiento. Estoy impresionada. Con unos pocos cosméticos básicos y la ayuda del retrovisor lateral y el espejo de la visera, en cuestión de minutos se ha transformado, y de madre orgullosa y sin pretensiones de dos hijos y ama de casa agradecida ha pasado a ser una mujer cosmopolita que no para quieta. Estará en casa solo el tiempo suficiente para cambiarse su vestido blanco inmaculado de los domingos, y volverá a ponerse en camino para intercambiar escándalos con sus amigas frente a copas de hielo picado con aceitunas.

Me habría gustado bailar para mamá, pero Lady Gertrude no me quiso en su clase. Yo era todo ángulos: me sobresalían codos y rodillas de cada esquina de mi cuerpo cuadrado pubescente. Yo debería haber sido Tshepo y él debería haber sido yo. El Tshepi de mamá. No sé si él alguna vez disfrutó con los *pliés* y *los pas de chai*, o los leotardos azul celeste y los lazos blancos de las zapatillas de raso. Supongo que eso era lo de menos.

Tshepo era magnífico. De cuerpo ligero, brazos y piernas esbeltos, mentón sutil, nariz distintiva y hombros relajados, se movía con delicadeza al dar giros por todo el escenario móvil, y detrás de los telones tenía un público entregado de madres enamoradas, hermanas envidiosas y vecinos bien dispuestos. Tshepo poseía todo lo que hacía a mamá hermosa y algo que la habría hecho perfecta: la piel clara de papá. Él siempre sabía cómo poner contenta a mamá.

Entonces pensaba que, si le ponía un nombre a mi nariz, me resultaría más fácil combatir. Al final de quinto de primaria fuimos tres días de campamentos a Pilanesberg. La primera noche jugamos a un juego llamado Guerras de Barro. Recuerdo que se enfrentaban los Pequeños Gálagos contra Los Delfines. Yo era de Los Delfines, aunque no recuerdo que tuviera nada que ver con el nombre tan poco apropiado del grupo. Antes de salir nos habían dicho que metiéramos ropa vieja en la mochila, y la llevábamos puesta cuando los monitores fueron a buscamos a los dormitorios para limamos al lago donde iba a tener lugar el juego. Cada

miembro del equipo tenía instrucciones de coger un palo largo de un montón que los monitores habían reunido previamente. Se trataba de dar vueltas a los palos en el barro viscoso que había en la periferia del lago, hasta que se formaba en la punta una pelota de arena húmeda aglutinada con hierba, cieno y restos de insectos. El objetivo era golpear con las pelotas de barro al mayor número de adversarios hasta que no quedara ninguno en pie. Recuerdo que eché el pedo hacia atrás y apunté a un Pequeño Gálago que había visto escondido detrás de un montón de ramas rotas, pero di al muro que había detrás. La pelota de barro se quedó ahí enganchada. Mientras esperaba a que se deslizara hacia abajo, pensando en lo mucho que se parecía a mi nariz ahí aferrada al muro del campo, un Pequeño Gálago me alcanzó en la espalda. Así llamé a mi nariz: Guerra de Barro.

—Me he encontrado con Belinda Johnson delante de la farmacia —digo, robando el protagonismo a la pieza para piano de la Sinfonía número 8 e incitando a uno de los dos a responder.

—Qué alegría, cariño. Hace mucho que no vemos a Belinda. ¿La has invitado a comer?

—No, papá.

Es una pregunta absurda. Papá sabe perfectamente que hoy no habrá comida de domingo porque mamá estará en otra parte. Y yo no sé cocinar, Tshepo no querrá cocinar y a la Vieja Virginia no le dejan cocinar. Además, ¿hoy no es día de golf, como todos los demás días de la semana?

—Ya te lo he dicho. Belinda y yo ya no somos amigas.

Es importante concentrarme en mi objetivo y no dejar que el falso mundo de papá me irrite.

—Eso es una buena noticia, Ofilwe —dice mamá por fin.

—¿Una buena noticia? Es terrible, Ofilwe.

—Ya era hora, cariño. ¿No te decía yo que esa gente no te convenía, Ofilwe? —Mamá finge no haber oído a papá.

—Es imprudente echar por tierra una relación útil como la tuya con Belinda, sin pensarlo siquiera. Los Johnson son gente bien.

—¿Gente bien? Si no te he prohibido aceptar comida de esa supuesta gente bien, ahora estás muerta, ¿no, Ofilwe? Estoy segura, hija mía, de que ahora que eres mayor, puedes verlo por ti misma y alegrarte de que yo, tu madre, te protege de las barbaridades que pasan en esa granja, *nê* Ofilwe?

—Esa gente es muy inteligente, Ofilwe. Verás, hija mía, los blancos saben cómo utilizar el dinero. El señor Johnson sabe que es prudente invertir en inmuebles. ¿Cómo crees que viven en un terreno tan grande?

—*Sies*! Y la casa sucia donde viven es repugnante. ¿Te acuerdas de lo sucia que eres cuando vuelves a casa, Ofilwe? No me extraña que siempre estás enferma. Es esta gente que te pone enferma, hija mía.

—¿Caíste enferma alguna vez, Ofilwe? ¡Tonterías! Los Johnson son personas de mentalidad abierta, Ofilwe. Son la clase de blancos que necesitamos en este país. Te trataban bien, ¿no? ¿Cuántas veces vino a casa Belinda para ayudarte con los deberes, Ofilwe?

—Esa Belinda es gorda y fea, hija mía, y solo es amigo tuyo porque nadie la quiere. Su propia gente no lo quiere, ¿y ahora quiere ir contigo? *Hayi!*

—En cuanto lleguemos a casa, Ofilwe, llamas a Belinda y resolvéis vuestras diferencias. Es una joven razonable, estoy seguro de que querrá dejarlas atrás.

—Ofilwe, deja las cosas como están. Si quiere que vuelvas, tiene que ser ella quien hace las paces, y no habrás perdido nada si no las hace. ¿Me oyes, hija mía? Nada. Ahora debes empezar a rodearte de la clase de gente adecuada, Ofilwe. Como esa Melissa du Toit, ¿dónde está ahora? Qué chica más encantadora.

No me gustan las peleas, pero es la única manera de conseguir que mamá y papá hablen. Hoy que la vuelta a casa en coche se me hace eterna y los gemidos de la música de papá son un tormento, eso es lo único que me puede salvar. Puede que parezca que no están hablando entre ellos, pero lo hacen. Yo soy como una operadora telefónica. Los conecto, solo que en vez de utilizar un tono de marcar provoco una discusión. La frase «Belinda y yo ya no somos

amigas» siempre funciona, porque los dos viven el tema con mucho apasionamiento y no está relacionado directamente con la vida personal de ninguno de los dos. Eso evita que entren en lo personal y doloroso. Estas conversaciones que creen mantener conmigo las tienen en realidad entre ellos. Fuera de ellas, mamá y papá no hablan mucho. Es bueno hablar, ¿no?

Así que creo que les estoy haciendo un favor al provocar las peleas. Supongo que yo también me beneficio. Sentada en silencio en el asiento trasero, oyendo cómo me hacen preguntas que ellos mismos responden por mí, utilizo sus discusiones para recopilar palabras para mi lista de vocabulario sepedi. Aunque sus peleas siempre siguen el mismo esquema, a veces emplean una palabra que no emplearon la última vez, una palabra que yo articulo muchas veces con los labios como para perfeccionar la pronunciación. Me grabo las palabras en el cerebro para añadirlas a la lista de vocabulario cuando llego a casa. Me imagino que si todo lo demás falla, si no logro nada más, al menos algún día podré discutir en sepedi.

Los residentes de Little Valley Country Estate utilizan un sensor manual para cruzar la barrera que hay junto a la principal caseta de vigilancia. Los invitados van por otra entrada. A ellos solo se les permite acceder después de que los vigilantes han verificado telefónicamente que se les espera. Papá saluda al vigilante que va anotando con la mano izquierda la matrícula de los vehículos parados frente a la puerta de admisión al complejo mientras que con la derecha pulsa el botón para que se levanten las barreras de rayas blancas y rojas.

Cuando la compañía de papá, IT Instantly, ganó la licitación de la Oficina de Correos en la que había invertido innumerables pelotas de golf, miles de gafas de JC, un sinfín de cobros realizados con la tarjeta Diner's Club y una pulsera Mitchel edición limitada de acero con diez diamantes en envoltorio profesional, Koko comentó que sería apropiado hacer una ceremonia de agradecimiento. Eso fue el mismo año que mamá canjeó su paquete de jubilación como enfermera y sugirió que celebráramos el día de Navidad en Disneylandia, Florida.

El día de la ceremonia de acción degradas es la última vez que recuerdo haber visto a la familia de papá, los Tlou, y la de mamá, los Ledwaba, reunidas a la misma hora y en el mismo lugar. La primera en llegar fue la abuela Tlou con su pareja Pat y la tía Sophia en su Mercedes-Benz 380 SE dorado. Koko había pasado la noche en casa ayudando a mamá y a Tshepo a preparar la cerveza tradicional que papá debía ofrecer a nuestros antepasados, junto con la sangre de un animal y motsoko, como

muestra de agradecimiento por la buena fortuna que había caído sobre nuestra familia. El resto de los Ledwaba aparecieron de forma escalonada, algunos después de haber cambiado tres veces de taxi para llegar a la complicada dirección de Little Valley Country Estate.

Pese al consejo de Koko de que era más prudente conseguir la vaca un día antes de la ceremonia? como mínimo, papá aún no había regresado cuando llegaron los últimos Ledwaba. Al parecer le estaba costando encontrar una vaca apropiada. El hermano mayor de mamá, Malome Arthur, y su hijo Benjamin, al percibir la tensión en el ambiente, extendieron una toalla sobre la hierba e inspeccionaron la copiosa provisión de bebidas alcohólicas que papá había comprado el día anterior. Otis Desire, la novia de Arthur, y el primo Dukie enseguida se pusieron con las ollas y las especias de la cocina, escapando del interrogatorio al que la abuela Tlou y la tía Sophia estaban sometiendo a las hijas de Malome Arthur de un matrimonio anterior, Kagiso y Portia, mientras tomaban galletas Romany Crearas y té de rooibos.

Ya eran las cuatro de la tarde cuando papá llegó con Bra Alex y el tío Max, colegas del trabajo, y un joven blanco que no debía de tener más de veinte años y a quien nadie había visto antes. Al final del camino de entrada había una bakkie con un pollo sumiso en una jaula innecesaria. Papá entró en la casa con una gran bolsa de basura azul que goteó sangre sobre la alfombra persa color melocotón de mamá, haciéndola chillar. Papá tenía los ojos muy abiertos y rojos, lo que significaba que había estado bebiendo, y el tío Max llevaba la camisa desabrochada, dejando que su gran panza sobresaliera sin complejos.

Papá al detectar el creciente malestar en la habitación, explicó que no había logrado encontrar una vaca con vida que estuviera en venta, y que en su lugar había comprado un pollo a ese joven blanco que había tenido la amabilidad de ofrecerse a llevarlo. Luego dijo que Koko había insistido tanto en la importancia de que fuera una vaca que Bra Alex había sugerido comprar una que hubiera muerto en la carnicería, y que habían pedido que

pusieran su sangre en un recipiente de plástico para utilizarla en la ceremonia.

Koko y mamá estaban lavando los platos en silencio cuando los vigilantes de Little Valley Country Estate detuvieron sus Jeeps en nuestro camino de entrada. Papá, Bra Alex y el tío Max se habían marchado poco después de que Malome Arthur rajara el cuello al pollo inquietantemente bien dispuesto y, dejando que la sangre penetrara el suelo, murmurara una breve oración que nadie oyó. Fue, por lo tanto, a Tshepo a quien los dos vigilantes entregaron la carta de advertencia en la que se explicaba que la pareja del número 2042, situado detrás de nosotros, había avisado de que estábamos sacrificando animales después de haber visto un pollo colgado en nuestro tendedero. En la carta se nos advertía de que podía caemos una multa severa por haber infringido las normas 123 y 15.1 del Manual de Código de Conducta de Little Valley Country Estate.

12.3 Queda prohibido que los residentes de Little Valley Country Estate tengan animales salvajes, ganado, aves de corral, reptiles, pajareras o cualquier otro tipo de animal dentro del recinto del complejo.

15.1 Los residentes de Little Valley Country Estate evitarán instalar tendederos, casas de juguete, cobertizos de herramientas y casetas para animales domésticos en áreas que sean visibles al público, y se asegurarán de que lo anteriormente mencionado no se vea desde las propiedades vecinas.

Apartando de una patada la cerveza tradicional que ha quedado olvidada en un cubo en el suelo lleno de cacahuetes voladores y trozos de moqueta, la abuela Tlou y Pat se excusaron diciendo que tenían otros compromisos que atender. La tía Sophia, como siempre, los siguió. Una vez que se hubieron marchado, mamá soltó el producto de limpieza y el estropajo con que había estado intentado quitar las manchas de la moqueta,

que ya eran de un color marronáceo, y se volvió hacia Koko.

—¿Ya estás contenta, ma? Ahora que me dejas avergonzado delante de mis suegros y mis vecinos. Ahora que cubres mi moqueta de sangre, llenas mi cocina ele moscas sucias y alejas a mi marido de su casa. Tenías que hacer sentir tu presencia, nê ma? Todos tienen que saber que Koko está aquí. No puedes dejar qué pase algo bueno. No, ma, tienes que insistir en que se realice esta brujería. Tienes que estar recordándonos a todos nuestras costumbres atrasadas. ¿La borracha oración de agradecimiento de Arthur complace a los dioses, mamá? ¿Ya está contentos? ¿O tenemos que hacer otra ceremonia para descubrirlo?

Little Valley Country Estate se vende como «su refugio rural para escapar del ajetreo». Papá dice que había otros muchos complejos en la ciudad cuando compró nuestra casa porque a los sudafricanos les atraía la idea de una zona residencial en el crisol de culturas y razas del país que era Johannesburgo, pero les atraía aún más que garantizaran la seguridad máxima obligatoria de 34 horas para sobrevivir en ella. Sin embargo, papá dijo que se enamoró de Little Valley por los cautivadores senderos hípicos que había dentro de la propiedad, y aunque no montaba a caballo, dijo que solo eso era motivo suficiente para aprender.

Al acceder al complejo en coche (cumpliendo estrictamente el límite establecido de cuarenta kilómetros por hora), pasamos por delante de hogares en los que los niños se olvidan de cerrar las puertas cuando entran corriendo, y las adolescentes fuman cigarrillos en las ventanas de sus dormitorios para que no se enteren sus padres y las dejan lo bastante abiertas para que fisgoneen los que pasean por la calle. Desde el coche, atisbo en el interior de casas como las de Seventh Heaven, huelo su comida y entreveo los retratos que cuelgan en sus paredes. Ya en casa, me detengo delante de nuestra fachada de ladrillo naranja y miro por nuestras ventanas, y me pregunto qué ven los demás.

«El estilo arquitectónico es el de la Toscana —le había dicho la agente inmobiliaria a papá—. ¡Una joya! No encontrará otra igual».

Pero de mi casa no sale flotando el olor a langostinos salteados y pasta rellena de *ricotta* con salsa de champiñones, sino más bien el fuerte olor a *mala le mogodu*.

> *No sé dónde podría haber vivido antes o quién podría haber sido. Solo sé que este miando es extraño y que en cierto modo soy un anacronismo. Cautiva. No muy segura de si he llegado a amar también esta jaula. Temerosa de la libertad que conocieron los de antes de los tiempos anteriores a antes. Hay peligro en el cielo.*

Mamá grita el nombre de Tshepo cuando entra en casa y sube la escalera de caracol de piedra color salmón que lleva a las habitaciones del tercer piso.

—¡Tshepo, baja a ayudar a tu hermana a meter la comida!

La luz del sol del mediodía que entra por los tragaluces de la escalera y el tímido rastro del vestido blanco de mamá al subirla precipitadamente me recuerdan un cuento fantástico. En él una princesa hermosa pero condenada sube corriendo un torreón de un castillo olvidado para escapar del astuto dragón que la ha tenido secuestrada en una mazmorra sin luna. Ella corre al encuentro de un príncipe radiante que dará muerte al dragón y la librará de una vida de oscuridad.

Yo ya tengo tres paquetes grandes en cada mano, pero agarro el séptimo entre el dedo anular y el meñique de la izquierda.

Pesan, pero el garaje se abre a la despensa de los niños que comunica con la cocina. Ya me queda menos. Si camino rápido habré conseguido llevarlos todos sin que se me caiga y se rompa nada.

—No te preocupes, mamá, puedo arreglármelas sola —digo más bien para mí misma mientras dejo los paquetes en la encimera de mármol color perla de la cocina.

Me estremezco ante la fuerza con que caen, dándome cuenta demasiado tarde de que en algunos de los paquetes hay envases de vidrio.

—¡Tshepo! ¡Tshepito!

Seguro que él la oye. Aunque las paredes de casa tienen un revoque grueso, y los techos son altos y con vigas para darle un aspecto descomunal y grandioso, el espacio de los dormitorios es íntimo y todos dan a la escalera circular de piedra, por lo que cada sonido que se forma en el tercer piso se transmite por igual en todas direcciones antes de diluirse y salir por los tragaluces.

—¡Tshepo! Tshepo cariño, ya estamos en casa.

Tshepo escoge no hacer caso. Mamá escoge no saber.

En esta casa son los padres los que dan portazos. Son las puertas del armario de cerezo del vestidor cubierto de espejos de mamá las que ahora se abren y se cierran de golpe. Mamá tiene prisa, y se quitará rápidamente el vestido y los zapatos color crema para ponerse la falda y la blusa que combinan con los tacones de corcho que ha estado buscando la ocasión para llevar.

—¡Tshepo! Tshepo, cariño. ¡Tshepo!

Sigo oyendo a mamá dos pisos más ahajo. Ella parece deleitarse en pronunciar su nombre, a pesar de que sabe que él no responderá. Persistiría consuela. «Nunca dejé de intentarlo», les dirá a sus amigas cuando él se haya ido para siempre.

«Nunca me di por vencida con él», continuará entre sollozos, mientras ellas le frotan la espalda en un gesto compasivo.

Me planteo sacar los comestibles de las bolsas, pero decido no hacerlo. ¿Qué haré con el *cuchar* de mango que rezuma sin cesar y se acumula en el fondo del paquete resquebrajado, tiñendo el plástico blanco y el cartón ya empapado de los huevos de un naranja mugriento? ¿Debo tirar todo el paquete de plástico? ¿No sería eso desperdiciar comida? Ni siquiera sé dónde está el cubo de basura. Mamá siempre está reorganizando la cocina. ¿Y dónde debo poner el resto de la comida? No estoy segura de lo que se guarda en la despensa de los niños, la despensa para los invitados y la despensa general porque para mí todo es comida. Esperaré a que la Vieja Virginia lo haga. No debe de andar lejos.

—¡Tshepo, cielo! ¡Tshepo!

Sigo el mosaico de haces de trigo del suelo de baldosas color

toffee hasta mi habitación favorita. Desde aquí, justo en el centro de la casa, se ve cada rincón que importa: la sala de billar y su bar, el estanque de peces empotrado en el suelo de la sala de estar, el pez solitario que nada en su agua oscura, la sala de los periódicos de papá, la pantalla plana, los ladrillos de vidrio que dan al exterior y la mesa del desayuno. Desde esta habitación puedo verlo todo. Aparte de cuando mamá trae aquí a sus invitadas, casi nunca se utiliza.

—¡Tshepo! ¿Tshepito? Tshepo, ¿dónde estás?

Veo por la ventana a papá en el jardín. Es un jardín estudiado, meticulosamente organizado en varios laberintos de setos recortados con pulcritud a lo largo de alfombras de flores de rojos y rosas intensos que armonizan con el tejado de terracota. De pie con su traje de los domingos en el punto de confluencia de todos los laberintos donde un niño de arcilla orina en el arroyo de piedras y guijarros de debajo, papá parece un personaje de un mundo de fantasía. Aunque no puedo verlo desde donde estoy sentada, sé que habla por el móvil. Lo conozco desde hace demasiado tiempo para pensar que está disfrutando de un momento de descanso entre los pájaros y los arbustos. ¡Oh, pero qué escena más pintoresca, papá en el jardín enmarcado por las cortinas de seda de la ventana que caen como vestidos de fiesta de las barras de hierro forjado!

—¡Tshepo! Vieja Virginia, ¿has visto a Tshepo? ¡Tshepo! ¿Dónde está mi niño?

Era algo que se daba por descontado. Como el hecho de que mamá se despierte a las cuatro y media de la madrugada todos los días. Se levanta para revolver cada poco rato el samp *y las judías que ha dejado remojando en una olla durante la noche para que estén suaves y blandas, listas para servírselas a papá de desayuno a las siete (nada le llena tanto el estómago). Era algo incontestable. Como el hecho de que el dinero de mamá es para que se lo gaste en ella y nada más, porque es guapa y cuesta dinero seguir siéndolo. Era algo que nunca se cuestionaba. Como que papá tiene sus amigas, al igual que mamá tiene las suyas. Y que papá queda con sus amigas, como mamá también queda con las*

suyas. De modo que cuando papá bajó corriendo las escaleras hasta la sala de estar, donde mamá Tshepo y yo veíamos las noticias de la noche, para señalar que había un error en los formularios de solicitud de la universidad de Tshepo (que este le había dejado en el escritorio de su estudio para que los firmara), todos estuvimos de acuerdo en que Tshepo había cometido, en efecto, un error. En el espacio provisto para «Seleccionar título o diploma», había escrito «Licenciatura en Letras, Especialidad Literatura y Lenguas Africanas» en lugar de Ciencias Actuariales, que era lo que papá y él habían acordado.

Fue Tshepo quien, yendo en contra de su carácter, desató el torrente de palabras. Se levantó y, echando por tierra la idea compartida de que se había equivocado, declaró:

—Quiero escribir. Quiero hablar. Quiero decir a la gente lo que le da miedo oír. Las cosas a las que no quieren enfrentarse. Les hablaré desde las páginas de un libro, en la intimidad de su mente, donde se sientan un poco menos vulnerables, y mucho después de que lo acaben de leer mis lectores y yo estaremos conversando, y ellos sabrán.

—¡Tonterías! —bramó mi padre—. Puras tonterías.

—¡Basta, John! Basta. —A mamá le brillaban los ojos. Saltaba a la vista que la había conmovido la intervención de Tshepo.

—Eres un vago impresentable, Tshepo. Eso es lo que eres, un maldito vago.

—Deja al chico, John.

—En cuanto ves un desafío ante ti, echas a correr. Ni siquiera has tenido las agallas de decírmelo a la cara. Me deshonras, Tshepo. Eres una desgracia para nuestro apellido.

—Son joven, John. Déjales soñar.

—¿Soñar, Gemina? ¿Soñar? ¿Soñar a expensas de quién? ¿Y cuando haya terminado de soñar, quién mantendrá al soñador? ¿Tú?

—John, por favor. Ya es suficiente. Tshepo tiene un don y lo sabes. Tiene talento y consigue todo lo que se propone.

—No me vengas con tonterías, Gemina. Tú no entiendes nada del mundo real. No pudiste ni terminar el instituto.

Y así fue como empezó. Después de ese comentario, mamá gritó y vociferó mil frases, y papá bramó otras tantas. Tshepo se coló entre las tablas de madera del suelo y desapareció. Yo me quedé ahí sentada, fascinada. Era la conversación más larga que mamá y papa habían tenido nunca y se prolongó durante días. Cuando creías que tristemente llegaba a su fin, volvía a empezar bruscamente. Por la noche las palabras que se arrojaban daban vueltas desconsoladamente alrededor y atravesaban las inocentes y expuestas paredes de mi habitación hasta que me despertaba feliz. Las palabras se elevaban con un sonido sibilante y descendían con estrépito. Salían zumbando por la puerta y entraban de nuevo. Danzaban sobre el balcón, se precipitaban escaleras abajo y giraban las unas en brazos de las otras.

A mí me pareció fabuloso. No había visto a mamá y a papá hablar tanto desde que tenía memoria.

—No hablan, Ofilwe, discuten —replicó Tshepo cuando le di las gracias.

¿Qué más daba? ¿No los había oído? Papá y mamá habían estado levantados toda la noche, hablando sin parar.

—¡No he pegado ojo, Tshepo! Lo he intentado pero no he podido. —Me reí.

Mientras deambulaba por la casa sumida en una agradable modorra que esperaba que nunca se disipara, volví a darle las gracias a mi hermano en silencio por ser tan desinteresado.

—¿Dónde estabas, Tshepo? —le pregunto.

Él se da la vuelta sorprendido. Debe de haberse pensado que me he ido con mamá o papá. Tiene un tambor en las manos y lleva una túnica holgada de vivos colores, con las mangas anchas a la altura de los codos y el cuello cuadrado. Se parece a las camisas de África Occidental que venden en los mercadillos.

—¿Dónde estabas, Tshepo? ¿No has oído que te llamaba mamá?

Al principio parece un poco avergonzado, pero creo que decide

no estarlo, porque atrae el tambor más hacia sí, saca el pecho y se acerca a donde cree que estoy sentada. No me ve.

—¿Dónde estabas, Tshepo? —le pregunto de nuevo.

—En el medio.

Desde que empezó a esconderse en el segundo piso, decidió que era pomposo referirse a los niveles de la casa como pisos y que en adelante el segundo sería el medio, el primero, abajo y el tercero, arriba.

—¿No has oído que te llamaba mamá? —Sé que lo ha oído y lo desafío a mentir.

—No.

—¿No la has oído? Te ha llamado tropecientas veces. ¿No lo has oído? Te ha llamado por el nombre en cuanto ha entrado en casa, al subir las escaleras, cuando se cambiaba de ropa, y mientras bajaba y salía. ¿No lo has oído, Tshepo?

—No.

No es la primera vez que Tshepo finge no estar. De hecho, lo hace continuamente. Es algo que ha aprendido a hacer con discreción. Primero dejó de opinar sobre cualquier tema y al cabo de unos meses dejó de hablar del todo. Luego estuvo increíblemente ocupado con toda clase de proyectos y tareas. A continuación deslizó una nota por debajo de la puerta de mi dormitorio en la que decía que necesitaba espacio para pensar y que ya no podía escribir en la sala de los periódicos donde los dos habíamos hecho los deberes desde que nos ponían deberes. Estaba tan ocupado que dejó de tener motivos para bajar, luego dejó de tener motivos para salir y finalmente dejó de tener motivos para estar con todos hasta que llegó un momento en que no hubo problema en que no estuviera. Yo le provoco, no porque lo sienta por papá y mamá sino porque a veces pienso que ha tomado el camino fácil.

—¿Qué hacías en el medio, Tshepo?

—Escribir.

Tshepo ubica mi voz en la mecedora y, rodeando la ornamentada mesa de centro, deja con delicadeza el tambor en el suelo y se sienta con las piernas cruzadas en el sofá que tengo

delante. Solo ahora me doy cuenta de que la camisa que lleva es uno de los kaftanes de mamá, seguramente el blanco que ella una vez comentó que le iba demasiado largo. Debe de haberlo teñido.

—¿Qué estás escribiendo?

Ahora que dispongo de toda su atención decido no decir nada del kaftán, que parece cada vez más femenino y extraño en la discordante combinación de azul, amarillo y naranja de las pinturas para tela que debe de haber utilizado. Me pregunto si desteñirán.

—Un poema. —Y empieza a leerlo.

Éramos la última esperanza del Sol. Aquellos a los que su beso feroz nos había marcado la piel.

Eramos todo lo que a él le quedaba por amar y prometió amarnos siempre.

Sus rayos tomaban la piel pálida en rojo doloroso. Su calor abrasador achicharraba las narices pecosas y golpeaba las cabezas claras.

No por venganza. No, nada de lo que ellos pudieron hacer alguna vez le haría caer tan bajo. Tampoco por malicia. Un odio así él nunca lo había conocido.

Era miedo. No a cuanto los había visto hacer o los había oído decir. Tampoco a sus rifles ostentosos y a sus ejércitos de hombres rígidos.

No, era el vacío en sus ojos y las grietas en su corazón de hielo lo que lo aterraban. Era consciente del frío que amenazaba con emanar de su vacuidad y apagarle la llama.

Fue en defensa propia, Su Señoría, por eso los quemó. Él tan solo quería protegerse a sí mismo y a los suyos.

Eramos la última esperanza del Sol: aquellos a los que su beso feroz nos había marcado la piel.

Eramos todo lo que le quedaba por amar y prometió protegernos siempre.

Pero ¿qué pasa cuando parece que toda la piel es pálida, todas las narices son pecosas y las cabezas claras?

No es por venganza. No, nada de lo que podemos hacer

nosotros le haría caer tan bajo. Tampoco es por malicia. Un odio así él nunca lo ha conocido.

No, es el vacío en mis ojos y el helamiento de tu corazón borboteante lo que lo aterran. Tiene miedo del frío que amenaza con emanar de nuestra nada y apagarle la llama.

Es por confusión, Su Señoría, por eso nos quema. Solo busca protegerse y encontrar a los suyos.

«Hoy me he comprado unos zapatos nuevos para el colegio. Todos los años me rasco los zapatos nuevos porque soy patoso, y tropiezo y caigo. Pero este año voy a esforzarme al máximo para no rascármelos. Caminaré con mucho cuidado y levantaré mis zapatos de colegio nuevos muy alto en el cielo. Este año no creo que me rasque mis zapatos de colegio nuevos porque ahora camino con paso seguro.

El señor Homes es mi nuevo profesor. Es un profesor de cuarto y yo hago cuarto. Es curioso, todos los profesores del colegio van igual vestidos todos los días. No sé por qué, pero es así. Nunca se cambian de ropa siquiera. Tal vez lo hacen para que llevemos mejor lo de ir con uniforme y demás. O simplemente les gusta mucho su ropa.

El marido de la señorita Leeroy es policía. Tiene un uniforme extraño. A veces viene al colegio con pistola y todo. ¡Una pistola de verdad! La lleva en el bolsillo, y Rich dice que oyó a la señorita Leeroy decir a uno de los profesores de cuarto que hasta duerme con ella por las noches. ¡Imposible! ¡Rich es un mentiroso! ¿Y si se dispara sola y da al tejado? El señor Leeroy nunca haría algo así.

Rich es tan gamberro; solo porque su madre es profesora de primero de secundaria se cree que puede hacer lo que le dala gana. Y es un mentiroso. Recuerdo una vez que partí en dos mi goma para dársela a un amigo que se había dejado la suya en casa, pero me olvidé y se quedó encima del pupitre de Rick, y entonces él fue y le dijo al señor Homes que yo había partido su goma en dos. Y el señor Homes lo creyó a él y me dijo: "¡Tshepo, voy a castigarte por tomar la propiedad de otro niño!". Pero yo sabía que no era cierto,

así que no me importó. Por eso nadie invita a Rick a sus fiestas, porque es Malo.

Tengo una fiesta el día 3. Es la segunda fiesta de los de fútbol sala a la que me invitan. Chad hizo una en el club el año pasado y ahora es la de Tony. Si me apetece algún día seré jugador de fútbol sala, porque soy bastante bueno, pero solo si cambio de opinión sobre ser abogado. O tal vez informático como papú, pero ya veré. Mamá dice que puedo ser lo que quiera en el mundo, todo incluso. Pero yo no creo que quiera serlo todo porque entonces las otras personas no tendrán empleos ni cosas, y yo me sentiré mal por ellos y tendré que darles todo mi dinero para que puedan comprar pan, manzanas, zumo y cosas, y yo me quedaré sin y entonces seré pobre.

El otro día, en el descanso de la hora de comer, estuvimos jugando a caballos y dando saltos de concurso hípico sobre una barra que había formada parte de la estructura de barras del patio, y entonces Craig se puso a galopar hacia atrás, pero tropezó con el envase de zumo de Jason Shirley y se cayó, y se rompió la muñeca. Aunque él no se enteró hasta que llegó a casa y su madre se lo dijo. Lo limaron a una ambulancia, y se la enderezaron y la cubrieron de un material blanco muy duro, y cuando llegó al colegio al día siguiente lo hizo con una camisa diferente porque por el puño de la del uniforme no pasaba la enorme muñeca. Y entonces Jason Davey le preguntó si podía dibujarle algo y todos acabamos haciéndolo, y Ben hizo un extraño dibujo de una niña que ni siquiera parecía una niña sino una casa, ¡y todos se rieron de lo corto que era!

Pero yo casi que compadezco a Ben, porque viven muy lejos y él tiene que despertarse tempranísimo para ir al colegio y demás, aunque supongo que es culpa suya porque hay millones de colegios en el mundo, y él ha ido a escoger el que le queda más lejos. Yo tengo suerte porque vivo en Little Valley Country Estate, y si quiero puedo ir incluso en bicicleta al colegio. Tal vez pida una bicicleta nueva para mi cumpleaños, y si me la compran no la rayaré ni nada, porque será nueva y ya no me caeré tanto porque

ahora voy seguro».

Yo montaba sobre caballos de plástico violetas y rosas que subían y bajaban, subían y bajaban, y daban vueltas y vueltas y vueltas en un tiovivo de sueños y deseos infantiles.

«*Hola, me llamo Ofilwe Tlou y tengo ocho años. Tengo una madre, un padre, un hermano mayor y una Vieja Virginia, y todos vivimos en Little Valley Country Estate. Mi padre hace ordenadores y demás, y mamá es enfermera y cura a enfermos en un hospital. Mi hermano se llama Tshepo y va a otro colegio solo para niños. Yo no iré a su colegio porque no me dejan porque allí no quieren niñas. Cuando le dije a mi hermano que me duele que su colegio no me quiera sin que yo haya hecho nunca nada malo, él me dijo que no debía ponerme triste y que le dirá a su profesor que sus normas son tontas, y puede que las cambien después de decírselo a su profesor, pero que si no las cambian, él seguirá siendo amigo mío de todos modos.*

»*Mi hermano es el más favorito de mis amigos porque es simpático conmigo y me hace reír y demás, y me guarda todas las gominolas rojas, y juega conmigo todos los días y me ayuda con los deberes y demás, y por la noche expulsa a todos los malos de mi habitación y me cuenta todas sus historias, incluso las secretas, y me lee todos sus libros raros y toda clase de cosas. Oh, y tengo un periquito que se llama Amarillo. Eso es todo*».

Estoy aquí sentada. En esta habitación vacía. En una casa vacía. Tengo la cabeza llena. El corazón me explotó hace mucho tiempo. Cuando observo, cuando escucho, cuando leo, debo contenerme. No puedo caer muy hondo, creer con mucha firmeza o aferrarme muy fuerte a nada. Porque ¿cómo voy a confiar en ti —en ti, madre, en ti, padre, en ti, predicador, en ti, profesor, en ti, amigo— cuando a mi alrededor todo es mentira y todo me engaña sin piedad? Odio este cinismo que me penetra las venas. Mi mente está cansada de

leer a través de ese alambre de púas.

Aparte del tarareo de la Vieja Virginia que llega del lavadero de fuera, el mundo está silencioso. Es como si esperaran una respuesta. ¿Una respuesta de quién? No lo sé. No tengo nada que decir.

En las calles de Little Valley Country Estate no verás jugar ningún niño con la nariz llena de mocos y las manos mugrientas. En los tramos de césped que hay delante de las casas no verás grupos de chicas sentadas con camisetas de vivos colores, vaqueros rasgados y gorras con visera señalando y cotilleando sobre los chicos que pasan. Las hermanas mayores no ponen los *wailese* a todo volumen de tal modo que los que conocen la melodía cantan mientras friegan, quitan el polvo y barren sus casas. En Little Valley Country Estate los vecinos son los coches que ves aparcados en los caminos de entrada y los niños son las pelotas de tenis que vuelan por encima de la tapia y caen en tu piscina.

Aquí en casa Tshepo era mi única compañía, y yo la suya. Nuestro lema era «Solo los aburridos se aburren» y juramos vivir cada día de acuerdo con él. Así que para demostrar que cumplíamos nuestra palabra y que no éramos aburridos en absoluto, cada día que no había colegio era una gran aventura. Nos fabricábamos nuestros propios monos de trabajo pintando los grandes chalecos de papá con las pinturas de fábrica de color azul que había dejado el dueño anterior. Coleccionábamos cuchillos, tenedores, palos, destornilladores y otros objetos con aspecto de herramientas, y salíamos a ayudar a los albañiles allá donde había casas nuevas en construcción. Hacíamos guantes de plástico y hurgábamos en los grandes cubos de basura de detrás de la casa en busca de huesos de pollo que más tarde utilizaríamos para pescar cangrejos. Apuntábamos en el cuaderno rojo de Tshepo todas las grandes obras de referencia, guías para los negocios y manuales que había en el despacho de papá y luego los ordenábamos por orden alfabético y creábamos una ficha bibliotecaria de cada uno para hacer seguimiento de si se utilizaban. Tshepo era mi mejor amigo y yo el

suyo.

Ahora deambulo por la casa y Tshepo ha vuelto a esfumarse. No se me ocurre nada que valga la pena hacer. Mañana hay colegio, pero no me han puesto deberes. De hecho, creo que voy un trimestre por delante del plan de estudios. Con todo el bombo que se da al examen de acceso a la universidad —que es lo más duro, lo más importante, y un momento en el que tienes que demostrar tus aptitudes si quieres obtener una plaza en un centro de educación superior de primera categoría—, me había parecido prudente empezar a prepararme para el gran desafío ya en el penúltimo año. Resulta que todo el bombo es exactamente eso: bombo. Con ayuda de los viejos libros de texto de Tshepo me abrí paso a través de los primeros capítulos y antes de Navidad ya había cubierto la mitad del contenido del curso antes de que hubiera empezado siquiera.

Ahora estoy subiendo a mi habitación. Cuando llegue me pondré a estudiar los exámenes de otros años. Por miedo a acabar todo el programa y no tener nada que hacer el resto del año (y a falta de algo mejor que hacer), me había pasado el resto de las vacaciones de diciembre resolviendo exámenes de años anteriores que Tshepo había dejado en la sala de los periódicos. Disfruté de lo lindo. Y cuando los terminé, papá se ofreció encantado a comprarme un cuaderno de exámenes ¡qué se remontaban a 1995! La idea de que las respuestas a todas las preguntas, por difíciles que fueran, estuvieran en el apartado de Soluciones del final del libro resultaba reconfortante además de terapéutico. Era, y supongo que sigue siendo, lo único seguro en la vida. Esas sumas es lo único que tiene pleno sentido. Sé que si alguna vez me equivoco, me encallo, no estoy segura del valor de x, descubro que mis libros no cuadran o no logro recordar el nombre del músculo que levanta el párpado superior, la solución estará allí, a solo unas páginas de distancia, y todo volverá a estar bien.

Aborrezco mi habitación. Es una habitación de color rosa crema con una cama de cuatro postes en el centro que te hace pensar en niñitas calvas que se mueren de cáncer. Es una habitación lúgubre.

Cuando era niña, y mucho más tonta pero aun así más feliz de lo que soy ahora, forraba la pared de mi cuarto de pósteres de las personas que consideraba los seres vivientes más importantes de nuestros tiempos. Recuerdo que un sábado por la tarde me pasé horas pegando cuidadosamente las fotos de la revista, concentrada en poner primero cinta adhesiva en el dorso de las páginas satinadas para que el Prestik no las rompiera si alguien las arrancaba. Agotada, me tumbé de espaldas y admiré las paredes sintiéndome orgullosa de mis esfuerzos. Tshepo entró al cabo de un rato, probablemente preguntándose dónde me había metido. Lo vi mirar alrededor; yo estaba emocionada porque sabía que había hecho un gran trabajo.

—Quítalas —dijo.

—¿Cómo? —pregunté, enfadada con su actitud irracional.

¿No veía el trabajo que me había tomado? Lo único en que pensaba era en la pintura cara de las paredes.

—Quítalas, Ofilwe.

—Pero Tshepo, mira lo bien que han quedado. Te prometo que no saltará la pintura. Ni siquiera las cambiaré de sitio.

Bueno, las cambiaré si quiero, pensé. No me pareció que hablara en serio; además, ¿quién era él para decirme lo que tenía quehacer?

Lo que siguió fue un follón. Un follón que casi no recuerda, aparte de la palabra «blanco». Blanco. Blanco. Blanco. No había una sola cara de Color en la pared. Yo no me había dado cuenta, de verdad. Solo después de que él lo señalara lo vi. Quiero decir que ¿por qué demonios iba a hacer algo así a propósito? Además, ¿qué importaba? Era pura coincidencia; tal vez no había visto caras negras que me gustaran en la revista de donde las había recortado.

—¿Ninguna?

Miré alrededor y luego a Tshepo. En su cara vi lo que solo comprendería muchos años después. Creo que fue ese día cuando él me vio tal como era. Ojalá yo también me hubiera visto; tal vez entonces las cosas habrían sido diferentes.

En todas las aulas los niños se están muriendo. Es una enfermedad parasitaria que se apodera de la mente para su uso particular. Que utiliza la mente para su propia supervivencia. De modo que pueda crecer, dividirse, multiplicarse e infectar a otros. Siena tostado que destiñe. El código de ADN de la codicia blanca, la vanidad rubia y la malevolencia de ojos azules. El isiZulu está olvidado. El tshivenda es un recuerdo lejano.

> *«Descubrirás, Ofilwe, que las personas a las que te esfuerzas tanto en parecerte algún día te rechazarán, porque por mucho que finjas serlo, tú no eres de los suyos. Entonces regresarás, pero allí tampoco serás aceptada, porque aquellos a los que en su día rechazaste ya no reconocerán a la persona en la que te habrás convertido. Estarás muy lejos, demasiado para volver. Muy cambiada, demasiado. Atrapada entre dos mundos, serás rechazada por ambos».*

Estoy aquí sentada. Se acabó. Estoy harta de hacer cálculos. No pienso calcular más vectores. Ahora ya no es mi objetivo hallar respuestas. Es lo que es. ¿Por qué intentar entenderlo? Ya casi ha terminado el día. Si duermo ahora, el nuevo día llegará antes, con sus tareas y obligaciones, y el hoy será olvidado.

SEGUNDA PARTE

¿Me prometes que guardarás un secreto?

—¿Qué clase de secreto?

—Un secreto malo.

—¿Oscuro?

—Negro.

Veo cómo mi radiodespertador se enciende con un parpadeo. La luz intermitente de los números rojos electrónicos me hiere los ojos, pero hago un esfuerzo para evitar que se me cierren del todo. El dolor los endurecerá y los fortalecerá. Al parpadeo le sigue la voz ronca de DJ Tinky, que penetra el silencio de la mañana como una nube de humo. Rápidamente escondo el radiodespertador debajo del suéter de Lentso Communications que ahora llamo mi almohada y, buscando a tientas con mis dedos somnolientos en la oscuridad, encuentro el botón de apagado. El tío se mueve en la cama que tengo al lado. Cierro los ojos con fuerza y aguanto la respiración, y me concentro en dejar mi cuerpo totalmente inerte. Realmente necesito averiguar qué hay que hacer para que suene sin que se encienda la música. No quiero tener que vérmelas con el tío a una hora tan temprana. Su respiración se acompasa y cuando vuelven a sonar las trompetas a través de su nariz, sé que puedo levantarme sin peligro. Está profundamente dormido.

—¡Oh, soy un triste juguete del destino! —empezaba a gemir el tío.

—Sí, tío —suspiraba yo.

No, tío, pensaba. Otra vez no, ahora no, por favor. Estaba haciendo los deberes. Deberes que odiaba, pero que tenía que hacer.

—He perdido toda mi alegría, la tierra me parece un promontorio estéril.

—Sí, tío —repetía yo, porque eso era todo lo que se esperaba de mí, la sobrina de quince años, durante esos lamentos en los que

el tío vomitaba fragmentos de Shakespeare como si los improvisara, perdido en el abismo de su lamentable existencia.

—Me estoy muriendo, Fikile, muriendo —clamaba, tirándose torpemente sobre el pobre sofá viejo, y luego, como si de pronto fuera consciente del volumen de su voz, se ponía a gemir de nuevo bajito.

—Sí, tío.

—Cuando muere un mendigo no aparecen cometas —sollozaba, sacando del bolsillo su pañuelo arrugado junto con un par de monedas de cinco centavos que caían ruidosamente contra el suelo.

—Sí, tío.

—¿Por qué yo? —lloraba.

Y yo gritaba lo mismo dentro de mi cabeza. ¿Por qué yo? ¿Por qué tengo que escuchar al tío balbucear, lloriquear y sollozar estupideces todos los días de mi vida?

—Sí, tío.

—Soy un hombre piadoso, Fikile.

—Sí, tío.

—Soy un hombre honesto, Fikile.

—Sí, tío.

—Un hombre justo, Fikile.

—Sí, tío.

—Haber tenido que llegar a esto.

—Sí, tío.

—Lucho cada día por mantener una naturaleza libre y abierta.

—Sí, tío.

—Tan mal el mundo anda que ya a cazar se atreven los gorriones donde ni osaran águilas posarse.

A estas alturas, por supuesto, yo hacía rato que había dejado de escuchar y estaba copiando las correcciones al final del cuaderno de ejercicios. Había escuchado con sincera preocupación la primera vez que él había venido a casa llorando (eso fue hace años) y le había prestado genuínamente atención la segunda, pero hacia la

tercera o cuarta vez me di cuenta de que no cambiaba nada si escuchaba o no. Él hablaba consigo mismo, y todo lo que quería era que dijera «Sí, tío».

—Me utilizan, Fikile.

¿Y qué si lo utilizan? Había arruinado su vida. Había malgastado todas las grandes oportunidades que había tenido para ser algo y ahora que unos blancos habían sido lo bastante amables como para darle un empleo, tenía el valor de quejarse. No importaba en qué consistía el trabajo, no era que estuviera matando gente ni nada por el estilo. Yo tenía mis propios problemas. Deploraba la, escuela y hacía todo lo posible por no meterme en líos copiando las correcciones tal como la señorita Ralefetha había dicho, pero costaba concentrarse teniendo que decir «Sí, tío» a cada rato.

—Me ocupo de mis asuntos, Fikile.

—Sí, tío.

—Me siento en mi butaca delante del escritorio de la caseta de vigilancia y leo mis libros, y me ocupo de mis asuntos.

—Sí, tío.

—Amo mis libros. ¿Sabes que amo mis libros?

—Sí, tío.

—Mi Hamlet, mis reyes Richard y Lear, mi Julio César, mi Antonio y Cleopatra, mi hermoso pero trágico Romeo y Julieta.

—Sí, tío.

—Ah, pero algunos se elevan por el pecado y otros caen por la virtud.

—Sí, tío. —Y allí estaba de nuevo, llorando vergonzosamente.

—Oh, Fikile, cuando el señor Dix se acercó a mi humilde escritorio de la caseta de vigilancia y se interesó por los libros que leía, me sentí simplemente honrado de compartir con él el poderío, la maestría y la supremacía que había en esas páginas.

—Sí, tío.

—Pero está loco el que confía en la mansedumbre de un lobo, la buena salud de un caballo, el amor de un niño o la promesa de

una ramera. Fui un necio.

—Sí, tío.

—¿Fui un necio, Fikile?

—Sí, tío.

—¡Oh! —se lamentaba él—. ¡Tienes razón, soy un necio!

Y, arrancada bruscamente de las correcciones y devuelta a la triste realidad del presente, me di cuenta de que era uno de esos momentos en los que se suponía que no debía decir «Sí, tío». Pero había pocos momentos como esos, así que no les prestaba atención excepto para rectificar rápidamente con un «No, tío». Entonces él dejaba ele llorar y reanudaba sus gemidos, lo que solo era un poco menos irritante.

—No, tío.

—No, tienes razón, Fikile, fui un necio. Debería haber sabido que a esos hombres blancos y corpulentos, con sus trajes de tintorería, no les interesaban mis sonetos sino mi piel negra.

—Sí, tío.

—Pero ¿cómo iba a saberlo yo, Fikile? ¿Cómo iba a saberlo? —preguntaba, y se le llenaban rápidamente los ojos de lágrimas suplicantes.

Menudo imbécil, pensaba yo. Menudo imbécil patético y lamentable.

—¡Oh! ¡A cuánto se atreven los hombres! ¡Cuánto osan hacer! ¡Cuánto hacen diariamente sin saber lo que hacen!

—Sí, tío. —Aborrecía a este hombre.

—¡Qué gran obra es el hombre! —Le encantaba eso. Le encantaban los golpes de revés y la improvisación en su sopa de aflicciones privada.

—Sí, tío.

—Es una maldición, Fikile, tener un corazón tan grande como el mío.

—Sí, tío.

—Hoy hemos ido a Hyde Park, a las oficinas de Borman-Nkosinathi. Edificios altos, puertas de cristal.

—Sí, tío.

—Me han dado un traje marrón con rayas amarillas. Me he reído solo mientras me lo ponía en nuestra caseta de vigilancia. ¡Yo, con un traje marrón con rayas amarillas, Fikile! ¡Parecía un auténtico Sexwale!

—Sí tío.

—Pero no es oro todo lo que reluce —susurró, con su grueso labio inferior tembloroso.

—Sí, tío.

—Hemos ido en el coche del señor Dixy me he sentado delante.

—Sí, tío.

—Siempre me siento delante cuando vamos a las reuniones y en el asiento trasero cuando me mandan a casa.

—Sí, tío.

—Ha dicho, el señor Dix, que se sentía muy orgulloso de mí y que yo también debería sentirme orgulloso de mí mismo. Ha dicho que le gustaría que más empleados demostraran tanta lealtad a la compañía como yo.

—Sí, tío.

—Me he reído por lo bajo, Fikile, allí sentado en el asiento delantero del Jaguar del señor Dix. ¡Era realmente yo! Y el señor Dix, el director ejecutivo de Lentso Communications, me estaba diciendo que se sentía orgulloso de mí y que le gustaría que hubiera más empleados como yo. ¡Ja! ¡Imagínate!

—Sí, tío.

—Pero luego hemos llegado a Borman-Nkosinathiy al bajamos del coche, me ha llevado aparte y me ha dicho que probablemente era mejor que no hablara hoy en la reunión. Me he quedado horrorizado porque, verás, no sé si lo sabes, pero me gusta mucho hablar. Pero ¿qué podía decir? Había hablado el jefe.

—Sí, tío.

—Ha dicho que una vez más iban a presentarme como Silas Nyoni, su socio por la ley de Empoderamiento Económico de la Población Negra[4]*, recién nombrado Gerente de Operaciones de*

Lentso Communications. El plan de hoy era que Laurie, la asistente personal del señor Dix, entrara con prisas en la reunión con Borman-Nkosinathiy dijera que me necesitaban urgentemente en las oficinas. Yo saldría a toda velocidad y me llevarían de vuelta a mi caseta de seguridad. Imagino que tenían miedo de que soltara algún disparate que los delatara, por lo que el señor Dix le ha hecho una señal a Laurie antes de lo previsto y me han sacado inmediatamente después de las presentaciones.

—Sí, tío.

—Yo no habría soltado ningún disparate, Fikile. No sé por qué piensan eso de mí. ¡Nunca haría nada que hiciera peligrar Lentso Communications! Esa compañía es mi forma de sustento.

—Sí, tío.

—He echado un vistazo al orden del día de la reunión, Fikile, y había algunos asuntos bastante apremiantes. Creo que si me hubieran dado media oportunidad, si me hubieran dejado quedarme un rato, podría haber aportado algo provechoso, algo que enriqueciera el debate.

—Sí, tío.

—Como es natural, me ven como un vigilante. Pero hay cosas sobre mí que esos hombres blancos no saben, Fikile. Y a veces pienso que si tomara la palabra, si dijera algo profundo o hiciera una sugerencia perspicaz, tal vez verían que hay algo más que piel negra y Shakespeare en este vigilante. Tal vez verían que ese traje marrón con rayas amarillas está hecho para mí.

—Sí, tío.

—En mi imaginación soy Silas Nyoni.

—Sí, tío.

—Pero ellos no ven nada. —Lo decía con tanta desesperación que lo habría compadecido si no supiera por dónde van los tiros.

—Sí, tío.

—Laurie me ha pedido que me quitara el traje en el asiento trasero, Fikile. ¿Cómo puede esperar que un adulto como yo se desvista como un niño en el asiento trasero de un coche?

—Sí, tío.

—Y luego me ha dado otra radio y una palmadita en la espalda como si fuera un animal de circo al que se le recompensa después de un truco brillante. Si no fuera por mí, Fikile, por mí, Silas Nyoni, no harían los tratos que están haciendo. Esos blancos no se dan cuenta de que estoy comprometiendo mis creencias morales para que ellos ganen miles de millones. Algún día me perderán y lo lamentarán.

Esta vez no respondí. Temí que me entraran arcadas si abría la boca. Si tanto le ofendía el trabajo, ¿por qué no lo dejaba? «Oh, soy un hombre piadoso, Fikile». Snif, snif. «Solo trato de llevar una vida honesta, Fikile». Snif, snif. «Se peca más contra mí de lo que yo mismo peco». Snif, snif. Mentira. ¡Pura mentira! El tío sabía perfectamente que desde el primer día en que el señor Dix le pidió que le leyera en alto pasajes de sus libros y le recitara poemas, trató a todos con prepotencia; lo estaban entrevistando, evaluando y considerando para el puesto de falso socio mayoritario/director ejecutivo/cofundador/director financiero negro o cualquier puesto que hablara de transformación en Lentso Communications.

El tío lee los periódicos. De hecho, ¡lee más periódicos que nadie! Todo eso de utilizar caras negras anónimas como peones para cumplir con la cuota racial que mandaba la ley no era nada nuevo y él lo sabía. Disfrutaba con ello. ¡Lo celebraba! «El tío manso y gentil con el corazón más grande del mundo» no era un vigilante: se echaría a llorar durante cualquier robo. No, el tío amaba la vida fácil, anhelaba una vida fácil y vivía por una vida fácil, como todos los demás. Disfrutaba de esos momentos en que se ponía un traje a rayas e iba de copiloto mientras Laurie se sentaba en el asiento trasero. El tío solo era un negro hambriento más, hambriento de una tajada del pastel como el resto de nosotros.

Pero lo que me indignaba y enfurecía era que el tío, después de zamparse su trozo de pastel, pretendiera que lo compadeciéramos porque se estaba engordando. El tío es mentiroso y falso. Adora su nuevo puesto de falso pez negro en

Lentso Communications. Él sabe muy bien que es para lo único que sirve. ¡Vamos, debería dar las gracias por semejante oportunidad! No todo el mundo tiene una segunda oportunidad para disfrutar de la buena vida. Es penoso como vigilante y probablemente ya lo habrían despedido si no se hubieran enterado de que hablaba tan bien inglés. Debería estar muy agradecido, el maldito imbécil.

Es un alivio que se haya acabado el tiempo para dormir. Ya estoy pensando en todos los grandes acontecimientos que puede tener reservados el día de hoy. Despertar siempre es un momento emocionante para mí porque ofrece una nueva oportunidad de tener una vida de infinitas posibilidades. Dormir es un lujo innecesario y generalmente hago lo que puedo para evitarlo. Mientras duermes, pierdes todo el control y eres vulnerable a los monstruos de la noche. Mientras duermes desperdicias horas preciosas que podrías haber utilizado para planear grandes cosas y hacer avances resueltos hacia tus sueños, como mi Proyecto Infinito. En realidad solo los recién nacidos y las personas seniles necesitan dormir. El resto son tontos, débiles y holgazanes.

Me alegro de que vuelva a ser la hora de salir de este agujero. Durante la noche he sido poseída por un espíritu vigoroso y hoy saldré llena de coraje y determinación, atenta a cualquier oportunidad que se me presente. Tal vez hoy sea el día, ese día que llamaré «el día que me cambió la vida» y que recordaré cuando sea rica y famosa, y viva en el Proyecto Infinito y me ría y menee la cabeza mientras tomo un sorbo de martini helado y me digo: «¿Alguna vez imaginaste que sería así?». No tengo dinero en el banco ni mucha cultura, pero tengo el corazón tan lleno de ambición que se me podría caer en las profundidades del estómago si no se hace realidad el Proyecto Infinito.

Sí, últimamente he sido débil y perezosa, me siento cansada y lloro sobre mí almohada. Pero todo eso se ha acabado y vuelvo a estar oficialmente en el juego. Me he dado cuenta de que no se gana nada con autocompadecerse, que es algo realmente vergonzoso, algo

común entre las personas como el tío, que se pasan la vida sentados y echando una cabezada, y luego lloran por las noches esperando que los demás los consolemos, como si no se hubieran buscado su lamentable situación.

Sabía de antemano cuándo iba a pasar. Me daba cuenta porque el tío siempre volvía del trabajo con esa cara de tristeza. Yo estaba sentada en el suelo de la cocina, todavía con el uniforme de la escuela, haciendo los ejercicios de matemáticas o practicando las lecturas en inglés cuando lo oía pasar arrastrando los pies por delante de la casa de los Tshabalala y continuar hasta el fondo de su jardín, donde estaba nuestra casucha de un solo dormitorio.

Ous Joy, la hija mayor del señor Tshabalala, chillaba desde la ventana de su cocina el habitual «Que tengas muy buenas tardes, tío. ¿Cómo estás hoy?», con la esperanza de que el hombre con quien había coqueteado durante años dijera algo más del habitual: «Muy bien, mi dulce alegría, muy bien. ¡Buenas noches, buenas noches! La despedida es un dolor tan dulce». Pero las noches que sucedía, el tío no respondía a su dulce alegría, a quien también admiraba en secreto. Nunca había tenido agallas para hacer nada al respecto por miedo al mal genio de Tshabalala. Las noches que sucedía, simplemente la saludaba con la cabeza al pasar.

Por supuesto, siempre cabía la posibilidad de que yo no hubiera oído su «Muy bien, mi dulce alegría, muy bien. ¡Buenas noches, buenas noches! La despedida es un dolor tan dulce», por lo que cerraba los libros, despejaba el suelo y me plantaba delante de la puerta principal para ver la cara que traía. Y si tenía esa expresión lastimera…, esa expresión lastimera y patética de «ay de mí», entonces sabía que esa era una de esas noches.

Yo intentaba animarlo. Lo intentaba con todas mis fuerzas. Corría y le cogía las bolsas de las manos, y volvía a toda prisa con sus zapatillas gastadas. Más tarde me di cuenta de que ver esas zapatillas hechas jirones en sus pies intensificaba su tristeza, así que decidí llevarle las de fin de semana. Yo gritaba con alegría:

«¡Tío, hoy hemos cantado tu canción favorita en el salón de actos!». Y me ponía a cantar: «Jesús loves me, yes, I know, floor the bible tells me so!»[5]*. Y mientras cantaba con todo el entusiasmo que mi pequeño cuerpo era capaz de reunir, abría mis libros escolares y le mostraba cada «¡Muy bien, Fikile!» y «¡Excelente, Fikile!» que había falsificado en cada dos páginas. Y cuando parecía que perdía su atención, empezaba a recitar el Padre Nuestro: «Padre Nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre», porque al tío siempre le complacía oírme recitarlo haciendo rodar las erres como a él le gustaban.*

Pero casi nunca funcionaba. Cuando el tío tenía esa cara triste y patética había muy poco que uno pudiera hacer para que se sintiera mejor. El tío me miraba mientras yo me arrodillaba a sus pies sonriendo, riendo y gritando Aleluyas y le desabrochaba los cordones de los zapatos, y entonces él soltaba un suspiro muy profundo y desolado, y se iba a nuestra habitación arrastrando los pies.

Pero, por supuesto, yo no me rendía. No permitía que su lamentable estado me desanimara. Levantaba mis pequeños brazos y se los ponía en la espalda, y lo llevaba por la habitación, lejos de la puerta del dormitorio, cantando: «Oh, when the saints! Oh, when the saints! Oh, when the saints coming marching in… I want to be in that mamba, oh when the saints come marching in!»[6]*. Lo empujaba por detrás, marchando y pisando con toda la fuerza que tenían mis pies pequeños, alzando mi vocecita al cielo.*

Pero cuando el tío tenía esa mirada triste y patética en la cara, poco podía hacer para que se sintiera mejor. Oía cómo empezaba a gimotear. Incluso en medio de los himnos que salían de mi pequeño pecho, oía al tío gimotear. Aunque cantara más fuerte que nunca, seguía oyendo ese gimoteo y sabía que me había vencido. A pesar de la pasión y devoción con que había marchado, empujando su gigante espalda con todos los músculos de mi cuerpo, el tío no se movía. Los intervalos entre los gimoteos se acortaban, y enseguida todo él empezaba a temblar. Luego se daba la vuelta y me miraba, como si no estuviera muy seguro de

qué era yo. Entonces recordaba y soltaba un profundo suspiro, y poco a poco el nivel de agua de sus ojos se elevaba hasta derramarse, lo que lo llevaba a arrastrar a toda prisa su lamentable ser hasta el dormitorio y esconderlo debajo de las mantas.

Toda la actuación —la marcha, el canto, la risa y los aplausos —, por lo general, me dejaba agotada, pero los días que ocurría, yo hacía todo lo posible por quedarme levantada hasta tarde. Era una ilusión vana por mi parte esperar que ya estuvieran sonando las trompetas por la nariz del tío cuando me metiera en nuestra cama, pues por mucho que esos días pasara la mayor parte del tiempo acostado, casi nunca se dormía. Por supuesto, yo hacía todo lo posible por quedarme levantada, a veces hasta las diez, pero era solo cuestión de tiempo que se me torcía la letra por la página.

Nuestra habitación estaba silenciosa cuando yo entraba de puntillas, pero en cuanto me acurrucaba en la esquina de la cama, oía su gimoteo patético seguido del suspiro lastimoso. Era una cama individual, así que cuando el tío volvía su enorme cuerpo hacia mí, me arrebataba las finas mantas que eran mi única protección. El tío siempre empezaba con «Oh, Fikile, ¿por qué la vida tiene que ser tan difícil?» y continuaba con un «¿Qué hemos hecho, Fikile, para merecer tanto dolor?».

Yo nunca le respondía y no creo que él esperara que lo hiciera. Entonces me tomaba mi pequeña mano y me la deslizaba con delicadeza dentro de los pantalones sueltos del chándal que se ponía para dormir. El tío siempre era delicado. De hecho, la gente a menudo decía: «Oh, el tío, qué hombre más gentil. No encontraréis ni un solo hueso violento en su cuerpo». Pero la serpiente que vivía dentro de su pantalón siempre estaba despierta. Siempre estaba caliente y pringosa, y a veces se me pegaba la palma de la mano cuando él me la deslizaba arriba y abajo. Era en este momento cuando el tío se echaba a llorar, primero flojito, como si lo hiciera solo para él, y luego cada vez más fuerte, moviéndome la mano cada vez más deprisa y más fuerte, hasta que gritaba de dolor para que el mundo entero lo

oyera. Luego se quedaba dormido, y sonaban las trompetas a través de su nariz.

Yo detestaba que el tío fuera tan débil, patético y lamentable, y detestaba aún más ser la única capaz de consolarlo. Pero tenía que reconocer que podía haber contribuido a ello con mi falta de disciplina. En los pocos años que viví con él nunca encontré otra forma de consolarlo. Pasaba las tardes, una vez que salía de la escuela, leyendo las palabras fáciles en su colección de enciclopedias con la esperanza de impresionarlo con todos mis conocimientos algún día, cuando hubiera aprendido a leer también las palabras más largas. Esperaba tenerlo contento de esa manera. Pero nunca funcionó.

Entonces yo era muy pequeña y me gustaba realmente el tío, sobre todo cuando estaba de buen humor. Él siempre había sido bueno conmigo. Nunca me pegaba como solía hacerlo mi madre, y a menudo traía dulces a casa cuando los vendían en el tren. Después de que mi madre se rajara las muñecas y dejara que la sangre se derramara sobre mí y me penetrara la piel mientras dormía apretada contra el hueco de su estómago, el tío fue el único que quiso acogerme. Gogo, mi abuela, tenía demasiados hijos blancos que cuidar, y mi padre había huido mucho antes de que yo me implantara en el útero de mi madre.

De modo que, a mis ojos, el tío era un buen hombre en aquella época. Tenía sus defectos como la mayoría de la gente, pero era mi tío, la única familia de verdad que tenía.

Claro que yo solo era una niña y no sabía nada. Fue a partir de primero de secundaria, después de que las ousies de Childline acudieran a nuestra escuela y nos hablaran sobre la violación, cuando cambiaron las cosas entre el tío y yo. Él nunca me había tocado de forma indebida y todo lo que yo había hecho era frotarle la serpiente cuando lo veía triste para que no llorara. Pero las ousies de Childline habían dicho todo eso sobre las partes íntimas, y por qué eran íntimas, y que no tienes la culpa y debes llamar a alguien. Yo tenía tanto lío y confusión en la cabeza que tuvieron que mandarme a la enfermería porque me puse a vomitar allí

mismo, en la sala de actos.

Esa noche el tío volvió a llegar a casa con esa cara triste y patética, arrastrando los pies y suspirando. Yo seguía bastante mareada, así que no traté de cantar, saltar, reír y pisar fuerte como solía hacer, sino que me quedé sentada en el suelo de la cocina, haciendo divisiones y bebiendo mucho líquido, tal como la señorita me había aconsejado. Estuve levantada hasta tarde, y cuando entré sin hacer ruido en nuestra habitación, se me ocurrió dormir en el suelo en lugar de meterme en la cama, donde el tío esperaba que lo consolara.

Esa noche dormí en el duro suelo de cemento, sin nada con qué taparme, y lo mismo haría la noche siguiente y la siguiente. El tío no tocó las trompetas ni una sola vez esa noche, pero nunca dijo una palabra sobre el nuevo arreglo para dormir. Dejó de traerme dulces cuando los vendían en el tren, pero me di cuenta de que nunca me habían gustado tanto.

Me levanto del suelo. Mi espalda ya no protesta como protestó cuando cambié por primera vez mi espacio en la cama al lado del tío por el duro suelo de cemento. En realidad no está tan mal. Utilizo suéteres viejos de almohada y en invierno duermo con tres o cuatro capas de ropa. Llevo cinco años durmiendo en este suelo. Trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho… sí, cinco años desde la noche que decidí que no era mi responsabilidad arrullar al tío frotándole la polla. Y ahora el cuello es lo único que sigue gruñendo y gimiendo, el resto de mi cuerpo se ha acostumbrado bastante al suelo. Por supuesto, las cosas no serán así para siempre. Algún día tendré una cama descomunal con una cabecera de madera maciza revestida con herrajes decorativos y cuero rojo, y un gran arcón a los pies lleno de pequeños cojines dorados y telas decadentes. Y aunque realmente no creo en dormir, cubriré la cama con muchas mantas suaves y abrigadas, y con almohadas blancas y mullidas, porque será mía y tendré el dinero para hacerlo. Realmente es solo cuestión de tiempo que salga de este agujero y desaparezca, desaparezca definitivamente para no volver nunca más.

Saco mi caja de debajo de la cama y cojo la ropa de trabajo. Nuestro uniforme es sencillo y anodino, así que me he pintado las uñas de un rojo cereza para destacar mientras acompaño a los clientes a sus mesas, recojo platos, lleno vasos de agua con gas y deslizo delicadamente los dedos por la parte superior de las sillas. Todas las mañanas me aseguro de rellenar las grietas o desconchados que hayan podido producirse en el esmalte durante la noche, porque he llegado a conocer la gran importancia de la imagen que uno da.

Todo lo que me importa se encuentra en esta caja. En el armario del tío tengo un estante en el que guardo algunas cosas viejas que ya no uso, como el uniforme escolar, y varios zapatos tronados que hace años que no me pongo, pero en la caja guardo los tesoros de mi vida. En ella están mis revistas, todas, desde la primera *Glossy* que leí cuando tenía trece años hasta el número de este mes de *Girlfriend*. Junto a ellas está el estuche de lentes de contacto que contiene lo más caro que poseo, el equivalente a muchos meses limpiando grasa y barriendo almacenes fuera del horario laboral. Las delicadas lentillas de color verde esmeralda que flotan con gracilidad en la solución azul zafiro me recuerdan lo lejos que he llegado: he dejado de ser la ingenua niña huérfana que vive en una casa de una sola habitación con su tío incompetente en el patio trasero de otra familia en una barriada[7] decrépita más para convertirme en la encantadora camarera joven de bonitos ojos verdes y suave melena al viento rubio caramelo (perfectamente peinado para que parezca auténtico), que trabaja en la cafetería más elegante de este lado del ecuador. La crema para aclarar la piel Lemon Light, el protector solar, el delineador de ojos, el rímel, la sombra de ojos, el colorete, el alisador de pestañas y las extensiones de cabello rubio caramelo que me compraron cuando era niña para que me las trenzara con mi pelo verdadero pero que nunca usé porque el tío extravió el dinero para pagar a la trenzadora, todos son pequeños testimonios de los progresos que he hecho a pesar de las dificultades. Son pruebas contundentes de lo que me he acercado al Proyecto Infinito.

Saco de la caja las gemas verdes, el alisador de pestañas, la base de maquillaje, la barra de labios Berry Liscious y la ropa, y lo llevo

todo a la cocina, donde me bañaré y me vestiré. No tenemos cuarto de baño ni aseo dentro de casa como tienen los Tshabalala o como hay en algunos de los edificios más modernos del distrito de Mphe Batho, así que tengo que recoger agua de los grifos de fuera, hervirla y lavarme en un barreño en la cocina. Si el tío dedicara menos tiempo a llorar y más a pensar en cómo sacar provecho de su nuevo puesto de falso socio gracias a la ley de empoderamiento económico de los negros, quizá podríamos permitimos instalar un aseo o incluso un cuarto de baño dentro de casa. Aunque quizá es preferible que las condiciones de este cuchitril nunca mejoren. Tal vez así nunca se me olvide lo que no quiero ser: negra, sucia y pobre. Este barreño puede servirme de incentivo diario para continuar trabajando hacia lo que algún día seré: blanca, rica y feliz. Veréis, esa es la diferencia entre el tío y yo y, de hecho, entre la mayoría de las personas desesperadas y cortas de miras de Mphe Batho, y yo. Yo sé lo que quiero en la vida y estoy dispuesta a hacer todo lo que esté en mis manos para conseguirlo.

> *¿Me estoy volviendo loca? ¿Ya estoy loca? No. O tal vez. Tal vez hay que estar loco para progresar en la vida. Como esos inventores o cómo se llamen que crearon aviones y demás; ¿no los tomaron todos por locos cuando dijeron que querían volar? Y miradlos ahora, todos vuelan. Si hay que estar loco para salir de aquí y entrar en el Proyecto Infinito, lo estaré.*

Puse, llena de orgullo, el uniforme de Silver Spoon —los ceñidos vaqueros negros y la camiseta negra con una cuchara de plata que baja por la, espalda— encima de la mesa de la cocina de plástico a cuadros rojos y blancos que Gogo le había comprado al tío cuando se vino a vivir aquí. Hace muchos años, antes incluso de que yo naciera. La cafetería nos proporcionaba las camisetas, pero los vaqueros los teníamos que comprar las empleadas. Tratándose de mi primer trabajo y después de haber dejado hacía poco el instituto por capricho, sin dinero y sin medios para ganarlo, no sabía cómo iba a

conseguir unos vaqueros negros, y casi perdí el empleo por presentarme dos veces a trabajar «vestida incorrectamente». Pero enseguida reaccioné y tracé un plan. No iba a permitir que unos vaqueros estúpidos se interpusieran entre el Proyecto Infinito y yo. Hay veces en la vida que tienes que romper las fronteras, ser creativo, aprovechar al máximo los recursos y tomar el camino menos transitado para alcanzar lo que deseas.

—Fiks, cariño, te queremos y lo sabes.

—Sí, señora Becky.

¿Había dicho que me quería? ¿La señora Becky me quería? ¿Ellos me querían?

—Querida, eres maravillosa. Tienes un hablar tan bonito y tanto ingenio, eres lo máximo.

—Sí, señora Becky.

Solo llevaba dos semanas en ese nuevo trabajo y ya me querían. No podía creerlo. Quiero decir que sabía que era brillante en todo lo que me proponía, pero es muy diferente oírselo decir a otro.

—Pero verás, querida, voy a hablarte sin rodeos. Silver Spoon es un establecimiento de lujo. De primera categoría. Figura en lo más alto de la cadena alimenticia. Tenemos una reputación, querida, una clientela fiel. ¿Ves a las personas que cruzan nuestras puertas? ¿Realmente ves a las personas a las que servimos? ¿Las ves?

—Sí, señora Becky. —Su tono había cambiado y me estaba asustando un poco.

—Las personas que vienen aquí son respetables. Dignas y exitosas. ¿Lo entiendes, querida?

—Sí, señora Becky.

—Las personas a las que servimos aquí, cariño, son grandes políticos, empresarios y jueces. Son las que dirigen este país. Sin ellas, ni tú y yo estaríamos teniendo esta conversación, ¿verdad?

—Sí, señora Becky.

Ese último comentario hizo que se riera de una forma

forzada y extraña. Yo no me reí con ella, aunque probablemente debería haberlo hecho. Estaba demasiado ocupada intentando averiguar adonde quería llegar y cuál era la respuesta más apropiada.

—Bueno, querida, lo menos que podemos hacer es recibir a estas personas que trabajan tanto con la clase que se merecen, la clase por la que pagan cuando vienen aquí, la clase que Silver Spoon Coffee Shop promete dar siempre. Y si vienes así vestida, querida, con la camiseta de Silver Spoon sobre unos vaqueros marrón oscuro, bueno, no veo cómo vamos a lograrlo.

—Pero…

—Nada de «peros», querida.

Yo quería responder que entendía perfectamente los requisitos del uniforme y que estaba trabajando en ello. Incluso había cruzado el patio de los Tskabalala, a quienes deploraba porque se creían mejores que nosotros, para preguntarle a Ous Joy, que era la única Tshabalala a la que podía soportar, si tenía unos vaqueros negros que pudiera prestarme mientras tanto. Había tanteado al tío para que me prestara algo de dinero para comprarme unos, asegurándole que se lo devolvería con mi primer sueldo en cuanto lo cobrara. Pero el tío no tenía dinero y dijo que tendría que esperar hasta fin de mes. Eso no me servía porque faltaba mucho. Pero yo ya estaba trabajando en un plan D y solo necesitaba un poco de tiempo.

—Sí, señora Becky.

—Tienes hasta mañana, cariño. Hazte un plan. Caramba, solo te estoy pidiendo unos malditos vaqueros, no unos zapatos Jimmy Choo. Y ese cabello, querida, haz algo al respecto, lo que quieras, pero no vuelvas a venir a trabajar con este aspecto.

—Sí, señora Becky.

Esa tarde, al salir de Silver Spoon, fui directamente a los grandes almacenes The Meisies que están enfrente. El corazón me palpitaba con fuerza contra la caja torácica, y respiraba de forma entrecortada por las fosas nasales ensanchadas. Oía cómo la sangre me zumbaba en los oídos. Me negaba a perder ese empleo.

De modo que cuando me subí a las escaleras mecánicas para ir al piso inferior, pasando primero por la sección de lencería y luego por la de perfumes, supe lo que tenía que hacer. Con calma cogí del estante los primeros vaqueros negros de la talla 32 que vi, me los metí doblados en el bolso y volví a subir a las escaleras mecánicas, pasé por delante de los perfumes, de la sección de lencería, y salí de los grandes almacenes.

Lleno el barreño de agua hirviendo para bañarme y enciendo la radio de la cocina. Radios, radios por todas partes, en cada estante, en cada esquina, dentro de cajas y apiladas. Todas son obsequio de Lentso Communications, en agradecimiento por el perjurio y la falsificación en los que incurre el tío por ellos. El tío es un idiota y lo saben. Todo lo que tendría que hacer es pedirles dinero y ellos se lo darían, saben el poder que tiene con la información con que cuenta y que si explica a alguien las condiciones reales de su empleo, podría aniquilarlos. Pero ¿creéis que el tío reunirá algún día el coraje para pedir lo suficiente siquiera para pagar la carrera de un taxi a casa? No. ¿Por qué? Porque el tío es un idiota redomado. Él sinceramente cree que lo contrataron por su intelecto. ¡Ja! ¿Intelecto? Contrataron al tío porque tiene escrito en la cara el «Sí, patrón».

Recuerdo que cuando era pequeña hojeaba los álbumes de fotos de la infancia del tío en casa de los Kinsley. Me pasaba lo que debían de ser horas mirando las fotos una por una y luego cerraba los ojos e intentaba imaginarme en ellas. Yo en lugar del tío. Había una foto que me gustaba especialmente. Era la fiesta del noveno cumpleaños del tío y en ese momento yo también tenía nueve años. Yo nunca había tenido una fiesta de cumpleaños en mi vida. Ni siquiera conocía a nadie que hubiera tenido una. El tío estaba sentado en el centro de una gran mesa de patatas fritas, Fizzers, Cheese Curls, Smarties, pequeños chicles redondos de colores, vasos de papel llenos de Coca-Cola, Fanta y jugo morado, y un gran pastel multicolor con nueve velas azules y blancas. En

el fondo había un castillo hinchable rojo y amarillo, y niños por todas partes. Niños blancos por todas partes. Algunos saltaban, otros corrían, otros jugaban en la piscina y otros estaban sentados con el tío alrededor de la mesa, sonriendo a la cámara. Sonriendo para el tío. ¡Niños blancos sonriendo para el tío! Recuerdo que sentía tanta envidia y rabia que no podía entender por qué no podía ser yo la que salía en la foto, por qué los Kinsley no me habían organizado una fiesta, por qué nunca nadie había organizado algún tipo de fiesta para mí.

Saqué las tijeras de puntas romas de mi mochila escolar y corté esa foto en tropecientos pedacitos, me los llevé a la boca y los mastiqué. El tío no merecía nada de eso.

El tío podría haberlo tenido todo y lo había estropeado. Los Kinsley habían hecho mucho por el tío aunque no tenían por qué. Quiero decir que él solo era el hijo de su empleada doméstica, pero lo trataron como si fuera uno de los suyos. ¡Pobres Kinsley! ¡Si hubieran sabido que todo el dinero que estaban invirtiendo en matrículas, uniformes escolares, lecciones de piano y enciclopedias caras sería malgastado! ¡Si hubieran invertido ese dinero en mí en lugar de en el tío! Yo sabía que era lista, más lista que el lío y más agradecida. Sabía que si me hubieran dado la mitad de las oportunidades que le habían dado a él, nunca les habría decepcionado. No, a diferencia del tío, yo había agradecido la posibilidad de tener una vida mejor.

A veces a Gogo le daba por contar historias sobre «las casas sucias de los blancos ricos» que se pasaba la mayoría de días limpiando, y yo me quedaba quieta y la escuchaba con atención, esperando a que hablara de los Kinsley. Ella no tenía mucho que decir sobre ellos porque no habían sido tan crueles ni desalmados como los demás. Mi abuela odiaba hablar de los blancos buenos, por lo que a menudo solo decía una o dos palabras de la familia Kinsley y de su casa. Se quejaba un poco de que hubieran decidido pagar solo la educación del tío cuando Charmin (mi madre) era igual de inteligente. Luego gruñía un poco más sobre que los blancos disfrutaban separando a las familias negras.

Un día le pregunté a Gogo con delicadeza si todavía recordaba dónde vivían los Kinsley y cuál era su dirección. Estaba segura de que si iba allí y dejaba que me vieran una sola vez, reconocerían de inmediato que era mucho más lista que el tío y una inversión mucho más valiosa. Sabía que si se me daba la oportunidad de conocer a los Kinsley, todos mis problemas se resolverían, porque seguramente me pedirían que me quedara a vivir en su casa ya mismo, y que me cambiara el nombre por algo bonito como Sarah Kinsley. Gogo se me quedó mirando por encima de sus gafas con el ceño fruncido. Creo que se pensó que quería ir allí a robar o alguna locura así, lo que era ridículo porque yo solo tenía nueve o diez años entonces, pero ella siempre temió que la sangre de mi madre me hubiera maldecido y fuera solo cuestión de tiempo que terminara en la cárcel o muerta. Así que pasó por alto mi pregunta y siguió hablando de los Samuels y de la ropa interior usada que le daba la señora Samuels de regalo de Navidad.

Yo sabía que el tío era un idiota incluso antes de que Gogo me contara su vida. Como he dicho, yo era una niña superdotada y era capaz de calarlo a través de su elegante inglés y sus montones de libros. La versión de Gogo de la caída del tío tan solo confirmó lo que yo había sospechado desde los cinco años o algo así. Mi interpretación personal de lo que realmente sucedió es que el tío permitió que se le subiera a la cabeza el hecho de vivir con los Kinsley. Las comidas de los domingos en el jardín, la señora Kinsley con un gran sombrero de paja y los niños ayudando al señor Kinsley en la braai, la bicicleta con meditas azules y las fiestas de cumpleaños todos los años. Todos esos niños blancos sonriendo para el tío, cantando para el tío, bailando y jugando para el tío, se le metieron en la cabeza y aflojaron algunos tomillos.

Yo en su lugar habría mantenido la cabeza fría. Me lo habría tomado con calma, día a día. Pero el tío lo engulló todo de una vez. El pastel, los Fizzers, los Cheese Curls, el jugo morado, la habitación con las paredes azules, las sábanas de Spiderman, las

vacaciones en el estanque y todas esas caras blancas sonrientes, se lo tragó todo de golpe, sin masticar.

Nadie sabe realmente qué cable se le torció, pero, según cuentan, el tío volvió a casa después de su primer semestre en la facultad de medicina de la Universidad de Ciudad del Cabo con una carta de exclusión en la mochila. Estaba gordo y lloraba sobre la almohada que se había llevado consigo a Ciudad del Cabo cuando toda la familia había ido a despedirlo a la estación de autobuses a principios de ese año. Estuvo en la cama durante semanas, llorando y comiendo la que Gogo le dejaba en la puerta, y ese fue el final, el final del tío inteligente, el que hablaba el idioma del hambre blanco, el que nos salvaría.

Gogo me dijo que algunos echaron la culpa a las Kinsley, que habían visto a un joven negro capaz y se habían creído con derecho de apartarlo de su gente y de su hogar en la barriada a la que pertenecía para acogerlo en su casa con techo de paja de un barrio residencial, donde lo confundieron con sus costumbres blancas, y que cuando se desmoronó en el mundo real, lo dejaron caer. Tonterías, pensé. Sabía que no debía dar mi opinión, de moda que me quedé sentada en silencio y escuché. Otros creían que al tío simplemente se le subieron los humas a la cabeza. Se le quedaron pequeñas no sola las botas sino también la piel negra.

El tío se había vuelto orgulloso. Había olvidado quién era y de dónde venía y, en consecuencia, los dioses lo habían castigado. Por supuesto, podían perdonarlo si realizaba los rituales correctos, pero todos sabían que el tío ya no creía en ellos. Otros sugirieron en secreto que era culpa de Gogo por no haber realizado las ceremonias de acción de gracias necesarias cuando lo mandaron fuera, o por haberle permitido vivir con los Kinsley, o por haberle dejado ir a la universidad y no alentarlo a trabajar coma los demás.

Había muchas teorías, pero a mí todas me parecieron un mantón de estupideces. El tío fracasó estrepitosamente y lo excluyeron de la facultad de medicina de la Universidad de Ciudad del Cabo porque era un idiota. Así de simple. El tío era

un idiota y recibió lo que recibían los idiotas. Probablemente na estudió para ninguno de los exámenes porque pensó idiótamente que era demasiado listo para estudiar. Un idiota redomado. A Gogo le sentó mal que los Kinsley no intentaran hacer algo al respecto, como si nunca lo hubieran conocido, criado y alentado a seguir estudiando para médico. No llamaron ni escribieron ni nada, simplemente continuaron con sus vidas y sus fines de semana pescando en el estanque y al cabo de unos años emigraran a Australia.

Pero ¿qué deberían haber hecho los pobres Kinsley? Le habían costeado toda la segunda parte de la enseñanza primaria y la secundaria, y se prestaron a financiarle incluso toda la carrera de medicina. ¿Qué más podían hacer los pobres? Ellos no tenían la culpa de que el tío fuera un idiota. Típico de los negros, quejarse cuando los blancos no hacen nada para ayudarlos, quejarse cuando hacen algo y quejarse cuando dejan de nuevo de ayudarlos después de haberlo estropeado todo. Yo de los Kinsley habría exigido que el tío me devolviera todo el dinero invertido en su cabeza hueca, con intereses.

«Estás escuchando la dimensión desconocida con el DJ Tinky esta bonita mañana de domingo. ¡Es un nuevo día! ¡Un nuevo comienzo! ¡Otra oportunidad! ¿Qué estás haciendo tan temprano, loco? ¡Llámanos y dinos por qué no estás en la cama, Johannesburgo!».

Me como una rebanada de pan con el café y preparo gachas de avena para el tío. No sé por qué lo hago. Es adulto y debería ser capaz de prepararse él mismo el desayuno. Pero lo haré hoy porque voy bien de tiempo. Si lo haré mañana o no, dependerá de con qué pie me levante. El idiota no se lo merece.

Cuando salgo de casa el DJ Tinky pone *Fast Car* de Tracy Chapman. Una mujer extraña, con voz de hombre. Me hace sentir rara, como asustada y emocionada a la vez. Hacía años que no oía esa canción. «Un nuevo comienzo», ¿eh, DJ Tinky? «Otra oportunidad». Bueno, esperemos que tengas razón. Os sorprendería

saber lo que se llena la estación de tren un domingo. Evito los grupos ruidosos y me siento en el borde de un banco al lado de una niña demasiado pequeña para intentar entablar conversación conmigo, y saco del bolso la revista *Girlfriend*. No sé por qué aquí la gente se cree en la obligación de intentar hablar conmigo. Me esfuerzo por poner cara de «no me hables», pero parece que lean en ella «por favor, hablame». Es especialmente malo en domingo, porque los trenes no son de fiar y pasan cada hora si es que pasan, de modo que la gente parece pensar que tener conversaciones fortuitas con desconocidos es una buena forma de matar el tiempo.

En realidad es muy poco considerado. A veces uno quiere estar solo con sus pensamientos y no tener que soportar malos alientos y olores corporales a una hora tan temprana de la mañana. Las mujeres no están tan mal. Me aburren con sus preguntas sobre cómo conservo la figura o con las historias sobre sus jefes blancos y severos en el trabajo o con las largas crónicas de sus diferentes enfermedades, achaques y dolores, pero sigo prefiriéndolas a ellas que a los hombres. Los hombres me asquean. Todos son una pandilla de delincuentes. Una pandilla de delincuentes catetos. Me miran como si quisieran violarme, y sé que lo harían si no hubiera tanta gente alrededor. Me llaman *Nicey Nana*, y me susurran cosas obscenas cuando paso por delante de donde están apoyados, sucios y apestando a alcohol. Les odio y ellos lo saben. No respetan a las mujeres, ¿por qué tendría que respetarlos yo a ellos? No les respondo, ni siquiera a los que me saludan educados. Paso por delante con la barbilla alta y la espalda recta, como si no los oyera. Quizá hay alguno que es bueno y realmente no tiene malas intenciones, pero por desgracia sus compañeros han mancillado su nombre. De hecho, por regla general no me mezclo con hombres negros. Me hace la vida más fácil.

Una de las chicas Wimpy que creyó que era una gran idea hacer amistad conmigo hasta que la puse en su sitio solía advertirme que algún día los hombres se hartarían de mi *maaksnessy* se encargarían de que lo lamentara. Pero a mí me traía sin cuidado, no me intimidaban. Además, ¿qué sentido tenía? No iba a vivir en ese

sórdido y deprimente barrio eternamente, así que ¿para qué construir relaciones con personas que no tengo intención de volver a ver? No quiero tener ninguna conexión con esta tierra. Nunca más. Nunca más en mi vida. Creo que la gente que está en la estación de tren lo sabe. Por eso las señoras del Pick'n Pay me miran de ese modo.

—Vine a este mundo sola y lo dejaré sola, así que ¿para qué?

—Pero todos necesitamos amigos, Fikile, hasta tú, cariño. Sal a jugar con las otras niñas.

—Estoy bien contigo, Gogo.

—Fikile, yo no estoy bien aquí contigo. Gogo necesita estar sola un rato para descansar y tú necesitas pasar más tiempo con personas de tu edad.

—Estaré callada, Gogo. No te molestaré.

—Fikile, tu tío y yo no estaremos aquí eternamente. ¿A quién tendrás entonces?

—A mí misma. Me tendré a mí misma.

—No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy ordenando: sal a jugar con las otras niñas.

—Pero son estúpidas, Gogo. Se pasan el día entero en Sammy s Tavern hablando de chicos y riéndoles las gracias a los viejos para que les compren refrescos.

—Entonces ve a jugar con otras niñas, Fikile.

—Todas son iguales.

—«Todas son iguales», «son aburridas», «no saben hablar inglés», «son estúpidas», «me roban mis cosas». Siempre tienes una excusa, Fikile. Estoy harta de que te pases todo el día aquí sentada leyendo esas revistas de moda. Me entran ganas de quitártelas todas. Me pareció que te serían útiles para que practicaras la lectura, pero solo te han enseñado a ser esnob. Sal a jugar.

—Llévate las revistas. No las quiero.

—¡Fikile! O nyaka ke go bethe ka tlelapa nê? Sal ahora mismo.

—Fuera hace calor y se me oscurecerá la piel.
—Fikile, sal.
—No.

El hombre que está sentado a mi lado en el tren me dice que es de los que piensa que uno siempre debe conocer a la persona que está sentada su lado cuando se embarca en cualquier tipo de viaje. Pongo los ojos en blanco y finjo que no sé de qué fenómeno me está hablando mientras continúo hojeando mi *Girlfriend* Observo con el rabillo del ojo que se echa hacia delante para coger su maletín marrón caoba del suelo. Me fijo en el asa de cuero acolchado, en las dos hebillas de níquel clásicas con un cierre deslizante detrás de cada una, y en las puntadas paralelas hechas con grueso hilo de algodón granate, y cuando lo abre, en las letras V&CX bordadas en rojo en el forro de seda interior. Con clase, me digo.

Mientras se lleva el maletín al regazo, baja la cremallera por los lados y deja ver en el interior una sola manzana verde que sale rodando y cae al suelo. Está a punto de rescatarla, pero cambia de opinión. Está demasiado lejos y el tren va demasiado lleno.

—Iba a ofrecerte mi manzana —se ríe mientras cierra el maletín de aspecto caro—. Pero supongo que no tenía que ser.

—Llevo mi propia comida —replico cortante mientras reparo en el nombre «K.J. Fishwick» grabado en la esquina del maletín.

¡Un ladrón!, me digo. Debería haberlo sabido antes de pensar que un negro charlatán que viajaba en tren andaba por ahí con un maletín V&CX que él mismo había comprado.

—De modo que sabes hablar —responde él sonriendo.

No miro a este hombre, este hombre que es tan ladrón como todos los demás hombres que viajan en este tren, y que probablemente también es alcohólico y violador. Me recuesto en mi asiento, yergo la espalda y levanto la revista para acercármela más a los ojos, y empiezo a tararear muy bajito, pasando las páginas mientras me esfuerzo por poner cara de «vete a la mierda».

—Por la fruición con que la lees, debe de ser una revista muy interesante. ¿Puedo verla? —Me arrebata mi preciada *Girlfriend* de

las manos. ¡Qué valor! ¿Quién es este hombre y por qué no me deja en paz?—. ¡Oh, así que eres una de esas! —dice burlón, mirando la fotografía de Avril Lavigne de la portada.

—¿Una de qué? —replico, irritada con ese hombre que se cree que puede tomarse tantas confianzas conmigo.

—Ya sabes, esas *abo mabhebeza* que siempre están deseando ser algo que nunca serán. —Suelta una risita.

No sé quién se cree que es ni por quién me ha tomado, con su camisa amarillenta, gastada y tiesa de tanto lavarla, blanquearla con lejía y plancharla.

—Me ha calado, ¿no, señor K. J. Fishwick? Así es como se llama, ¿verdad? ¿O es usted uno de esos negros ladrones que no pueden quitar las manos de encima de las pertenencias de los blancos?

Se me queda mirando con incredulidad.

—¿A qué pobre blanco le ha robado este bonito maletín, señor Fishwick? —le pregunto mientras le arranco la revista de las manos.

No responde. Solo suspira, menea la cabeza y desliza el maletín entre sus pies por debajo del asiento. Se vuelve y mira por la ventana el resto del trayecto. Bien. Me alegro de volver a estar tranquila.

Cinco paradas más y bajaré del tren, tomaré un taxi desde la estación Sizanani y por fin estaré en el trabajo. El viaje en tren hasta las afueras siempre es la parte más dura del día. Los vagones apestan a sudor de los trabajadores, orina y compresas empapadas que deberían haberse cambiado hace días. Es especialmente malo al regresar por la tarde, pero también lo es por las mañanas. Uno se pregunta si la mitad de los pasajeros a bordo de ese tren se molestan siquiera en bañarse antes de dejar sus casuchas por las mañanas. Es una auténtica falta de consideración para con los demás que tenemos que aguantar esos olores corporales ofensivos. También es una falta de dignidad, porque una persona digna jamás iría por ahí oliendo como huelen esas personas, bajo ninguna circunstancia.

Estoy deseando bajarme de este tren e ir en taxi hasta el trabajo.

El tren avanza más despacio de lo habitual hoy, lo que es frustrante. A lo mejor está relacionado con los robos de cables. ¡Negros! ¿Por qué tienen que ser tan destructivos? Nunca han inventado nada en su miserable vida y sin embargo insisten en destruir lo poco que tenemos. Solo hay que ver lo sórdidos que son los barrios marginales. ¿Dónde se ha visto un barrio residencial blanco con semejante aspecto? En algunos cuesta distinguir los patios de las montañas de basura. Es realmente una vergüenza, una falta de perspectiva.

—Y tú, Fikile, ¿qué quieres ser de mayor?

—Blanca, señorita Zola. Quiero ser blanca.

—No seas tonta, Fikile, ¿no sabes que vas a ser tan negra como la tierra el resto de tu vida?

Dígaselo, señorita Zola, dígale que siempre será negra como la tierra.

—Calla, Ntombana. La señorita Zola ha dicho que podemos ser lo que quiera nuestro corazón.

—Pero, Fikile, cariño, no puedes cambiar el color de tu piel. Lo que quería decir es que…

—¿Lo ves, Fikile? ¡No seas tonta!

—Ntombana, si no callas tendré que echarte de clase.

—Seré blanca si quiero ser blanca. No me importa lo que piensen los demás.

—Pero ¿por qué querrías serlo, cariño?

—Porque es mejor.

—¿Qué te hace pensar eso, Fikile?

—Todo.

Son pasadas las siete cuando llego a la estación Sizanani. Aquí la gente va mejor vestida y tiene mejor aspecto que mi familia, y no es tan ruidosa. Creo que porque están más cerca de los barrios residenciales y conocen mejor ese estilo de vida. Hoy no hay colas interminables en la parada de taxis porque es domingo y aún no son

ni las ocho, así que todavía hay mucha gente profundamente dormida. Escojo un taxi color carmesí con los neumáticos relucientes y «First Class» pintado con aerosol en la ventana trasera. No existen los taxis de primera clase, pero a menudo lo tomo si no va demasiado lleno. Es mejor que ir en uno que ponga «Desire» o «Yizo Yizo». Supongo que también es agradable fingir que viajo realmente en primera clase, porque algún día viajaré exclusivamente en *primera clase*.

Veo un sitio libre en el taxi, al lado de una mujer que duerme con la cabeza apoyada en la ventanilla. Su pelo grasiento deja manchones desagradables en el cristal al deslizar la cabeza arriba y abajo al compás de su respiración. En el regazo tiene a un niñito flaco con el pulgar en la boca que también parece estar camino del país de los sueños. Como los dos están dormidos, o al menos lo está ella y a él le falta poco, decido que a su lado estaré a salvo.

> *Empiezo a creer que se ha realizado un cambio en mí. Me siento más segura en todo lo que hago y ya no dudo de mis facultades. Nada me intimida.\Hasta he empezado a hablar en inglés cuando no hace falta. Ya no me preocupa el acento que tengo porque he llegado a la conclusión ele que sueno como cualquier otra persona angloparlante. Utilizo palabras como «jocoso» y «filial» en el lenguaje cotidiano y hablo inglés con arrojo, sin titubear. No como el tío, que vomita fragmentos de Shakespeare que apenas tienen sentido para él o para cualquiera, sino con profunda agudeza y comprensión. Un nuevo impulso se ha apoderado de mí: me apremia a tomar el control y a forjar mi propio destino. Estoy segura de adonde voy y sé exactamente qué es lo que quiero de la vida. He trabajado mucho para estar donde estoy y tengo poca paciencia para los que se interponen en mi camino.*

—¡Señora! —le grito al oído, después de vanos intentos de despertarla a codazos—. ¡Señora, va a tener que decirle a su hijo que

se baje de mí! —le grito de nuevo, esperando que se despierte y aparte al niño.

Ella vuelve la cabeza y abre los ojos.

—¿Dónde estamos? —pregunta mirando por la ventanilla y alrededor de ella, confusa.

—No, aún no hemos llegado, pero me gustaría que apartara a su hijo de mi hombro, por favor. Voy muy incómoda.

Ella me mira y luego mira a su niño que tiene la cabeza apoyada en mi hombro, y que me está mojando con su baba y su sudor mi camiseta de Silver Spoon. Sonríe bobamente, lo que me indica que su mente sigue dormida a pesar de que sus ojos están despiertos.

—Sí, es muy cansado —dice arrastrando las palabras—. Somos muy cansados, venimos de muy lejos.

Hago un gesto afirmativo, pero eso no me disuade.

—Sí, eso está muy bien, pero ¿puede apartarlo, por favor?

La mujer no parece asimilar lo que le estoy diciendo. Sonríe de nuevo, cierra los ojos y vuelve a apoyar la cabeza en la ventanilla.

¿Está sorda? ¿No entiende el inglés?

—¡Señora, por favor! ¡Este es mi asiento y ese es el tuyo! He pagado por este asiento y me gustaría disfrutarlo, por favor. —Empujo al niño hacia ella para que vea a qué me refiero.

—Oh, está bien. Lo siento mucho —responde, y parece que por fin se espabila. Zarandea al niño con suavidad y le susurra—: Konani, despierta, hijo. Despierta, Konani.

Pero el susurro apenas se oye y sus zarándeos solo son un agradable roce que hace aún más profundo su sueño. Dudo que tenga una intención real de despertarlo. Me sonríe con la misma sonrisa desdentada.

—Somos muy cansados y el niño, él muy cansado.

Siento cómo se desliza la saliva por el brazo, no estoy impresionada.

—Me da igual si es un niño o un perro, ¡sáquemelo de encima!

He empezado a gritar. Soy consciente de que estoy montando un número. Quiero al niño baboso lo más lejos posible de mí.

Todos los que van en el taxi vuelven la cabeza para ver a qué se

debe el alboroto. Otra señora de tamaño considerable que está sentada delante de mí y que parece haber escuchado toda la conversación nos mira y cree oportuno aportar un granito de arena que nadie le ha pedido.

—*Haibo! More*, solo es un niño. *Kganthe*, ¿qué clase de mujer eres?

Le lanzo una mirada glacial.

—De las que no quiere que el hijo mugriento de otra mujer le manche de sudor y saliva la ropa de trabajo. Pero ¿qué pintas exactamente tú aquí, mamita?

—*Mo lebale, mme. Oh ke satane* —susurra la gorda entrometida, volviéndose.

Sí, llámame Satanás, pero la próxima vez ocúpate de tus malditos asuntos, me digo. Salta a la vista que la mujer sentada a mi lado no sabe mucho inglés, pero por fin entiende exactamente cuál es el problema y se esfuerza por ponerse a su hijo de nuevo en el regazo y, cuando no lo consigue, lo despierta de un bofetón y lo riñe por molestar a la pobre señora. Esa soy yo.

—Lo siento mucho, *Sisi*, somos muy cansados, venimos de muy lejos. Lo siento —dice ella, sentándose al niño sobresaltado en el regazo.

Asiento mientras saco un pañuelo del bolso para secarme la camiseta.

—Gracias —le digo, pasándomelo por la manga empapada—. Esto es todo lo que le he pedido.

El taxi me deja en el cruce de Schubert, a solo diez minutos a pie del centro comercial Little Square. Tengo la opción de pedirle al conductor que haga lo que ellos llaman «una entrega» y me deje en Little Square, pero eso duplicará el precio de la carrera, y aunque caminar al sol no es nada bueno para mi piel, necesito el dinero para cosméticos y ropa. Al cruzar la calle veo cómo me miran los chicos que venden periódicos y bebidas frías.

«*Yo, o mes, ne*», dicen. «Hola, *nice*, ¿necesitas ayuda con esas bolsas?» o «Deja que te acompañe al trabajo, *ngwana*», o «Eh, vente a tomar un refresco, preciosa, pareces acalorada y cansada». Silban,

gritan y hacen tonterías tratando de llamar mi atención.

Pero yo nunca me vuelvo. Adopto la postura (hombros hacia atrás y espalda recta), levanto la barbilla y camino hacia adelante sin el aleteo siquiera de un párpado. Paso por delante de ellos y de sus refrescos calientes y sin efervescencia que nunca compraría; por delante de sus periódicos polvorientos, calientes y sucios después de toquetearlos todo el día con las manos sucias, y del olor repugnante de los pies de pollo que vende en la esquina la arrugada y peculiar anciana de piel negra como el carbón y extraño paraguas naranja.

No soy una de vosotros, quiero decirles. Algún día me veréis pasar por aquí conduciendo un elegante automóvil con aire acondicionado, y subiré las ventanillas si intentáis acercaros a mí, porque *no soy una de vosotros*. Vosotros sois pobres y negros, y yo soy rica y morena.

Trabajar de camarera no es muy glamuroso, pero tengo que empezar por algo. Al menos no estoy empaquetando plásticos en Checkers o limpiando retretes. Y Silver Spoon, quiero que lo sepáis, no es un establecimiento corriente. En Silver Spoon Coffee Shop me codeo con el quién es quién de este país. Desde grandes empresarios hasta cirujanos y productores de televisión famosos, todos empiezan la jornada en Silver Spoon. Se nos conoce por nuestro exótico café en grano importado de Perú, El Salvador y Nueva Guinea, por nuestros tés helados con melocotón y jengibre hechos por la propia señora Becky, y nuestro pan de canela recién horneado. En Silver Spoon se cierran tratos comerciales, tratos que determinan la solidez del rand y el precio del oro. En Silver Spoon se forman alianzas y se firman contratos por miles de millones de dólares. En algunas de nuestras mesas más tranquilas, actores y actrices practican las líneas de sus papeles que serán filmadas y pronunciadas en la televisión y oídas por millones de sudafricanos en seriales de la noche. Los correos electrónicos van y vienen de Silver Spoon Coffee Shop a Europa.

A veces, cuando no hay tanto ajetreo, me paro junto a la puerta

de la cocina y observo el local y a las personas que hay en él. Me esfuerzo por asimilarlo todo. A veces, mientras estoy ahí de pie junto a la puerta de la cocina, un cliente me arranca de mi ensoñación para que le recomiende algo o le ayude a elegir un color para un tejido, y entonces me acuerdo de lo esencial que soy para el funcionamiento de Silver Spoon. Ellos me conocen. Me llaman Fiks.

—Te esfuerzas demasiado.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Te esfuerzas demasiado, Fikile.

—No me llames así aquí, Ayanda.

—Oh, está bien. Es Fiks, ¿no? Bueno, Fiks, te esfuerzas demasiado.

—Gracias. Agradezco sinceramente tus consejos sobre cómo debo vivir mi vida, te los agradezco muchísimo. Pero si no te importa, me está esperando una mesa.

—No les importas, Fikile.

—¿A quién no le importo?

—A la gente que está ahí fuera.

—¿En serio? ¡Ah, bueno, en ese caso lo dejo todo ahora mismo! ¡En este mismo instante!

—Hablo en serio, Fikile. Te he visto ahí fuera. Cómo te desvives por ellos. Cómo correteas por ahí como un pollo descabezado para llevarles eso y aquello, revolviendo sus infusiones en el sentido contrario a las agujas del reloj y no al revés, como si ellos pudieran notar la diferencia.

—Hay diferencia.

—El esfuerzo que haces para recordar hasta los segundos nombres, sus ridículas preferencias, sus mesas favoritas y esas historias pueriles que cuentan sobre sus vidas, sus dramas y sus penalidades. Es muy bonito, pero ¿te das cuenta de que la mayoría no te recuerdan, aunque vengan aquí semana tras semana? ¿Sabes que si pasaras por su lado en alguna otra parte un día cualquiera de la semana, no sabrían quién eres? Esas

personas no son tus amigos, Fikile.

—No estoy intentando hacer amigos, Ay anda. Solo hago mi trabajo.

—¡Mentira! Te mientes a ti misma una y otra vez, Fikile, todos los días. ¿Cómo puedes mentirte de ese modo, Fikile?

—Joder, Ayanda, es Fíks. No Fikile sino Fiks. F-I-K-S, Fiks. ¿Lo pillas?

Llego a la cafetería cinco minutos antes de la hora, pero al entrar tengo que volver a mirar el reloj para asegurarme porque la hija de la señora Becky, Carolina, está corriendo por el local, al igual que todos los miembros del personal de cocina, que ya están con el delantal de plástico y la redecilla para el pelo, y los brazos y la cara cubiertas de harina. No veo a la señora Becky ni a Ayanda por ninguna parte.

—¿Por qué llegas tan tarde? —me grita Carolina mientras sale de la cafetería con un fajo de dinero en la mano.

No llego tarde, ¿verdad? Es domingo, ¿no? Busco alrededor una respuesta. Sí, es domingo, en las mesas hay periódicos del domingo. La cafetería abre a las nueve los domingos y nosotros entramos a las ocho, ¿no?

—¿Qué haces ahí parada? —me chilla Carolina cuando entra corriendo con un paquete lleno de ladrillos de mantequilla.

Me grita más preguntas pero no me da oportunidad de responderlas. No estoy segura de qué se supone que tengo que hacer, así que la sigo hasta la cocina.

Ella arroja el paquete de mantequillas sobre la mesa que ya está cubierta de cáscaras de huevo y paquetes de harina vacíos.

—¿Cuántos has horneado ya, Vincent? —pregunta, marcando bruscamente un número en el móvil.

—Solo diez, señora —responde Vincent, levantando la vista de los moldes que está llenando de masa, pero asegurándose de no mirarla a los ojos.

—¡Solo diez! —chirría—. ¿Solo diez?

—Sí, señora, solo caben diez, no hay espacio para… —Vincent

está tartamudeando. Intenta explicar que solo pueden hacer diez panes de molde por hornada pero ella lo interrumpe.

—¿Os creéis que esto es una broma? —chilla, y su voz alcanza un tono antinatural—. ¿Os creéis que estamos bromeando? —Nos recorre a todos con la mirada, desafiándonos a responder—. ¡No hay pan! Ni medio, cero, nada de nada. Así que tenemos que hacerlo nosotros. Porque os pensáis que podéis hacer huelga cuando os viene en gana, hoy no hay pan en ningún establecimiento. Así que tenemos que hacer nuestro propio pan. No quiero veros perder el tiempo. Os estaréis aquí haciendo pan hasta que llegue al techo. Este local abrirá dentro de una hora y no podemos atender a los clientes si no tenemos pan. Y tú, cariño —ahora se está dirigiendo a mí—. No quiero verte ahí parada mirando con cara de boba, como si no supieras qué tienes que hacer. Ponte un delantal y… —Espera a que yo acabe la frase por ella.

—Haz pan —digo, humillada.

—Exacto. ¡Haz pan!

Me siento avergonzada. No puedo creer que me esté gritando de esta manera delante del personal de cocina. ¡El maldito personal de cocina! La señora Becky nunca me humillaría de este modo. Ella nunca me haría ponerme un delantal de plástico y una ridícula redecilla en el pelo. Es su hija tonta que no tiene absolutamente ni idea de lo fundamental que soy para el funcionamiento de Silver Spoon, que no sabe apreciar la jerarquía de Silver Spoon, y que cree que puede faltarme al respeto de esa manera delante del personal de cocina. Pero recobro la compostura.

—Ya la habéis oído —digo al personal de cocina después de que Carolina haya salido de la habitación—. ¡Dejad de perder el tiempo y haced pan!

Se miran unos a otros, y luego a mí, y menean la cabeza.

—Qué pena —murmura uno de ellos mientras vuelven al trabajo.

Estúpidos, pienso, poniéndome un delantal. ¿Por qué me compadecen?

—Disculpen. Nunca me he presentado como es debido. Mi nombre es Fiks Twala. Tengo un segundo nombre, Fikile, que nunca utilizo porque a muchos les cuesta pronunciarlo, y debo reconocer que me gusta más Fiks. He crecido en ambientes blancos la mayor parte de mi vida, desde la escuela primaria hasta el final de la secundaria.

»Mucha gente piensa que soy extranjera, del Reino Unido o de algún lugar de por allí. Creo que es porque mi acento es perfecto y mis modales, refinados. Sí, siempre he sido diferente. Nunca he podido relacionarme con otros sudafricanos negros. Simplemente nunca hemos sintonizado. De modo que les dejo su espacio y ellos por lo general me dejan el mío. Pero nunca ha sido un problema para mí. Supongo que uno no echa de menos lo que nunca ha conocido, así que me va bien.

»Viví un tiempo en Inglaterra, mamá y papá todavía dan conferencias allí. Yo no soportaba el clima, es realmente espantoso, así que volví a la primera la oportunidad. Aquí la vida es más difícil, uno tiene que hacerlo todo por sí mismo. No puede confiar en nadie, con toda la delincuencia y la corrupción. Pero es mi tierra, ¿qué puedo decir?».

No todo eran mentiras. Nunca he podido relacionarme con otros negros, esa es la pura verdad. Gogo con sus rezos interminables, el tío y su desidia, los niños sucios de la escuela, nada de todo eso iba conmigo. Y lo de mi nombre, bueno, todas las personas que me impartan me llaman Fiks, así que bien podría ser mi primer nombre. ¿Y qué cambia? Es mi nombre. ¿No debería decidir yo cómo quiero que me llamen? Nunca he tenido padre y mamá era una borracha y una cobarde que renunció a la vida, dejándome sola y empapada en su sangre miserable. Así que si alguien puede inventarse padres falsos soy yo. ¿A quién perjudico? Las historias imaginarias de mi vida sirven al propósito perseguido; «Finge hasta que lo consigas». No me avergüenzo de exagerar un poco la verdad.

—Pero bueno, Fiks, mírate, toda equipada con delantal y

redecilla para el pelo como una vieja criada —suelta la señora Becky riendo al entrar en la cocina, con una piruleta en la mano y gafas de sol en el pelo, ajena a la histeria que reina en el ambiente.

Se detiene en seco cuando se da cuenta del caos que la rodea. La cocina está patas arriba, hay cáscaras de huevo en el suelo, moldes de pan desperdigados por todas partes, algunos untados con mantequilla y olvidados, y un tetrabrik de leche volcado de lado que gotea si parar desde la encimera.

Bajo la vigilancia de Carolina, nadie puede hacer nada sin que le caigan gritos por no pasar a lo siguiente, por lo que ha cundido el pánico. La señora Becky está furiosa.

—La verdad, ¿no puedo irme un momento de este lugar sin que se venga abajo? —Nadie dice una palabra, ni siquiera Carolina—. ¿Vincent? ¿Yvonne? ¿Happiness? ¿Qué está pasando aquí? Decidme. ¿Es que debo estar siempre aquí para cuidaros? Happiness, haz esto. Yvonne, haz lo otro. ¿Cuántos meses llevas trabajando aquí, Vincent? Y aun así eres incapaz de funcionar por ti mismo. —No grita, solo habla de esa manera severa y firme pero tranquila que logra que uno se sienta avergonzado de sí mismo.

—Y tú, Fiks, querida, ¿qué estás haciendo exactamente en la cocina? Los dientes están a punto de llegar y aquí estás, pasándolo en grande. —No espera que yo responda—. Por favor, limpiate y sal. Tienes un aspecto lamentable. Y el resto, haced el favor de limpiar este lugar. Yvonne, ten todo listo, que no tardarán en llegar pedidos.

¿«En grande»? ¿Doy la impresión de estar pasándolo «en grande»? Estoy cubierta de harina; tengo harina en los oídos y en los ojos. Nadie del personal ha querido enseñarme a hornear pan, así que me he sentido como una imbécil redomada manoseando ingredientes e intentando copiar a los demás mientras Carolina no paraba de entrar aquí y de plantarme su gran cabeza en la cara gritando que hiciera pan o me fuera a casa. ¿Cómo va a ser eso pasarlo «en grande»?

—Hoy no ha servido para nada —le dice Carolina a su madre sentada en la mesa fregadero, balanceando las piernas y chupando

una piruleta que ha sacado del bolso de su madre como si ella no tuviera absolutamente nada que ver con el frenesí de la cocina—. Entonces ¿has conseguido que te traigan el pan, mamá?

La señora Becky sigue de pie con las manos en las caderas, todavía horrorizada por el estado de la cocina.

—Pues claro, Lina. ¿De verdad creías que iba a dejar que una estúpida huelga arruinara la reputación de Silver Spoon? Nunca. —Y como si de pronto recordara la indignación que ha sentido horas antes, se vuelve hacia nosotros—. Y escuchadme bien, lo que hacéis es totalmente inaceptable. Este asunto de las huelgas debe acabar.

—Se lo he dicho, mamá —tercia Carolina.

Pero la señora Becky, recordando de golpe lo que la ha hecho enfadar esta mañana, continúa sin prestar atención a los chismes de Carolina.

—Silver Spoon Coffee Shop nunca ha fallado a sus clientes en todos los años que lleva existiendo y no va hacerlo ahora, por una absurda huelga de pan. Decídselo a vuestra gente cuando volváis a casa esta noche. Una huelga no es forma de resolver los problemas. Es egoísta e increíblemente desconsiderado e incómodo para millones de buenas personas que dependen de un suministro diario de pan para sus dietas básicas.

Por supuesto, estoy completamente de acuerdo con ella, pero sé que es mejor no intervenir ahora, así que la dejo continuar.

—Y esto, queridos, os lo digo con toda franqueza: si a alguno se le mete en la cabeza marchar arriba y abajo por las calles pensando que podéis asustarme con una huelga, entonces es mejor que os advierta que os habré reemplazado en cuestión de horas, de minutos. —Chasquea los dedos de uñas manicuradas al estilo francés con las puntas de gel—. Así de fácil.

La cocina está silenciosa. Nadie se arriesga a hablar.

—Bueno, pues volved al trabajo. —La señora Becky coge su bolso y se vuelve hacia Carolina—. Vamos, Lina, siéntate conmigo fuera mientras me fumo un cigarrillo.

—Sí, mamá —dice su hija siguiéndola, pero no sin tener la última palabra—. Te juro que no sé cómo te las arreglas para

trabajar con esta gente.

—Señora, el sándwich viene con queso, por eso lo llamamos…

—Bueno, pues yo no lo quiero. Llévatelo.

—Señora, si me da la carta y me permite que se la lea, verá que…

—No me trates con ese tono condescendiente. Sé leer, muchas gradas. Si no fuera por nosotros, no sabrías leer. Llévatelo y tráeme un sándwich de queso sin lácteos, por favor.

—¿Cómo dice?

—Tú y tu gente tenéis que aprender a seguir las instrucciones.

—¿Mi gente?

—Sí. Tenéis que aprender a seguir las instrucciones.

—¡Váyase a la mierda, señora! ¡Váyase a la mierda!

Recuerdo el número que montó Ayanda aquel día. Se le fue la olla e insultó a una cliente. No sé por qué trabaja Silver Spoon. Viene de una familia adinerada y no le toca estar aquí. Por eso se conduce como si los demás le debiéramos algo. Tuvo suerte de que la señora Becky no estuviera en la cafetería ese día o habría sido el fin de su vida en Silver Spoon, estoy segura. El chico perdió la cabeza. Tiró el sándwich de queso de la mujer al suelo y luego el plato, se quitó el delantal y entró pisando fuerte en la cocina.

—¡No siente culpabilidad ni nada! ¿Habéis oído lo que ha dicho? «Si no fuera por nosotros no sabrías leer». A la mierda ella y su alfabetización: estaríamos mucho mejor sin, joder, eso seguro. Nos las habríamos arreglado de puta madre por nosotros mismos si nos hubieran dado media oportunidad.

Tuve que hacer yo el control de demos. Tuve que salir y disculparme por él. Tuve que inventarme que acababa de sufrir una gran pérdida en su vida personal y estaba un poco inestable. Tuve que calmar a la señora porque me la encontré llorando.

La pobre acababa de enterarse de que era intolerante a la lactosa y le estaba costando hacerse a la idea. No necesitaba las

tonterías de Ayanda. En realidad era una mujer muy amable. Si Ayanda no hubiera estado tan desagradable, tal vez lo habría visto él mismo. La señora y yo tuvimos una buena charla una vez que limpié el suelo y le traje un vaso de agua. ¿Y qué si se ha mostrado un poco exigente al principio? Yo también lo habría hecho si acabara de enterarme de que soy intolerante a la lactosa. Es de esas noticias fuertes que cambian la vida, ya sabes. Tienes que pensar siempre en lo que comes, tratar de averiguar si hay leche o no en la comida, ¡porque podría matarte! Pobre señora, no creo que tuviera a nadie con quien hablar. Y mientras abría su corazón conmigo, Ayanda, por supuesto, estaba destrozándolo todo en la cocina. Se había vuelto loco de remate y hablaba de todo tipo de mierdas revolucionarias, asustando al pobre personal de cocina.

—No sienten nada. No ven absolutamente nada malo en la gran paradoja que hay en este país. El diez por ciento de la población sigue viviendo en el noventa por ciento de la tierra mientras el noventa por ciento vivimos en el diez por ciento de la tierra. —Por supuesto, las estadísticas que escupía estaban totalmente desfasadas. Eso era entonces y esto es ahora—. Cualquier tonto con dos neuronas que le funcionen puede ver que hay una gran contradicción en este país. —¿De qué estaba hablando? Vivía en un ático que sus padres le habían comprado en Morningside—. No lo ven porque no se molestan en verlo. ¡Qué bien les hará pensar por nosotros, tener un poco de consideración, solo un poco de consideración por la puta población autóctona de esta puta tierra, maldita sea!

Ayanda había perdido totalmente juicio y estaba poniendo en peligro la integridad de este local.

—No ven nada malo en construir sus escuelas en nuestro amado suelo, sobre nuestros árboles centenarios y en los reinos de nuestros animales sagrados para enseñar a sus hijos a utilizamos como parásitos.

Ni siquiera tenía sentido lo que decía.

—¿A cuántos de ellos les habéis oído decir que quieren

marcharse del país? ¿Eh? ¿A cuántos? Miles, miles de ellos quieren irse. «¡Oh, la delincuencia! ¡Oh, la pobreza! Este no es lugar para sacar adelante una familia». Entonces, ¿por qué no se van? ¿Por qué vienen, para empezar? Estábamos muy bien sin ellos. Si quieren irse, les digo que cuanto antes lo hagan, mejor.

Yo sabía que no hablaba en serio. No quería decir nada de todo eso. Ayanda tenía montones de amigos blancos, buenos amigos, amigos que le importaban. Había ido a una escuela blanca y había vivido en barrios blancos toda su vida. Tenía la vida que todo el mundo soñaba. Solo estaba diciendo estupideces. Y todos lo sabíamos. Yo lo sabía, el personal de cocina lo sabía y él lo sabía. Después de eso, volvió al trabajo.

Así que el día no ha comenzado tan bien como me hubiera gustado, pero ¿y qué? «El fracaso no está en caer sino en no levantarse». ¿No reza así el dicho? Bueno, pues yo no he fracasado. Ya estoy toda limpia. Me he retocado el maquillaje, me he arreglado el pelo, he hecho gárgaras y ya estoy lista para mi primera mesa del día.

—Buenos días, mi nombre es Fiks. ¿Es la primera vez que viene? Bienvenido a la cafetería Silver Spoon. Hoy le atenderé yo. Tomaré nota de lo que desee tomar y se lo traeré. Aquí tiene la carta. Hay mucho donde escoger, así que no deje de llamarme si desea que le hable un poco de los distintos platos y de las especialidades de la casa.

Lo que uno da por sentado resulta ser lo más importante en su vida. Yo realmente lo creo. La vida es así de rebuscada. Estoy pensando en el acento, por ejemplo. No es algo que a la gente le ocupe mucho espacio mental, y menos aún que quiera cambiar. Pero para mí, toda mi vida se ha convertido en cómo hablo, en qué sonidos hacen las palabras al caer en el oído del oyente.

Nadie es consciente de cuánto dice su acento acerca de quién es, dónde ha nacido y, aún más importante, con qué tipo de

personas se relaciona. En serio, cuando tenemos esos breves intercambios de palabras en la gasolinera o en la cola de la panadería, es nuestro acento lo que ayuda a las personas a ubicamos y determina cómo nos tratarán. Créeme, el acento es importante. No dejes que ningún necio te convenza de lo contrario.

Siempre nos emocionamos cuando tenemos clientes *vírgenes*, como llamamos a los que vienen por primera vez a Silver Spoon. Para mí es especialmente emocionante porque cada uno representa una nueva oportunidad, una ocasión para que me descubran. Siempre me esfuerzo al máximo cuando vienen. Quiero brindarles el mejor servicio y la experiencia gastronómica más sensacional de su vida. Nunca se sabe quiénes pueden ser esas personas, de modo que es mejor no arriesgarse. Algunos han resultado ser productores de películas que han filmado escenas en Sudáfrica y hemos tenido incluso una famosa actriz australiana que estaba de vacaciones con sus padres. Claro que solo nos enteramos de estas cosas cuando están a punto de irse, y firman la cuenta o nos entregan su tarjeta de crédito. Para entonces es demasiado tarde, y si es mala la impresión que se han llevado, has perdido una gran oportunidad en potencia. Así que nunca corro riesgos. Siempre doy el mejor servicio, lo mejor de mí misma, como si estuviera sirviendo a la Reina de Inglaterra.

La familia de vírgenes que tengo en estos momentos no parece muy impresionante ni muy adinerada. En realidad tienen más pinta de venir de Orange Farm que de ricos y famosos.

Cuando les he llevado la comida, se han cogido de la mano y han rezado. Los ricos no rezan. Aunque nunca se sabe con estas familias de celebridades. Puede que lo hagan para despistamos.

Yo no rezo. Gogo ya ha rezado suficiente para cubrirme a mí y a todos mis descendientes hasta el día del juicio final. Era extraño porque no era muy religiosa durante el día, de hecho era poco escrupulosa en su forma de vivir, y el tío, que era muy

religioso durante el día pero no tanto por la noche, me decía que no escuchara nada de lo que me dijera Gogo porque su forma de vida me aseguraría la suite *presidencial en el infierno. Yo no estaba muy segura de eso, porque por el modo tan desesperado en que rezaba por la noche, sacándome a rastras de la cama y haciéndome arrodillar a su lado, con una vela en la mano cuya cera caliente me quemaba la piel, bueno, no creía que ningún dios de los que había oído hablar le negara un simple colchón en el cielo.*

—Padre, no dudo que amas a tus hijos —decía ella.

—No dudo que amas a todos tus hijos, —repetía yo haciendo hincapié en «todos».

—No dudo que nos has hecho a todos iguales, y que cuando creaste este hogar terrenal, todo lo que había en él era para que lo compartiéramos entre todos.

—No dudo, Señor, que algún día se hará tu voluntad. —Y entonces ella se echaba a llorar—. Pero ¿qué día será ese, Señor? ¿Qué día se hará tu voluntad?

Debía de haber lloriqueado esa misma oración todas las noches de las vacaciones escolares que pasé con ella en Hammanskraal, y probablemente la lloriqueaba con la misma frecuencia cuando yo no estaba allí. Yo no le veía el sentido. Le pides algo a Dios una, dos, tal vez hasta tres veces, pero cuando ves que no te da lo que quieres, tal vez —solo tal vez— es sensato pensar pie la respuesta de Dios es «No, Gogo». No sigues dándole la lata con lo mismo todas las noches el resto de tu vida. Eso no tiene sentido. Simplemente aceptas tu suerte y sigues adelante. Pobre Dios, tener que escuchar los ruegos de Gogo noche tras noche debe de haber sido un suplicio. Dios debe de alegrarse de que ahora esté muerta para poder decirle a la cara: «¡No, Gogo!». Aunque conociendo a Gogo, probablemente sigue dándole la lata en el cielo, esperando que Él cambie de opinión.

Quizá las cosas nunca han sido hechas para ser iguales. Ese fue el primer error de Gogo. Ella simplemente dio por sentado que Dios quería que hubiera igualdad entre todos sus hijos. Por eso

vivió apesadumbrada, siempre esperando que al día siguiente Dios encontrara el tiempo o revisara Su diario y recordara: «Ah, sí, tengo que resolver las desigualdades en la Tierra», y agitara su varita mágica y lo arreglará todo. Gogo nunca consideró la posibilidad de que Dios hubiera hecho unas razas superiores como un ejemplo a seguir para el resto. Si alguien le hubiera sugerido esa teoría, se habría ahorrado a sí misma (¡y a mí!) un montón de quemaduras de alfombra y de tiempo dedicado a realizar oraciones inútiles.

Lástima. No todo era malo. De hecho, algunos días festivos en que nos pasábamos la tarde rezando eran bastante divertidos. Esos días Gogo estaba inquieta e impaciente, y no nos molestábamos en encender las velas o arrodillamos. En lugar de eso marchábamos por la casa, ella delante y yo repitiendo detrás. Era especialmente divertido cuando Gogo oía alguna noticia de jóvenes negros que habían desaparecido en las ciudades, o se enteraba de que a otra de sus amigas criadas la había violado el baas de la familia para la que trabajaban. Entonces se enfadaba tanto que daba patadas, chillaba y gritaba directamente a Dios, en Su cara, tan fuerte que yo temía que bajara en cualquier momento y la pegara con Su mano poderosa y le gritara con la voz del abuelo (que llevaba mucho tiempo muerto): «Oh, nthasetsa, ke bogetse bolo!».

—¿Hasta cuándo, Señor? —gritaba ella, ebria de la emoción.

—¿Hasta cuándo, Señor? —gritaba yo también, emocionada ante el espectáculo que estaba apunto de empezar.

—Ya no podemos esperar más.

—Ya no podemos esperar —coincidí.

—Porque tengo miedo, Padre.

—Porque tengo miedo, Padre.

—Tengo miedo de la paciencia de tus hijos.

—Tengo miedo de la paciencia de tus hijos.

—Cada vez están más inquietos, Señor. —A estas alturas le temblaba la voz.

—Cada vez están más inquietos, Señor. —Yo intentaba que también me temblara la mía.

—Se cansan de esperar.

—Se cansan de esperar.

—¡No dudo de ti, Señor! —Aquí Gogo se tiraba al suelo.

—¡No dudo de ti, Señor!

—Y mi cuerpo la seguía.

—Tú, Padre, eres grande y poderoso.

—Tú, Padre, eres grande y poderoso.

—Pero, Padre… —Y volvía a temblarle la voz.

—Pero, Padre… —La mía también temblaba.

—No pueda decir lo mismo de mí.

—No pueda decir lo misma de mí.

—No, Señor, no puedo estar segura.

—No, Señor, no puedo estar segura.

Llegado a este punto, Gogo, ya exhausta de su despliegue, se quedaba ahí tumbada en el suelo sollozando débilmente. Yo no sabía sollozar coma ella, de moda que me tumbaba a sus pies y repetía lo que decía, intentando sonar lo más triste posible.

—No sé, Padre…

—No sé, Padre…

—… adonde puede llevarme esta nueva identidad.

—… adonde puede llevarme esta nueva identidad.

—De pronto me lleno de una rabia que me deleita.

—De pronto me lleno de una rabia que me deleita.

—No sé cuánto más puedo tragar.

—No sé cuánto más puedo tragar.

—En sueños escupo venganza.

—En sueños escupo venganza.

—Oh, no, Señor, no es de ti de quien dudo…

—Oh, no, Señor, no es de ti de quien dudo…

—… sino de mí.

—… sino de mí.

Están los vírgenes de la mesa junto al ventilador, y a su lado los

Potgieter, a quienes les encantan los bistecs tiernos y sanguinolentos, y prefieren sentarse lo más lejos posible de la sección de fumadores porque Nerissa, su hija menor, es asmática. «La señora Potgieter sale de cuentas el 3 de marzo, así que acuérdate de preguntarle por el bebé». Luego llega el señor Wilkinson y sus hijas Tammy («batido de frutos silvestres sin tropiezos») y Mónica, que el año que viene hará primero. La siguiente es Pamela, con su bolso de piel de cocodrilo forrado de tarjetas de crédito, a quien siento cerca de los Wilkinson porque sé que siente algo por el señor Wilkinson y le encanta verlo con sus hijas. Después de Pamela vienen Megan («Savanna sin hielo, cambia el cenicero a menudo») y Sheila («té con melocotón y manzana, y gofre de chocolate con crema, tiene problemas con los hombres, así que sé comprensiva»). Alrededor de las diez y media entra un grupo grande de vírgenes que no parece que vayan a comer mucho, así que los siento fuera al sol para que no se queden mucho rato. Le sigue James. Le he guardado la mesa junto a la ventana con vistas a la piscina del gimnasio de abajo. Es un pervertido asqueroso, pero me da propinas generosas, así que le concedo pequeños caprichos. Y luego llegan varios vírgenes más.

Estos son de los míos. Personas con cosas que demostrar. ¡Un montón de cosas! Tienen su lado malo, como todo el mundo, pero no dejan que eso se interponga en su propósito de ser algo en la vida. Me identifico realmente con estas personas, por eso se me da bien este trabajo. Tenemos mucho en común, mucho de qué hablar. Las entiendo, y ellas me entienden a mí. No como los de casa, cuyas mentes todavía están alojadas en el pasado.

—Querida, los vírgenes de la mesa pegada al mostrador de postres llevan diez minutos esperando que les lleves lo que han pedido —me dice la señora Becky mientras se acerca a mí con esa sonrisa en la cara que sabes que no es para ti sino para los clientes, pues podrían alarmarse si vieran lo enfadada que está.

Se me encoge el estómago. Ostras, me he olvidado de ellos. Hay tanta gente hoy, y con Sarah y Dave haciéndome ir de un lado para otro porque no logran decidir lo que quieren comer (para variar), la

pequeña Mónica tirando cucharas al suelo todo el rato, y el señor Wilkinson insistiendo en que le lleve una limpia cada vez, estoy luchando para llegar a todo. Pero no me quejo, adoro a Sarah y a Dave y a las hijas del señor Wilkinson, e imagino que tienen derecho a tirar cosas. Solo es un mal día. Mierda, no puedo creer que me haya olvidado llevarles lo que han pedido a los vírgenes, nada menos; ya puedo olvidarme de la propina.

—¿Dónde está Áyanda, señora Becky? —pregunto titubeante mientras tecleo la comanda de los vírgenes en la máquina registradora.

—No me vengas con esas, Fiks. Deberías ser capaz de llevar este establecimiento tú sola sin la ayuda de él. Llevas aquí el tiempo suficiente. Vigila ese tono conmigo.

¿Qué tono?

—Ahora ve a la cocina y mete prisa para ese pedido mientras yo los apaciguo.

¿Qué tono he puesto? Necesito realmente calmarme. Necesito tener cuidado con lo que digo. No puedo permitirme que la señora Becky se enfade. No puedo permitirme olvidarme de pasar una comanda. ¿Dónde está Ayanda? ¿Qué me pasa hoy? Fiks, deja de preguntarte «dónde está Ayanda» y concéntrate en el trabajo. Trabajo, trabajo, trabajo. Concéntrate, concéntrate, concéntrate. Ocúpate de la comanda de los vírgenes, ve a buscar el tabaco de Chantelle («Peter Stuyvesant, Extra Mild»), llévale a los padres de Emily la carta de los postres y busca más caramelos para la pequeña Kim.

—Echa dos tazas de harina más, Fikile.

—Pero ¿por qué?

—Porque necesitamos hacer otra tanda, Fikile.

—No quiero seguir con esto, Gogo.

—Fikile, cariño, tú solo echa dos tazas de harina más, por favor, que tengo las manos ocupadas.

—Pero ¿por qué no me preparas nunca nada a mí, Gogo?

—Basta, Fikile.

—¿Por qué nunca me haces magdalenas a mí, Gogo?

—No tengo dinero, Fikile.

—¡Pero tienes dinero para hacerles a los hijos de la señora!

—Es el dinero de la señora, Fikile. Ahora revuelve, por favor, y no lo derrames.

—No quiero seguir con esto.

—No te lo estoy pidiendo, Fikile. Te lo estoy diciendo. Revuelve, por favor. Los niños estarán aquí dentro de nada. Déjate de tonterías y revuelve. Todavía tenemos que sacar a pasear a los perros.

—Pero tú odias los perros, Gogo. Te dan sinusitis.

—Sí, Fikile, pero Gogo necesita dinero para comer, así que tiene que sacar a pasear a los perros.

—Pero a mí no me gustan esos perros, Gogo. Me dan miedo. No quiero pasearlos.

—No puedo dejarte sola en esta casa, Fikile. La señora no lo vería bien. Tendrás que ser valiente. Ahora saca esas cerezas de la nevera para Gogo.

—Sacaré a pasear a los perros por ti si me das una magdalena, Gogo, así no tendrás que preocuparte por la sinusitis esta noche.

—Basta, Fikile.

—Por favor, Gogo, solo una magdalena, solo una, nadie lo notará.

—Lo siento, cariño mío. ¿Para tu cumpleaños, nê? Gogo te hará para tu cumpleaños.

—Eso es lo que siempre dices, Gogo, lo dices pero nunca lo haces. ¿Quieres a los hijos de la señora más que a mí?

—No debería haberte traído, Fikile, eres un incordio.

—¡Fiks, querida! ¿Harías el favor de acompañar a este caballero, a su encantadora esposa y a su hija a su mesa? —La señora Becky me arranca de golpe de mis pensamientos.

Me vuelvo y quiero gritar de dolor cuando veo quiénes son.

Son ellos. Los Tlou. La familia que odio con toda mi alma.

¿Dónde está Ayanda? Esta familia le toca a él, él sabe que yo no sirvo a las familias negras, solo son un engorro y una pérdida de tiempo. Sobre todo esta. La odio. La odio tanto. No sé por qué vienen aquí. Se presentan todos los domingos y nadie sabe quiénes son, no encajan aquí, todos pueden verlo, todos lo saben, estoy segura de que ellos también lo saben, pero vienen de todos modos. Algo tan forzado. Son nuevos ricos, eso es lo que son, y por eso los odio. Por eso los evito. ¿Dónde está Ayanda cuando se le necesita? El muy cabrón. A él no le importa atenderlos; en realidad le divierte. Hace que se sienta mejor, como si tendiera una mano a los suyos o algo así. Pero a mí me traen sin cuidado todas esas tonterías, solo quiero que se vayan.

—¡Fiks! —grita la señora Becky empujándolos hacia mí, visiblemente incómoda pues sabe que debería conocer mejor a esta familia que viene todos los domingos.

Gimo preguntándome si puede empeorar el día.

Al principio parece que no hay ninguna mesa libre para ellos. Qué alivio, Tal vez renuncien y se vayan a otra parte. Pero la señora Becky, que es la que siempre encuentra soluciones, acerca la mesa que utilizamos para mantener la puerta de la cocina abierta y consigue tres sillas. Me hace una señal y les indico dónde pueden sentarse. La madre, con el pelo y las uñas arregladas, me mira mientras se sienta y sonríe. No le devuelvo la Sonrisa. Sé que es falsa. Sé que cuando me miran con esos ojos compasivos, en su fuero interno están riéndose de mí. «¿La has visto? —susurrarán mientras me vuelvo—. ¡Esa ropa barata y esos zapatos viejos! Pobrecilla, deberíamos darle la que nos sobra». Sé cómo son estas familias, las familias del BEE[8]. Corazón falso y vida falsa enmascarados tras etiquetas de diseñador compradas el día anterior. Les dejo las cartas encima de la mesa y me alejo sin decir una palabra. Tengo clientes de verdad que atender.

—Aquí tiene su *moccachino* descafeinado, Melissa. Dígame, ¿qué tal le fue por Londres?

—¿Cuándo ha vuelto, Mike? ¡Nos alegramos de verlo de nuevo! ¡Hemos echado en falta su locura!

—A ese expreso te invito yo, George. Pareces un muerto andante. Supongo que anoche fue una gran noche.

—Sé exactamente lo que necesita, Peer. ¡Marchando algo increíblemente graso!

—Oh, de veras, señor Potgieter, no tiene por qué. Solo estoy haciendo mi trabajo. Gracias, señor Potgieter, se lo agradezco. Hasta el próximo domingo.

—¿Otro gofre, Sheila? ¡Lo sé, yo también odio a los hombres! Lo siento mucho, Sheilz, pero ya verás cómo todo se arregla. El sale perdiendo, no tú.

—¡Vamos, dadle a tía Fiks un abrazo antes de iros! Mirad que he encontrado para mis ángeles: ¡piruletas! Ahora sed buenas y no deis mucha guerra a vuestro padre. ¡Adiós, niñas, hasta la semana que viene!

Puede que fueran todas esas revistas que empecé a leer. Me había pasado todas las vacaciones dentro de la casa de Gogo, leyéndolas una detrás de otra. Body, Catalog Girl, Gloss, fly Girl, Allure, Panache, Spoilt!, Chic, Live Life. Gogo las trata de las casas de los blancos en las que trabajaba. Las esposas y las hijas a menudo las tiraban antes de acabar de leerlas siquiera. Cuantas más revistas leía yo, más revistas quería leer, y las viejas y polvorientas novelas del tío muy pronto estuvieron en el alféizar de la ventana. Las revistas pasaron a ser lo que leía en la cama antes de dormir, lo que leía cuando no podía conciliar el sueño por la noche, lo que leía a la hora de la merienda, lo único que leía. Vivía en esas revistas, y cuantas más leía, más claro tenía que estaba destinada a vivir la vida descrita en sus páginas. Desde con quién estaba saliendo la super modelo Christina Pau hasta qué perfume se puso Gabrielle para los Grammys, lo sabía todo. A los quince años incluso podía aconsejar qué equipaje llevar para un fin de semana en las Bahamas.

De modo que cuando regresé a la escuela secundaria Vula Mehlo en enero con la mente pintada con aerógrafo y dulcemente perfumada con la nueva fragancia de Ridgley, sentí que estaba

fuera de lugar y distanciada, como si los observara. Bo Zanele, bo Thabo, bo Meshoe parecían estar en la Bop TV en blanco y negro. Tan anodinas, tan sucias, oliendo a vaselina, siempre con las mismas túnicas marrones desteñidas, calcetines blancos (ya amarillentos) y mocasines desgastados. Llevaban el pelo pulcramente peinado para el nuevo año con trenzas que nacían de la raíz, aunque yo sabía que en menos de un mes lo tendrían lleno de arena y les picaría porque llevarían semanas sin lavárselo. Todo lo que decían y lo que les preocupaba me aburría.

Ya no me importaba si los padres de Shoki podían obligarla a casarse con Simba porque la había dejado embarazada. No me importaban los chicos del lavado de coches que nos compraban recargas para el móvil si les dejábamos ver nuestras cosas. Fue solo un mes, un mes de cócteles de lichi, lima y menta en las páginas de esas revistas, pero bastó. Era como si yo fuera una pieza de rompecabezas que sacan y doblan y ya no vuelve a encajar. Había visto fotos de otra vida, una vida mejor, y la quería. Así que salí por las puertas de la escuela y nunca más volví. Eso fue en iggg, el comienzo de cuarto de secundaria, el comienzo del Proyecto Infinito.

—Casey, querida, ¿quieres que vuelva a llenártelo? No, cariño, es un placer.

—¿Es la primera vez que viene a Silver Spoon, señor? Pues bienvenido. Se volverá asiduo, lo sé.

—¡Ya veo que le gusta flirtear! ¿Lo sabe su mujer?

—Timothy, tu mamá tiene razón, debes comerte tu plato de verdura. Si te lo acabas, te prometo que te dejaré probar todos nuestros helados.

—¿Y cómo es tu nuevo novio? Cuéntamelo todo antes de que revientes.

—Oh, lo siento, ¿no me he presentado debidamente? Mi nombre es Fiks, Fiks Twala. Tengo un segundo nombre, Fikile, pero nunca lo uso…

Creo que incluso antes de que lo decidiera conscientemente, ya sabía que este era el tipo de vida que estaba destinada a vivir. La vida de Silver Spoon. Las vacaciones en el extranjero, las prendas de cachemir, los dramas en el Mixy el viernes por la noche, los coches de 1.2 millones de rands estrellados, las lágrimas por una ruptura doloroso y la terapia de compras de después. Cuanto más tiempo pasaba con esa gente, escuchando sus historias, atisbando en sus existencias diarias, más segura estaba de que la vida que ellos llevaban era un reflejo de la vida para la que yo había nacido. Nunca he tenido estómago para la pobreza. Soy demasiado sensible. Nunca podría lidiar con toda esa basura.

Paul entra en la cafetería todavía con traje, el mismo que llevaba el viernes. Lo acompañan otros dos hombres, los dos muy borrachos. James por fin se marcha después de pasarse otra mañana de domingo mirando a las mujeres que se meten y salen de la piscina del gimnasio. Los llevo a la mesa que él deja, y siento a Paul de espaldas a la pared y a los otros dos a cada lado de él. No quiero que se distraiga.

—Hola, Fiks.

—Hola, Paul.

—¿Hoy no me besas?

—¡Estoy trabajando, Paul!

—¿Te has hecho algo en el pelo?

—No, Paul.

—Bueno, pues te queda estupendo. Estás estupenda, como siempre.

—Gracias, Paul.

Paul ha venido todos los días de la semana. El lunes era virgen y desde entonces es asiduo. Sé que me desea, y que esa es la única razón por la que sigue viniendo. Nunca come, solo se toma un par de copas que paga con un billete de doscientos rands, y me dice que me quede con el cambio.

Pero yo no soy una ramera, se lo dejé claro cuando entró por primera vez el lunes y me enseñó el dinero llamándome «nena».

Dejó doscientos rands y su número de teléfono antes de levantarse e irse. Corrí tras él.

—Disculpe, señor, parece que se ha dejado algunas pertenencias.

¿«Pertenencias»? Lo sé, sonaba mejor en mi cabeza.

Él se rio.

—Esas pertenencias son tuyas, encanto.

—Lo siento, señor, pero no nos está permitido aceptar obsequios tan desmesurados de los Chentes —le dije—. Les da ideas erróneas.

—¿Qué clase de ideas?

Fue entonces cuando me asió los brazos y me atrajo hacia él.

—¿Esto es erróneo? —me preguntó, y antes de que me diera cuenta de lo que ocurría, me besó.

Eso fue el lunes, hace exactamente una semana, y hoy estábamos flirteando como dos viejos amigos que se vieron separados antes de que la amistad tuviera oportunidad de florecer y se reencuentran después de muchos años. Quizá somos realmente viejos amigos, amigos en una vida anterior. Quizá eso explica la conexión instantánea entre nosotros. He visto a hombres blancos entrados en años mirarme antes, pero no como Paul. Los otros eran aburridos y lascivos, pero Paul no, él es distinto.

Infinito.

La señorita Zodwa había dicho que era un número más grande que cualquiera que pudiéramos imaginar.

Qué locura, pensé yo.

—¡Entonces no es un número! —grité.

Es un concepto que se expresa con el símbolo explicó la señorita Zodwa.

Me levanté de mi pupitre y consulté el diccionario de la estantería. No creía que existiera algo así. Claro que entonces solo tenía once años, era incapaz de entender algo tan inabarcable e inagotable.

Infinito. Llegó a representar todo por lo que luchaba en la vida. Se convertiría en mi palabra secreta, un amuleto que

colgaría del cuello de mi alma, la llave a algo ilimitado. Sabía que algún día alcanzaría el Proyecto Infinito. No importaba que no supiera muy bien qué era, sabía que sería infinitamente mejor que el lugar donde estaba entonces. Dejaría esa vida de negrura y me embarcaría en algo más que grande, algo más que importante, algo inconmensurable y duradero.

—Fiks, querida, ¿ya has tomado nota a los Tlou de lo que quieren? —me pregunta la señora Becky, algo acalorada.

Tiene un plato roto en la mano y las mejillas rojas, lo que indica que está un poco estresada.

—¿A quiénes?

—A los Tlou. Siguen sentados con las cartas. ¿Qué te pasa hoy, cariño? Santo cielo, espero que acabe pronto la huelga de taxis. Necesito a Ayanda aquí, tú sola no das abasto.

¿Cómo? No puedo creerlo. ¿Se cree que Ayanda no ha venido a trabajar por la huelga de taxis? ¡Tonterías! Ayanda ni siquiera viene en taxi a trabajar, su padre lo acompaña en su reluciente Chrysler hasta el cruce de Schubert todas las mañanas.

—Está mintiendo —le digo a la señora Becky, pero me arrepiento al instante.

—¿Quién?

—Ayanda. Está mintiendo sobre la huelga de taxis.

—Ha salido en los periódicos y lo han dicho por la radio. Hay huelgas por todas partes, Fiks, todo el mundo lo sabe. —Menea la cabeza y está a punto de alejarse, pero se detiene y me mira un buen rato, como si me viera por primera vez—: No deberías ser tan vengativa, Fiks. No es bueno para el espíritu. Tengo predilección por Ayanda porque trabaja mucho. —Vuelve a guardar silencio unos instantes y añade—: Así que trabaja mucho.

—Sí, señora Becky —digo, deseando haberlo dejado correr.

¡Pero tengo razón! Es cierto que hay huelgas, pero de las compañías panaderas no de taxis. ¿Por qué siempre soy yo la que se equivoca? Ayanda sigue siendo el favorito a pesar de que está apoltronado en la mansión de su familia mientras yo estoy aquí

rompiéndome la espalda.

—¿Sigues aquí? ¡Los Tlou, Fiks! —Esta vez la señora Becky grita. Ella nunca grita.

Me apresuro a ir a su mesa. Siguen allí sentados. Pensaba que si deseaba que se fueran, me daría la vuelta y se habrían ido. Pero no, ellos no irán a ninguna parte, se han propuesto fastidiarme el día. La hija se pasa el móvil de una mano a otra, nerviosa. Cuando me detengo junto a la mesa me mira con un desdén tan profundo que quiero arrancarle esa expresión de «soy mejor que tú» de los ojos y aplastarla con el pie.

—Hola, me llamo Fiks. ¿Ya saben lo que desean?

—Sí, llevamos mucho rato esperando —dice la hija irritada, con su fea cara fruncida en un ceño y su narizota levantada.

—Disculpen. Ha sido un día muy ajetreado —logro decir, pues no estoy dispuesta a dejar que esta chica me haga perder la calma.

—Sí, ya hemos visto lo ajetreada que has estado. —Lo dice con una sonrisa burlona, señalando con la mirada la mesa de Paul, que está allí sentado, observándome.

Él ve que lo miramos y me tira un beso.

—¿Qué quieres decir? —replicó.

Ella no responde y sigue toqueteando el móvil.

—Ofilwe, no seas tan grosera con esta chica tan guapa —dice el padre, como si de pronto percibiera la tensión alrededor de él—. Tres Desayunos Tradicionales Ingleses, por favor, con zumo de naranja. —Me guiña un ojo.

La madre le lanza una mirada de advertencia. A la mierda, pienso. Y le devuelvo el guiño a él antes de alejarme.

Huelo a los nuevos ricos a un kilómetro de distancia. No necesito ninguna información adicional. Ni siquiera hace falta que abráis la boca. Con solo un repaso de arriba abajo de dos segundos puedo identificaros como lo auténtico o de imitación. Muy pocas veces me equivoco. En diez minutos como máximo os habréis delatado. Cuando os pregunte qué pasta queréis, penne, fettuccine o espagueti, me preguntaréis cuál es la más abundante.

Si os pregunto si queréis queso feta en la ensalada, responderéis, «Sí, rallado por favor». Cuando vaya a buscar vuestros smoothie de frutas, me detendréis y me diréis, dándooslas de listos: «¡Que sea descafeinado!».

¿Por qué se me da tan bien pillaros, impostores? Porque no soporto a las personas como vosotros. Me enfermáis. Me recordáis todo lo que no quiero ser. Por eso necesito identificaros lo antes posible. Para poder evitaros a toda costa.

Paul me llama desde su mesa.

—Ya nos vamos —dice cuando me acerco.

—De acuerdo, voy a buscar la cuenta —respondo un poco decepcionada.

Esperaba que se quedara más tiempo, que vacilara un poco más, tal vez incluso que me llevara a casa en coche para no tener que regresar en ese miserable tren.

—Estupendo. ¿Te vienes? —me pregunta, intentando cogerme la mano.

Me aparto. La señora Becky me despediría en el acto si me viera cogida de la mano de un cliente.

Sus amigos se echan a reír.

—¿Conoce tu esposa esta faceta tuya tan febril, Paul? —suelta uno de ellos.

El otro me mira y sonríe.

—Fiebre salvaje, encanto. Fiebre salvaje. ¿Sabes lo que eso significa?[9]

—Pasa de ellos, Fiks —lo interrumpe Paul—. Vente conmigo. ¿Cuánto te pagan aquí? Te daré lo que ganas aquí en un año. Incluso lo doblaré. Lo triplicaré. Este no es tu sitio.

Paul no miente. Probablemente podría darme lo que gano en Silver Spoon en un solo día. Apesta a dinero. Pero no estoy en venta, ¿no?

Le suena el móvil. Paul mira la pantalla y la apaga rápidamente. Deja un par de billetes de cien encima de la mesa.

—¿Será suficiente, Fiks?

Asiento con la cabeza. Los tres se levantan. Les cuesta un poco, y se apoyan en las sillas y la mesa para ayudarse, no porque estén borrachos sino porque son muy viejos. Por primera vez me pregunto cuántos años tiene realmente Paul. Sesenta, tal vez hasta setenta.

—Piénsalo, Bella —me susurra mientras salen de la cafetería—. Volveré por ti.

No sé en qué forma se me presentará el Projecto Infinito, pero no creo que sea evidente. Por eso no dejo pasar una sola oportunidad sin considerarla seriamente. Como este trabajo de camarera en Silver Spoon. No es lo que se dice una vida espectacular, pero es un peldaño en el camino, y me permite codearme con la élite que algún día serán amigos y vecinos. Las personas como yo tenemos que tomar decisiones difíciles. No somos de los afortunados que han nacido en el lujo, tenemos que luchar para llegar allí. Todo lo que vale la pena en esta vida tiene un precio, un precio que no siempre es fácil de afrontar. Quizá Paul tiene razón. Quizá es hora de que deje Silver Spoon. ¿Y qué si el mundo nos ve con malos ojos? Parece que realmente le gusto y lo paso bien en su compañía. ¿Qué tengo que perder?

Por fin se van los Tlou. Se van sin dejar propina, naturalmente, pero ¿qué puede esperarse de los negros? Empiezan a calmarse las cosas tras la avalancha de la comida. Voy a buscar la escoba y barro el suelo. Después limpiaré las mesas y colocaré bien las sillas. Espero que la señora Becky vea que tomo alguna iniciativa.

Odio esta hora del día en que todo está tranquilo y hay pocas personas con las que socializar. Cuando hay tranquilidad, el tiempo parece alargarse interminablemente y enseguida acabas con todo lo que hay que hacer y te quedas de brazos cruzados, por lo que te ves obligado a pensar. Y es exactamente entonces cuando tu mente cree que es buena idea deliberar sobre todas esas cuestiones profundas y transcendentales que, con franqueza, a mí me dan dolor de cabeza. No es que sea superficial, pero ya tengo bastante con mis problemas

para intentar resolver los del resto del mundo. Realmente no puedo involucrarme.

Necesito hacer una limpieza profunda en mi cabeza. Hay mucha confusión allá arriba, pero tengo demasiado miedo de entrar porque no me veo con fuerzas de abordar la tarea de ordenarlo todo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve allí. Tengo miedo de lo que pueda encontrar. Tengo miedo del suelo abarrotado, los estantes polvorientos, las cajas cerradas, los cajones repletos, las bombillas fundidas y las ventanas rotas.

Entran dos hombres jóvenes en la cafetería. Sin esperar que les indiquemos dónde sentarse, se dirigen directamente a una de las mesas de dentro y toman asiento. Uno de ellos se levanta y coge uno de los ceniceros que he apilado en una bandeja y dejado en una de las mesas laterales para limpiarlos más tarde. Lo vacía en el suelo, vuelve a sentarse a la mesa y enciende un cigarrillo.

—Bienvenidos a la cafetería Silver Spoon, caballeros. ¿Desean que les muestre la sección de fumadores de fuera? —Finjo no ver la ceniza en el suelo que acabo de barrer.

—Estamos bien, gracias, bombón —responde el del cigarrillo sin mirarme.

—Me temo que son las normas de la casa, señor. Si desea fumar, debe sentarse en la sección de fumadores. Hay una mesa muy agradable que puedo…

—Estamos bien, de verdad. Gracias, cariño. ¿Te importaría traemos la carta? —Da otra calada al cigarrillo y echa aros al aire.

Su amigo me mira y se encoge de hombros. Suspiro y voy a buscar las cartas.

No hay más clientes en la cafetería, así que supongo que no hay inconveniente, me digo. ¡Pero en cuanto entre un cliente no fumador tendrán que trasladarse fuera, sin rechistar! Barro la ceniza del suelo y recojo los ceniceros apilados para llevarlos al fondo. Antes de que pueda hacerlo, veo entrar a la señora Becky en la

cafetería. Al ver a los dos jóvenes de la mesa, se acerca a ellos para darles la bienvenida habitual de Silver Spoon, y antes de que yo pueda correr a explicárselo, repara en el cigarrillo y lanza una fría mirada en dirección a mí, que estoy de pie con cara de impotencia junto a la puerta del almacén con un montón de ceniceros en las manos. Ella les dice que espera que disfruten de su comida y camina con paso resuelto hacia mí.

—Y bien, querida, ¿quieres explicarme por qué el caballero está sentado en la sección de no fumadores con un cigarrillo? ¿Te has propuesto conseguir que cierren el local?

—No ha querido moverse, señora Becky.

—¿No ha querido moverse? ¿Por qué no les has preguntado si querían estar en la sección de fumadores antes de que sentaran, Fiks?

—Se han sentado ellos solos, señora Becky.

—¿Se han sentado solos? ¡Oh, Fiks! ¿Has dejado que unos clientes se sienten solos? —Menea la cabeza y levanta una mano para detenerme cuando intento explicárselo—. Realmente te has propuesto romperme los nervios hoy, ¿verdad, querida?

Intento hablar de nuevo, pero una vez más me detiene con la mano. Respira hondo, inhala, exhala, y luego se encamina fríamente a la mesa de los dos jóvenes. Les sonríe con su gran sonrisa de señora Becky, le pone una mano en el hombro al del cigarrillo y les dice algo que los hace reír, y ellos asienten, se ríen de nuevo, se levantan y salen. La señora Becky se acerca tranquilamente a mí.

—Los jóvenes caballeros no han tenido objeción en sentarse en la sección de fumadores, querida. Si te hubieras dado el tiempo de explicarles que dentro solo pueden sentarse los clientes que no fuman, no tendríamos ahora esta conversación.

—Pero se lo he dicho…

—No quiero saberlo, Fiks. Creo que he tenido suficiente de ti por un día. —Cierra los ojos, vuelve a respirar hondo y añade—: Tal deberías irte a casa.

—¿Irme a casa? Pero, señora Becky, solo son…

—Sí, Fiks, vete a casa y reflexiona sobre tu comportamiento. Le

pediré a Yvonne que te cubra. Hablaremos de nuevo mañana. —No espera a que responda, solo me quita los ceniceros de las manos y entra en el almacén llamando a Yvonne.

¿Irme a casa? Pero si solo son las dos. ¿Cómo puede la señora Becky enviarme a casa a las dos de la tarde? Faltan tres horas enteras para que la cafetería cierre. ¿Qué hay de los clientes? No se sentirán a gusto si no está Fiks. Me necesitan. Yvonne no tiene experiencia como camarera. Ella apenas habla inglés, no podrá arreglárselas. Lo que yo hago en este establecimiento requiere cierto tipo de persona. Una persona con habilidades sociales, que sepa hablar con los ricos y famosos sin hacerles sentir incómodos. Este trabajo requiere una persona que comprenda el mundo de Silver Spoon y el tipo de personas que lo frecuentan. Una persona como yo. Yvonne no entiende nada de todo eso.

Se me humedecen las mejillas. Algún día la señora Becky verá que este lugar no es nada sin mí. Lamentará tanto haberme enviado a casa temprano que mañana por la mañana se arrodillará rogándome que la perdone. Pero yo no lo haré, le diré que me voy con Paul y que me llevo conmigo mi estilo, mi talento y mis modales para nunca volver.

A veces siento que todo se derrumba a mi alrededor. Me arde tanto la cara que no puedo ni respirar.

De pronto me fijo en el joven de fuera que está mirándome. Es el amigo, el que no fumaba, el que se ha encogido de hombros. Me avergüenzo al darme cuenta de que ha estado todo este tiempo observándome, observando cómo la señora Becky me regañaba, observando cómo se me mojaban las mejillas. Al ver que lo veo sonríe.

—Lo siento —dice articulando las palabras con los labios a través del cristal.

Desvío la mirada y voy a recoger mis cosas. Como quieran.

Estoy cansada de esperar, de esperar el día en que todo sea diferente, el día que llegue mi turno, mi historia, mi rosa.

Estoy cansada del miedo, la ansiedad, las eternas discusiones dentro de mi cabeza, la sensación de vacío en el pecho y el nudo en el estómago.

Estoy cansada de mirar lo que me rodea y a mí misma en el espejo, las piernas y las manos, preguntándome cuándo serán diferentes.

Estoy cansada de llevar siempre el mismo atuendo con diferentes estilos. Estoy cansada de las noches de insomnio, las llamadas telefónicas a lugares lejanos, los dedos cruzados y las rodillas dobladas.

Estoy cansada. Lo he intentado, siempre lo estoy intentando, pero ahora estoy cansada. ¡Lo quiero ya!

Yvonne me dice adiós con la mano cuando salgo de la cafetería, quitándose la redecilla y el delantal de plástico y embutiéndose en la camiseta de Silver Spoon que la señora Becky le ha prestado. Se ve a mil leguas que está como loca de la emoción. Me dice adiós con la mano pero no le devuelvo el saludo. Solo hay una Fiks y nadie más puede hacer lo que yo hago.

El joven, el amigo, el que no fumaba, el que se ha encogido de hombros, el que ha sonreído, el que ha articulado con los labios «lo siento», se levanta de su silla y corre detrás de mí.

No me detengo, y oigo que el otro, el que ha vaciado el cenicero en el suelo después de que yo barriera, el que ha encendido un cigarrillo en la sección de no fumadores, el que le ha mentido a la señora Becky sobre lo sucedido, le suelta:

—¿Qué pasa contigo y las negras, Sky? ¡Es penoso, tío! ¡Déjala en paz!

Aprieto el paso. Esas palabras hacen que se me vuelvan a llenar los ojos de lágrimas. Quiero que me deje en paz, pero él me alcanza.

—Dios —dice jadeando, sin aliento—. No pretendo asaltarte, mujer, solo quiero disculparme por lo de antes.

Antes de que pueda evitarlo tengo las mejillas empapadas.

—Espero que no te hayan despedido ni nada parecido. Mi amigo tiene problemas, no dejes que eso te afecte. En realidad no sé por qué soy amigo suyo. Es un imbécil. Puedo hablar con tu jefa si quieres. No quiero que pierdas el trabajo por nosotros. Lo siento muchísimo.

Hago un gesto afirmativo, pero no puedo pronunciar ninguna palabra.

—Lo siento tanto. Es evidente que este empleo significa mucho para ti. Por favor, no llores. Iré a hablar con tu jefa. ¿Quieres que hable con ella?

Niego con la cabeza. Dios mío, no, eso es lo último que necesito. Si lo hace, ella me despedirá para siempre.

—No —logro decir, secándome los ojos con un montón de servilletas Silver Spoon que siempre llevo en el bolso—. No pasa nada, estoy bien.

Aunque llore toda la noche, estoy bien.
Aunque tenga el corazón herido, estoy bien.
Aunque siento que no hay esperanza, estoy bien.
Aunque parezca que será así siempre, estoy bien.
Aunque no tiene sentido, estoy bien.

—En serio, no soporto ver tan triste a una chica tan guapa —continúa él, sonriendo aliviado al ver que he dejado de llorar—. *Kumuhle kakhulu*.

Lo dice con una confianza que me hace pensar que ha utilizado esa frase antes. Pero no puedo evitar reírme de su estupidez. Me pregunto si lo está diciendo mal a propósito.

—*Umuhle* —le digo, corrigiéndolo de todos modos.

—Gracias. —Sonríe, creyendo que le estoy devolviendo el cumplido.

Me doy cuenta de que ha sido un error sincero y no solo una tontería de chico blanco. Qué encantador, pienso. ¡Qué reconfortante!

—Se dice *Umuhle*, no *Kumuhle* —le explico.

—Ah. —Se ríe—. Bueno, *Umuhle*.

Qué chico más agradable, pienso.

Si fuera otro día y no me hubieran mandado a casa poniendo a una pincha en mi lugar, tal vez me habría defraudado ver cómo la grosera interrupción del amigo estropea el momento.

—¡Sky, no he venido aquí para verte correr detrás de cada chavala negra que pasa!

Miro el reloj y me doy cuenta de que si quiero coger el tren de las tres y media, tengo que marcharme y buscar un taxi.

—Gracias —le digo, y me voy.

—¡Me llamo Sky, Sky Richardson! —grita a mi espalda mientras sigo andando—. Podríamos tomar un café, o una copa, lo que sea. Vendré a buscarte. ¡Eh, no me has dicho como te llamas! —Pero no me paro y continúo alejándome hasta que dejo de oírlo.

Sky. Qué nombre más bonito.

Cuando llego a la esquina de Schubert hay un par de taxis vacíos. Ahí tiene su huelga de taxis, señora Becky.

Esperamos cuarenta minutos hasta que el taxi se llena y por fin salimos. Es domingo y todos estamos cansados, absortos en nuestros pensamientos, preguntándonos adonde se ha ido el fin de semana, de modo que el trayecto de vuelta a la estación es silencioso. Recuerdo al conductor que se detenga en la estación para que pueda bajarme. Son las 15:50 cuando llego al andén donde debo tomar el tren con destino a Mphe Batho. Como he llegado veinte minutos tarde, tengo que esperar el de las 16,30. La estación está vacía y hay muchos bancos libres. Me siento un poco intranquila allí sola, así que decido no leer mi revista y sentarme encima del bolso con los ojos bien abiertos, atenta a cualquier actividad extraña.

Cuando llega el tren a las cinco en lugar de a las cuatro y media como ponía en el horario, me sorprende ver sentado en el mismo asiento al señor de esta mañana. Antes de que pueda fingir que no lo he visto, me llama con un gesto y me ofrece el asiento de al lado

mientras se sienta a una niña pequeña en el regazo.

—¿Tiene una hija? —le pregunto sentándome.

—Sí, se llama Palesa —responde con orgullo—. *Yithi molo ngo sisi Palesa*, dile hola a la agradable señora, Palesa.

¿La «agradable señora»? Me río por lo bajo. ¡Eso es un comienzo! Nunca habría imaginado que alguien de aquí se referiría a mí como «la agradable señora». Qué hombre más extraño, pienso. ¿Cómo puede llamarme así después de cómo le he tratado esta mañana? La niña me mira y sonríe. Es guapa. Él la levanta y la sienta en el asiento de delante.

—Sí, ha pasado el fin de semana con su abuela. ¿Ahora vamos a casa, *nê*, Paly? —dice, sacándole la lengua.

Ella se ríe.

—No quería venirse conmigo. Su abuela la mima demasiado —continúa él, riéndose.

No estoy segura de por qué este hombre es tan amable conmigo. ¿Ha olvidado nuestro primer encuentro? ¿La manzana que ha salido rodando de su maletín? Quizá no es el mismo hombre. Busco el maletín entre sus pies para asegurarme. «Sr. K. J. Fishwick». Es el mismo.

Me sorprende mirándolo y se ríe.

—Te gusta realmente este maletín, ¿no?

Sonrió, avergonzada.

—Es bonito. —Eso es todo lo que logro decir.

—¿Te lo parece? A mí me parece un engorro. Solo lo llevo para que mi jefe se sienta mejor. Le dio mucha importancia cuando me lo regaló. Cumplí años la semana pasada y cuando él se enteró, sacó todos sus papeles, tarjetas, bolígrafos y cosas del maletín y me lo dio allí mismo. En la oficina se armó un gran revuelo, cualquiera pensaría que me había comprado una casa o algo así. Pero en realidad no lo necesito. Nunca tengo nada que poner en él aparte de manzanas, cuando no salen rodando, claro.

Se ríe de nuevo. Su risa es contagiosa y me sorprendo riéndome con él. Yo también estoy avergonzada. Sé que debo disculparme, pero no sé cómo hacerlo. Busco las palabras durante mucho rato,

pero todo lo que se me ocurre decir es:

—Igual su jefe le dio tanta importancia porque es un maletín muy caro.

—¿Ah, sí?

—Sí, es un VandCX. Una marca muy cara.

—Ya —dice él asintiendo, pero la revelación no lo conmueve como cabría esperar.

Nos quedamos callados. Miro por la ventana y me doy cuenta de que la próxima parada es la nuestra.

Los domingos por la tarde el tren siempre va bastante tranquilo y a menudo me planto en casa en muy poco tiempo. Pero por alguna razón hoy no quiero que el tren se pare.

—El viernes fui a recoger a Palesa al colegio…

Me vuelvo hacia él sin querer y lo miro, como hacen las personas cuando hablan. Es un hombre muy guapo, guapo y amable.

—¿Ah, sí? —digo, animándolo a seguir.

—Y mientras espero a que coja su mochila y se despida de sus amigos, paseo la mirada por el patio de recreo. Me quedo ahí de pie, oyendo lo que suenan como millones de risitas, gritos y caritas sonrientes llenas de vida y energía. La mayoría eran de un blanco lechoso, pero aquí y allá había manchas de color. —Se detiene.

No sé si acaba aquí la historia, así que espero.

—Parecían muy felices, ¿sabes? Y su felicidad era tan pura y real que podías sostenerla en las manos. —No estoy segura de adonde quiere ir a parar, pero me quedo callada.

—Le pregunté a uno de los profesores dónde estaban los aseos. Después de una larga jornada de trabajo, me sentía un poco agobiado por el calor y todo el bullicio que había alrededor. Era viernes, lo que significaba que los niños tenían dos días completos de fiesta por delante. Su entusiasmo era comprensible.

Se ríe de nuevo con su risa bobalicona y esta vez me río con él, sin cortarme. No tengo ni idea de qué está hablando, pero por alguna razón resulta agradable el solo hecho de oír su voz.

—Y de pronto pasa por mi lado una niñita chocolate cogida de la mano de la barra blanca de medio de metro más guapa que he

visto en mi vida. Las dos están charlando con fizz-pops en la otra mano. —Sonríe al recordar—. ¡Ah, mira lo felices que están!, pensé. ¿Quién soy yo para interponerme?

Ahora sí que estoy completamente perdida.

—¿Qué quieres decir? —pregunto titubeante, temiendo acortar la historia.

—He estado pensando en educar a Palesa en casa. Se niega a hablar una palabra de xhosa y sé que es por influencia de ese colegio.

—Ah —respondo, y mi burbuja estalla al instante. Otra vez este tema.

—Esos niños no cabían de contento. Pero ¿sabes?, no podía evitar tener la impresión de que solo estaban felices porque no sabían. No me malinterpretes, es un colegio extraordinario, ya lo creo que sí. Debe de ser uno de los cien mejores colegios de enseñanza primaria del país. Las oportunidades que tienen los niños en ese colegio son infinitas. Y solo hay que mirar a Palesa para ver que es una niña motivada que tiene mucho que ofrecer al mundo. En comparación con otros niños de su edad del barrio, que van a escuelas negras, está adelantadísima. Y se la ve muy feliz. Pero no consigo deshacerme de esta impresión.

Ahora es cuando me arrepiento de haber dejado que este hombre me hable.

—A lo mejor soy yo —continúa—. A lo mejor no sé lo que quiero. O lo que quiero para ella. Me sentí tan confuso ahí parado junto a ese patio de recreo, porque sabía que eran felices y eso me hacía feliz, pero oír todas esas caritas negras gritar en inglés, sin saber que tenían un idioma precioso en casa que algún día echarán de menos, me rompía el corazón. —Me mira.

Los hoyuelos siguen allí y todavía sonríe, pero percibo en sus ojos una gran pesadumbre.

Miro hacia otro lado. No sé qué decirle y espero que deje de hablar pronto.

—Ahí parado junto a ese patio de recreo, observé cómo pequeñas motas de ámbar y caoba se alejaban de lo que África soñaba y se acercaban cada vez más a lo que Europa creía que

debíamos ser. Ahí parado junto a ese patio de recreo vi pequeños pedazos de Estados Unidos nacidos en suelo africano. Y a personas de piel oscura que se negaban a asociarse con la tierra roja, las chozas de barro y las brillantes cuentas de piedra que en otro tiempo amaron.

El tren se detiene justo cuando él termina esa última frase. La estación Mphe Batho, fin de trayecto. Por fin hemos llegado. Nunca me he alegrado tanto de estar de vuelta. Cojo mis bolsas y me levanto rápidamente. No digo nada, ni adiós, ni siquiera a la niña. No, me bajo y me voy andando a casa lo más deprisa que puedo.

He llegado a darme cuenta de que muchas cosas casi nunca son lo que parecen. A veces lo que crees que es el obstáculo más grande resulta ser el más pequeño, y lo que pensabas que sería bastante fácil de superar sigue preocupándote.

No sé cómo embellecerla, cómo maquillarla. No es la obra de un genio literario. Es la historia de nuestras vidas. Es nuestra historia, contada con nuestras propias palabras tal como la sentimos cada día. Es aburrida. Es vulgar. Es exagerada y carece sin duda de interés periodístico. Pero es la historia que tenemos que contar.

KOPANO MATLWA (Pretoria, 1985) forma parte de la nueva generación de jóvenes escritores sudafricanos. Licenciada en medicina, ha sido la ganadora del Premio Literario de la Unión Europea en 2006 y ha escrito tres novelas hasta la fecha: Nuez de coco (llamada «*Coconut*» en la edición original de 2007), «*Spilt Milk*» (ganadora del premio Wole Soyinka de literatura en 2010) y «*Period Pain*» (2016), que fue publicada en 2017 en Alpha Decay bajo el título Florescencia y obtuvo un gran éxito entre la crítica y los lectores. Después de completar un máster en Ciencia de la Medicina Global en la Universidad de Oxford, se volvió a instalar en Sudáfrica, aunque sigue viajando a Inglaterra para dar conferencias en un curso de doctorado sobre Salud General.

Notas

[1] La madre habla mal el inglés. En la traducción se ha tratado de trasladar sus errores al castellano. *(N. de la T.)* <<

[2] Por decisión de la autora, los términos y frases en lenguas sudafricanas se dejan sin traducir, como en la edición original en inglés. *(N. de los E.)* <<

[3] Antes de la abolición del *apartheid*, las Modelo C eran escuelas privadas y exclusivas para blancos. *(N. de la T.)* <<

[4] En inglés, Black Economic Empowerment: ley de discriminación positiva que pretende promover la integración económica de los negros para corregir las injusticias creadas por el *apartheid*. *(N. de la T.)* <<

[5] Confunde «for» con «floor»: «¡Jesús me ama, sí, lo sé, porque la Biblia me lo dice!». *(N. de la T.)* <<

[6] Confunde «in that number» con «in that mambo»: «¡Oh, cuando los santos! ¡Oh, cuando los santos! ¡Oh, cuando los santos vengan marchando… quiero estar en sus filas, oh cuando los santos vengan marchando!». *(N. de la T.)* <<

[7] En inglés, *township*, antiguo distrito segregado en las afueras de las ciudades. *(N. de la T.)* <<

[8] Black Economic Empowerment, nota 27. *(N. de la T.)* <<

[9] «jungle fever» en el original, expresión que hace referencia ala atracción entre personas de diferente raza. *(N. de la T.)* <<